



**BREVE HISTORIA
DE LA GUERRA
CON LOS
ESTADOS UNIDOS**

JOSÉ C. VALADÉS



BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica

1. LOS HOMBRES

Ese hombre, metido en un levitón, que lleva la cabeza cubierta con una cachucha, que monta caballo de regular alzada, que sonrío enigmático cada vez que le vitorean, que a veces en el camino que recorre se pierde en medio de una nube de polvo, que en el vivaque pone la mano paternalmente sobre el hombro de un rústico soldado, que se interesa en cuanto le rodea, que se aparece inesperadamente en los campamentos, ya de Bocas, ya de Solís, acompañado por los generales Manuel Micheltorena e Ignacio Mora y Villamil, el coronel Antonio Corona y dos o tres oficiales, es el general Antonio López de Santa Anna.

Va andando, en 1847, el mismo trayecto que en 1836 le condujo al desastre y a la prisión.

Cumple 53 años de edad precisamente el día en que firma la orden (21 de febrero de 1847), mediante la cual el ejército mexicano que manda ha de ir en marchas forzadas a atacar al enemigo extranjero que, dentro del territorio nacional, se presenta organizado y amenazador. Ha nacido en Jalapa, y al llevarle sus padres a la parroquia de San José a recibir las aguas bautismales, le dieron el nombre de Antonio de Padua María Severino. Se inició en la carrera de las armas a muy temprana edad, y durante un cuarto de siglo embargó con sus hechos, ora tenebrosos, ora valientes, numerosas páginas de la historia de México.

Inteligente y sutil, su porte y sus maneras le ayudan en las empresas que persigue. Hace afectos con la misma facilidad que los extingue. Como no es hombre de doctrina política —tampoco de originalidad—, las ideas, al igual que la amistad, las tiene por superficialidades. Todo en él es ficticio, por lo cual jamás se ocupa en dar solidez a sus actos. Pretende que la autoridad, el individuo y la nación sean obra de su capricho y, por tanto, hace inconducentes sus designios. A consecuencia de ese arte recibe el calificativo de dictador, sin serlo. Lleno de propósitos

repentinos y por esto mismo pocas veces fundados en la razón, sin los recursos de la energía siempre unidos a las tareas del buen gobernante y sin el engreimiento con la crueldad, que es inequívoca señal del tirano, Santa Anna no pudo ser el llamado a establecer una dictadura en México. Sus fórmulas de gobierno centralista, sus disposiciones tributarias, sus momentáneos e irresponsables ejercicios de mando y poder y sus minutos de irascibilidad eran coyunturas, pero nada más coyunturas, para que se le catalogase como dictador. Sin embargo, en la compulsión más severa, al paso que elevada, de los documentos oficiales y privados hasta la época que examinamos, no se encuentran las huellas de los horrores de una tiranía pero sí múltiples y profundas debilidades del general Santa Anna.

Si grandes son los males que un dictador ocasiona a una patria, no pueden juzgarse menores a los que causa un connivente. Tantos daños acarrea a una nación el despotismo como el disimulo, y era éste, y no aquél, el argumento central de los gobiernos santanistas.

Cuando Santa Anna abandona la presidencia, no tenía el propósito de seguir ejerciéndola desde el exterior (así lo comprueba el número y la calidad de las personas que le escribían o lo visitaban). Se debían sus retiros a debilidades e inconsistencias, materias que no pertenecen a la índole de un tirano. Pero si lo primero era creído en el país más que lo segundo, cúlpele a la literatura política de esos tiempos, que muy fácilmente se dejaba arrastrar tanto por los rencores internos, cuanto por la gatzmoña y hábil propaganda extranjera; porque fue más allá de las fronteras de México en donde nació el calificativo de *dictador* a Santa Anna, no para salvar a los mexicanos del despotismo, sino para justificar mañosamente, bien las invasiones, ya políticas, ya económicas, ya militares, bien los destroncamientos del territorio nacional.

Germinó también en el extranjero la fábula del militarismo mexicano, mas no para emancipar al país de lo que no existía, antes para matricularle como pueblo inferior, al igual que para estímulo a los covachuelistas mexicanos —directores eternos de

pronunciamientos— y para destruir la moral de un ejército que, no obstante su primitiva pobreza, era abnegado e incansable defensor del suelo patrio. Primer síntoma de la eficacia de esa propaganda fue lo sucedido en Texas en 1836.

La desdichada guerra se atribuye al descontento de los colonos extranjeros allí establecidos, por haber cambiado México su Constitución federal por la centralista. Verdad es que los pobladores de Texas temieron perder las ventajas de su nueva patria, pero otra fue la realidad a consecuencia de la cual vino la tragedia texana.

Es en Nacogdoches, septentrional puerto de entrada a México, en donde se desarrollaba la conspiración antimexicana. Ahí se han reunido los aventureros políticos y los traficantes de tierras: John y William H. Wharton, David G. Burnett, Gail Borden, R. M. Williamson, Phil Sublett, Frost Thorn y Joseph Durst, y a quienes, a poco andar, se une Samuel Houston. Éste ostenta títulos de abogado y coronel, y ha llevado una vida de disipación y quebrantos. Protegido por el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, ha ocupado el gobierno del estado de Tennessee. Luego, porque mucho gusta atraer las miradas hacia él, se hace nombrar embajador de la nación de los indios cheroqui. Es duelista, pendenciero, intrigante y ambicioso, cualidades todas que sirven para que sus compatriotas le apoden el *Cuervo*.

Al establecerse en Nacogdoches, Houston adopta la religión católica; se cubre la espalda con un sarape de Saltillo y usa en su caballo una plateada silla mexicana de montar. No obstante ese alarde de nueva nacionalidad, escribe al presidente de los Estados Unidos:

Habiendo llegado hasta la provincia de Texas [...] he adquirido algunos informes que [...] podrán servir a vuestros propósitos, en caso de que abrigase algunos, tocantes a la adquisición de Texas por los Estados Unidos. Que tal medida la desean el noventa y cinco por ciento de la población no

puedo dudarle [...]. México se halla envuelto por la guerra civil [...] el pueblo de Texas está decidido a formar un gobierno de Estado y a separarse de Coahuila, y a menos de que México vuelva pronto al orden [...] Texas permanecerá separada de la Confederación Mexicana.

Desatada la guerra de 1836, Santa Anna sale a combatir a los sublevados en Texas. Improvisa un ejército; reúne fondos porque las rentas del Estado están agotadas, y emprende una marcha de 2 000 kilómetros, seguido de soldados pobremente vestidos, mal alimentados y con armas heredadas del virreinato. Combate en San Antonio y aniquila, sin piedad, a los defensores del Álamo. Se dirige a buscar a los individuos que han formado el gobierno antimexicano de Texas. Cruza el río Brazos y goloso avanza hacia Harrisburg, en donde cree encontrar a los directores de la turbulencia. Sin detenerse llega a las puertas del poblado, al que entra sigilosamente acompañado por 15 dragones, y en la cual descubre a tres colonos.

Como se siente favorecido por la suerte, no mide sus recursos militares. Cree que ya no hay más que hacer sino perseguir a los fugitivos y dispone la marcha de columnas ligeras para tal objeto. Él mismo quiere dar ejemplo de actividad en el exterminio del enemigo, y lo hace con audacia, olvidando que no es éste el mejor de los instrumentos para las victorias militares.

Tanto confía Santa Anna en sus artes que menosprecia al contrario y se olvida de Sam Houston. Éste, mañoso y atenido no al número de soldados sino a la calidad de sus hombres, así como a la fatiga física de las fuerzas mexicanas, ha esperado con paciencia la mejor hora para el combate.

El 18 de abril una partida de exploradores mexicanos descubre a Houston en las cercanías de Harrisburg. Santa Anna, al tener noticias sobre la situación del enemigo, se pone a la cabeza de sus soldados, y al día siguiente está frente a las fuerzas de Houston, abrigadas con un bosque de robles. Santa Anna alienta al rival al combate, pero Houston, después de ordenar un ataque

a la escolta del general mexicano, prefiere esquivar la batalla, y no se mueve de su posición.

Transcurre la noche del 19 sin novedad. Santa Anna no ha descuidado la vigilancia sobre el enemigo; pero ni reconoce las posiciones de éste, ni hace plan de ataque. Improvisa, eso sí, su defensa. Coloca en el centro de la línea al batallón de Matamoros; a la derecha, tres compañías, y a la izquierda, protegiendo su única pieza de artillería, una cuarta compañía y 50 dragones.

Houston, convencido de que en el campamento mexicano reina la tranquilidad, se retira a dormir, dando instrucciones para que no se le moleste, pero ya en el esplendor del día 21 exclama: “¡El sol de Austerlitz brilla nuevamente!”

Hasta el mediodía no hay movimiento ni en el uno ni en el otro de los campos, pero a las tres y media de la tarde Houston pone a sus hombres sobre las armas. Truenan sus dos cañones y los aventureros y colonos avanzan hacia los puestos mexicanos, y con mucho ímpetu se abren camino en el centro y en los flancos. Santa Anna, sorprendido, acude nervioso a los puntos asaltados, improvisando órdenes. La desorganización primero y el pánico después se hincan en las filas de los mexicanos. Los agresores no dan cuartel: clavan sus bayonetas en las espaldas de los que huyen; atraviesan con sus balas los pechos de quienes resisten. Los atacados, en su desesperación, intentan ganar el río San Jacinto; pero caen en los pantanos y allí mueren acribillados a tiros.

Santa Anna ve destruidas sus fuerzas consistentes en 1 200 hombres por los 800 de Houston. Monta a caballo y huye del campo de la desdichada acción con la esperanza de llegar a Harrisburg. De noche camina a pie, puesto que se le ha perdido la cabalgadura. Encuentra a su paso una finca abandonada, adonde se cambia de ropa. Continúa la marcha, pero a poco es descubierto y capturado por los soldados que Houston ha enviado en persecución de los dispersos mexicanos. Niega su nombre, mas al llegar al campamento de los triunfadores, amigos y enemigos le reconocen, y es conducido a la presencia de

Houston. Viste pantalón de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha y zapatos bajos o chinelas de tafilete encarnado.

Grande y novelera descripción se ha dado por los escritores antimexicanos al encuentro de Santa Anna y Houston. Sin embargo, las exageraciones tienen la desventaja de que siempre son descubiertas por las realidades. En Santa Anna se ha pretendido mancillar el honor y la libertad de México, pero el general mexicano, a pesar de sus debilidades y vacilaciones, de sus incoherencias y apetitos, nunca tomó opio, ni fue ebrio ni carnicero; ni dio muestras de cobardía, ni se le conoció jactancioso autodenominándose *Napoleón del Oeste*, como han asentado algunos historiadores norteamericanos que, a guisa de originalidad, lanzan alegóricas frases llenas de pesados vapores.

Más político que general (él mismo confesaba no tener otras virtudes que las de un cabo), Santa Anna creía en las estratagemas que dictan al mismo tiempo el ingenio y la inconsistencia. Así, para recuperar su libertad en Texas, puso en juego arbitrios y ardidés que más útiles fueron al enemigo que a su patria. Ordenó, estando cautivo, primero un armisticio; luego, la retirada de las tropas mexicanas. Más adelante, se comprometió a no volver a tomar las armas contra los sublevados de Texas. Por último, intentó el suicidio bebiendo una fuerte dosis de láudano.

En los siete meses que estuvo prisionero lo hicieron víctima de las más indignas y crueles vejaciones, con lo cual se prueba que no había cometido traición a su patria, puesto que en este caso otro muy distinto trato habría recibido. Intentaron asesinarlo; le pusieron grillos; le negaron los alimentos, y hasta el más burdo de toda aquella calaña lo hizo objeto de sus burlas.

Penosa marcha la que precedió a la guerra de 1836; terrible su fin. Sin embargo, abraza en su seno honra y gloria para México, porque grande fue el valor de los soldados que se hundieron para siempre en las llanuras, en las selvas y en los ríos de Texas, sin más recursos que los escasos que llevaban consigo, sin más

esperanzas que su hombría y sin más anhelo que el de mantener la integridad del territorio nacional.

Cuando Santa Anna partió hacia Texas pareció ignorar que detrás de Samuel Houston estaba el general E. P. Gaines, y manejando a éste, el presidente Jackson. Gaines no sólo favorecía los planes de Houston, sino que por orden de su gobierno avanzó hasta Nacogdoches, al paso que el Departamento de Estado norteamericano advertía al ministro de relaciones de México que ese movimiento de tropas se efectuaba tanto porque Nacogdoches era punto situado en una zona disputada entre dos países, cuanto para evitar, a consecuencia de la guerra en Texas, las depredaciones de los indios rebeldes, ya en México, ya en los Estados Unidos.

De no ignorar Santa Anna la fuerza del apoyo que tenían los sublevados en Texas, habría dosificado su confianza en la expedición; pero tanto era el interés del general Jackson en el negocio texano que cuando el teniente Hitchcock le entregó una carta en la que Houston anunciaba su triunfo en San Jacinto, el presidente norteamericano pidió un mapa, sobre el cual pasó los dedos, emocionado, buscando el punto del combate, en tanto decía: “Debe ser aquí... no; es allí”. Y, en seguida de descubrir el lugar de la pelea, el general Jackson escribió a Houston felicitándole por la victoria, a la par que ordenó al general Hamilton Steward se situara en Pensacola dispuesto a “operar en México”.

Quiso también Jackson conocer y tratar personalmente a Santa Anna, y los coroneles Barnard B. Bee y George W. Hockley y el capitán William H. Patton se encargaron de conducir al general mexicano a Washington.

Jackson recibió afablemente a Santa Anna, y durante la conversación le preguntó: “General Santa Anna, ¿por qué siendo usted presidente en 1834 abandonó a su pueblo para unirse al partido militarista y clerical?” El general mexicano se rehusó a discutir sobre la política interior de su país con el presidente de una nación extranjera, “lo cual satisfizo a Jackson”, quien en

seguida propuso la compra de Texas por parte de los Estados Unidos. “Santa Anna saltó a esta simple enunciación”, con lo cual terminó la conferencia de entrambos personajes.

Digna fue la actitud de Santa Anna en su permanencia en los Estados Unidos. Jackson admitió haber tenido frente a él “un hombre de gran inteligencia”; y un estadista norteamericano, dijo: “Nunca he conocido un rostro y una cabeza tan bien formados”, advirtiendo que la fisonomía del general mexicano denotaba “talento, firmeza y benevolencia”. Waddy Thompson, admirador y discípulo político de Jackson, hombre de ostensibles ligas con los aventureros de Texas (aunque más tarde se opuso a la guerra de 1847) y ministro de los Estados Unidos en México, se encargó de repetir esos elogios a Santa Anna, aunque en esos días no le condujo el propósito de hacer justicia al gobernante de una nación, antes el designio (sabiendo cuán frágiles son los seres débiles ante el halago) de atraer a Santa Anna, en horas en que la diplomacia norteamericana hacía esfuerzos para evitar a su país el gasto de dinero y sangre en la adquisición de nuevos territorios.

Thompson, se repite, pertenecía a la escuela fundada y sostenida por Andrew Jackson, con el propósito no únicamente de conquistar el mando y el poder en los Estados Unidos, sino también de conseguir la dilatación del territorio norteamericano. Mas como parte de este plan jacksoniano sólo podía realizarse con segmentos del suelo mexicano, se dedicó la imperial escuela a denigrar la vida política de México, cayendo en esas tramperías algunos historiadores nacionales, con lo cual lograron corromper y destruir el espíritu de un pueblo que ha llegado a renegar de su historia, olvidando cuántos sacrificios por las libertades contiene cada una de sus páginas.

En seguida de John Quincy Adams —quien aunque nunca ganó la popularidad, en cambio dejó estampada en su pueblo la pureza de su conducta, el saber de su talento y la devoción de su patriotismo— ocupó la presidencia de los Estados Unidos el general Andrew Jackson.

Numerosas aventuras llenan la historia de la juventud de Jackson. Fue partidario de Aaron Burr, cuando éste proyectaba un imperio en el que incluía una región del territorio de México. Admiraba las glorias napoleónicas y creía en las propias. Tenía fama como duelista, y gustando de la carrera de las armas se entregó a ella con pasión, mas siempre con ambiciones políticas. Persiguió con mucha novelería a los indios rebeldes, y esto y el triunfo obtenido en el combate de Nueva Orleans, siempre exagerado, le dieron inflamativa gloria.

Adoptó, luego de su triunfo militar, la actitud de una augusta y florida autoridad, y convertido en preceptor de la política de los Estados Unidos, como nada tenía qué repartir, se dispuso a conquistar.

Por no tener la excelencia y vastedad de un creador, Jackson era hombre de sutilezas. Gimnasta flexible en el trato con sus amigos, espanto en sus planes, eléctrico en viveza, sobrado de piernas para el mando, reflexivo en sus previsiones, Jackson tenía las características de un caudillo. La Hermitage, su lugar de retiro, “era un templo por cuyas gradas ascendían los jóvenes ambiciosos”. Así y todo, Jackson, aparte sus tortuosidades, es una de las espléndidas figuras en la política estadounidense en la primera mitad del siglo XIX, realzada con más fineza que con espíritu por Augustus Buell y exhibida con más arte que razón en *Old Times in Tennessee*, de Guild.

Llegado, pues, a la presidencia de los Estados Unidos, Jackson dio ímpetu a sus proyectos de conquista y de grandeza; y, en tanto que intentaba transformar los sistemas políticos y administrativos de su país, hacía crecer las alas de los esclavistas norteamericanos, daba órdenes al general Winfield Scott para emprender nuevas persecuciones a los indios salvajes e instruía a su amigo Anthony Butler, un tahúr, dipsómano y traficante de tierras en Texas, para que, como ministro de los Estados Unidos en México, tratara de comprar el suelo texano.

Irascible y belicoso, a pesar de sus manifestaciones de neutralidad en la cuestión de Texas, Jackson no sólo estimulaba

y reconocía la independencia de ese solar mexicano (aunque culpando de esta resolución al Congreso de su país), sino que hacía los planes tanto para ocupar California, cuanto para emprender la guerra contra México.

A un hombre tan turbulento como Jackson correspondió una alborotada época en la historia política de los Estados Unidos, que incluye al gobierno de Martin Van Buren; pero que pareció terminar con la derrota del partido democrático en las elecciones nacionales de 1840 y con el triunfo del general William Harrison.

Sin embargo, a consecuencia del fallecimiento de Harrison, acaecido un mes después de haber recibido el mando y el poder, John Tyler —hombre falto de convicciones y consistencia— ocupó el Ejecutivo de la Unión norteamericana; fue él quien designó secretario de Estado a Daniel Webster, gracias a lo cual mejoraron las relaciones entre México y los Estados Unidos, que por los designios de Jackson se habían encostrado.

No muy duradero fue el entendimiento entre ambos países pues, separado Webster de la Secretaría de Estado, sus sustitutos, primero Abel P. Upshur y después John C. Calhoun, volvieron a las trapisondas y con éstas, los preparativos para la guerra.

II. LOS DIPLOMÁTICOS

Sin muchos escrúpulos, apenas llegado a la Secretaría de Estado, Abel P. Upshur hizo público su deseo de agregar el territorio de Texas a los Estados Unidos.

Unido el corto entendimiento de Upshur a la deshilvanada política del presidente Tyler, la diplomacia, en vez de servir al sosiego y a la razón, fue útil instrumento a las ambiciones del gobierno norteamericano, al paso que rejuvenecía los justos temores de México.

Era ministro de Relaciones de la República Mexicana José María Bocanegra, hombre ilustrado, de experiencia en los negocios extranjeros, de firmeza y laboriosidad, ajeno a los espectáculos políticos y de limpia vida; en tanto el general Juan N. Almonte, en quien nunca dejaron de hervir los sentimientos antinorteamericanos, ocupaba la legación de México en Washington.

A las insinuaciones de Upshur sobre la anexión de Texas a los Estados Unidos, se siguieron los trabajos ya francos entre el Departamento de Estado y el gobierno de Texas para llegar a tal fin, a consecuencia de los cuales Bocanegra envió una agria pero patriótica nota a Waddy Thompson, ministro norteamericano en México, advirtiéndole que el gobierno de la República Mexicana consideraría la admisión de Texas en el vecino país como una declaración de guerra de los Estados Unidos a México. Quedaba así preceptuado que el asunto texano constituía un capítulo del honor nacional.

Thompson contestó a Bocanegra comedidamente; pero asentando que la comunicación oficial parecía ser dirigida a despertar los ánimos guerreros del pueblo mexicano. Upshur no fue del mismo parecer, pues dio instrucciones a Thompson tanto para que exigiera al gobierno de México que retirara la “belicosa

nota”, cuanto para que siguiese su tarea diplomática con un “tono de decisión”, puesto que el gobierno mexicano, agregaba Upshur, había adoptado una actitud de superioridad, por todo lo cual era indispensable advertir que “en el caso de una, México [dice] tendrá el carácter de agresor y por lo mismo cargará con todas las responsabilidades que provengan”.

Entre el impetuoso Upshur y el patriota Bocanegra, Thompson hacía esfuerzos para llevar los negocios diplomáticos con diligencia a la vez que con serenidad, pero el secretario de Estado norteamericano, ya en vías de conquistador, no era capaz de moderar sus troles, y casi al mismo tiempo que aceptaba la renuncia de Thompson (noviembre de 1843), recibía una nota de Almonte en la que éste le decía tener noticias de que el Congreso de los Estados Unidos iba a admitir la anexión de Texas, con lo cual no sólo daría por terminada el propio Almonte su misión diplomática, sino que para el gobierno de México ese paso equivaldría a una declaración de guerra.

Upshur repuso a Almonte que el gobierno norteamericano nunca se había rehusado a atender las justas reclamaciones de México, y que el presidente Tyler confiaba “en la sabiduría y justicia del Congreso de los Estados Unidos” para resolver sobre la cuestión de Texas.

Entendedor de la diplomacia norteamericana coetánea, Almonte descubrió cómo Upshur saltaba sobre el punto central de la nota mexicana, y deseando conocer los designios del Congreso, conferenció con John Quincy Adams, presidente del Comité de Relaciones Exteriores, sobre tan escabroso negocio. Recibió la seguridad de que los legisladores de los Estados Unidos “no tomarían en sus manos el asunto de la anexión de Texas”.

En efecto, si no encendida, sí enérgica era la oposición en el seno del Congreso norteamericano a los proyectos de Upshur, debido a lo cual éste siguió otro camino e invitó a Almonte a una plática en la que propuso al ministro de México, ya con menos belicosidad, que la cuestión de Texas se resolviese amistosamente entre ambos países, porque aparte de los males

de un conflicto armado, el gobierno de los Estados Unidos temía la “posiblemente funesta interpolación” de Gran Bretaña.

A todo esto pareció estar conforme Almonte, quien se comprometió a rendir un informe al gobierno de su patria, para referir los incidentes de la conferencia.

La muerte de Upshur, por una parte, y la creciente desconfianza de los mexicanos hacia los Estados Unidos, por la otra, interrumpieron las iniciadas negociaciones, volviéndose a exasperar los ánimos con la presencia de John C. Calhoun en la Secretaría de Estado.

Calhoun, a quien llamaban “el activo guardián de la esclavitud”, dio vuelos no solamente a la anexión de Texas, sino también a la disputa de los Estados Unidos con Inglaterra sobre el territorio de Oregon. Además, el nuevo secretario de Estado, vehículo fácil y veloz del jacksonismo, hizo saber el interés del gobierno norteamericano en la adquisición del puerto de San Francisco, con lo cual puso de relieve que buscaba el engrandecimiento de su país en Texas a la par que en la Alta California.

Calhoun —enredador en todos sus actos—, al mismo tiempo que se empeñaba en tratos con los representantes de Texas para dar visos de popularidad y espontaneidad a la agregación de ese territorio y destruir así a los antianexionistas en el Congreso, invitó a Almonte para reanudar las pláticas suspendidas a consecuencia de la muerte de Upshur; pero el ministro mexicano, a quien el secretario de Estado dejó entrever que aumentaba el peligro de una intervención británica en los asuntos de Texas, se negó a discutir el negocio, advirtiendo que la actitud de México en la cuestión texana era y sería invariable.

Pasó Calhoun por alto la respuesta de Almonte y envió instrucciones a Benjamin E. Green, encargado de los negocios norteamericanos en México, para que tratase sobre la materia con el ministro de Relaciones, explicando a éste que si los Estados Unidos se veían en la necesidad de firmar un convenio de unión con Texas, era “en defensa propia” y no para atacar el

honor o la dignidad de México, puesto que la política de la Gran Bretaña amenazaba seriamente al gobierno norteamericano.

Entretanto, y por otros conductos, Calhoun acusaba al gobierno de México, ora de estar en tratos con el británico, ora de un supuesto disimulo a propósito “de las intenciones de Francia para apoderarse de una parte del territorio mexicano”.

A todo este plan de intrigas se agregó, y en virtud del fracaso de las negociaciones que pretendió Benjamin Green, el nombramiento de dos aviesos personajes como agentes de los Estados Unidos en México. Uno, William Parrot (el verdadero fundador de las logias masónicas en México, hecho atribuido generalmente a Joel R. Poinsett), quien lo mismo se decía dentista, que minero, que comerciante, que *agente confidencial*. Otro, Duff Green (se tildaba a sí mismo de *filósofo y general*), consuegro de Calhoun y padre del encargado de los negocios norteamericanos en la capital mexicana.

Duff Green, en misión de guerra y no de entendimiento, como se pretendía, luego de conocer la situación mexicana, escribió a Calhoun: “Usted no podrá arreglar la cuestión de Texas con el consentimiento de México [...] No podrá haber paz con México sin guerra [...] [Los mexicanos] nos han perdido el respeto como nación [...] Aun los ingleses se sentirían satisfechos si acabáramos con los mexicanos”.

Nada detenía, y sí todo acrecentaba las ambiciones del gobierno de los Estados Unidos.

El presidente Tyler, ansioso de distinguirse después de un gobierno tan opaco como el que había conducido y, además, buscando un laurel para conseguir su reelección, envió al Congreso norteamericano el convenio firmado entre el Departamento de Estado y los posesionados de Texas, conforme al cual este territorio quedaba unido al de la República del norte.

Nunca, pues, la diplomacia secreta y ambagiosa ha sido el mejor hilo conductor para el entendimiento y la paz de las naciones, y

fue mediante esa diplomacia como los Estados Unidos pretendieron un arreglo con México en un negocio tan peligroso y ausente de decoro como el de obtener adjudicaciones territoriales.

No para apaciguar los ánimos de los mexicanos, antes para enardecerlos, sirvieron las misiones de William Shanon, de William Parrot, de John Slidell, de Alejandro A. Atocha, de Alexander Slidell Mackenzie y de Nicholas P. Trist.

Al insolente Shanon se debió la justa indignación de México contra procedimientos de guerra empleados en días de paz; a las correrías y secreteos de Parrot, la desconfianza, puesto que este dentista intentó perforar la unión nacional por medio de las logias masónicas; al melifluo Slidell, la creencia de que los Estados Unidos no tenían fe en sus arreos militares, con lo cual crecieron en México las esperanzas en triunfos guerreros; a las aventuras de Atocha y Mackenzie cerca de Santa Anna, el temor de que éste no obrase con patriotismo, y a las intrigas y pleitos de Trist con el general Scott se debieron, por último, las ilusiones de que el ejército norteamericano no se resolviera a avanzar de Puebla a la capital de la República.

Después de Calhoun, ocupó la Secretaría de Estado James Buchanan, conocedor de los hombres de su patria con 25 años de experiencia, pero ignorante de los sentimientos de otros pueblos. Así lo revelan las instrucciones que dio a Shanon, a Parrot, a Slidell y a otros comisionados del Departamento de Estado.

Frente a esa zigzagueante política de los Estados Unidos, el gobierno de México presentó una diplomacia de mucha rectitud y de grande honor. El hecho de que el Ministerio de Relaciones impugnara con toda dignidad las insinuaciones de los agentes norteamericanos, constituye un capítulo del más elevado patriotismo. La violenta salida del general Juan N. Almonte de Washington, en seguida de haber aprobado el Congreso norteamericano la unión de Texas; la negativa para admitir a Slidell como representante de la República del norte mientras

estuviesen bloqueados los puertos del Golfo y del Pacífico, y la franca repulsa a las cesiones o ventas territoriales, son triunfos de valimiento para la diplomacia nacional.

En tan azarosos días para México, estuvieron encargados del Ministerio de Relaciones José María Bocanegra, Manuel Crescencia Rejón, Luis G. Cuevas, Manuel de la Peña y Peña, José María Lafragua y Manuel Baranda. De estos ministros, Cuevas y Peña y Peña pusieron el asunto de la anexión de Texas a los Estados Unidos como negocio accesorio para poder salvar de esa manera la integridad de los estados de la República amenazados por el gobierno norteamericano.

Cuevas perteneció al partido conservador, por lo cual en esos oscuros días puso excesiva confianza en la ayuda de las naciones europeas a México. Con esto, el presidente José Joaquín Herrera ofreció al país una política de tibieza; mas no por falta de patriotismo, pero sí por creer que Inglaterra y Francia se opondrían a la expansión de los Estados Unidos. Formaba parte del plan de los conservadores, cuyo líder era Lucas Alamán, conceder flexibilidad al negocio de la anexión de Texas, para dar tiempo, tanto a organizar e instituir un ejército nacional capaz de enfrentarse con ventaja al norteamericano, cuanto a que se produjese una crisis en las relaciones diplomáticas de los Estados Unidos y Gran Bretaña a consecuencia de la disputa entre estas dos naciones por el territorio de Oregón.

No pecaba por levedad esta urdimbre de los conservadores en lo concerniente a los cálculos para la preparación de las fuerzas defensivas de México, puesto que no existían ni pertrechos de guerra, ni soldados para pelear con una nación poseedora de todo género de recursos militares, ni una economía nacional con el vigor para arrostrar los infortunios que pueden originarse en empresas de tal magnitud, ni rentas públicas suficientes para el sostenimiento de una campaña de tan dilatadas proporciones como las que se presentaban a la vista, ni crédito en el extranjero para prevenir cualquier contingencia. Sin embargo, era frágil en lo que hacía a los cálculos optimistas, no sólo respecto a las rivalidades que pudieran suscitarse entre Gran Bretaña y los

Estados Unidos, sino también sobre la ayuda de las potencias europeas a México. Había, en las cuentas alegres de los conservadores, ignorancia y olvido. Ignorancia, porque se desconocía que la diplomacia norteamericana era versátil y acomodaticia y, por lo mismo, dispuesta a condescender con Inglaterra o cualquier otra nación. Olvido, porque para Europa los Estados Unidos no constituían más que una prolongación de lo europeo en el continente americano, mientras que México formaba una barrera de indigenismo y mestizaje que, en caso de una victoria, sería infranqueable a los países ultramarinos.

Por aparte, los proyectos de los conservadores, que en medio de tantos peligros para México no podían ser expuestos a la luz pública, despertaron tal número de malicias, que los mismos mexicanos se creyeron víctimas del engaño, viendo en el gobierno del general Herrera al que defrauda los intereses y los cariños del patriotismo.

El 28 de marzo de 1845, mediante una nota de mucha ponderación, el ministro de Relaciones, Luis G. Cuevas, despidió a William Shanon, el representante diplomático de los Estados Unidos, advirtiéndole que México no podía continuar su amistad con el gobierno norteamericano por la grave ofensa que éste infiriera a la República Mexicana al admitir la anexión de Texas. Shanon, tipo áspero y soez, a quien su propio gobierno reprendió “por el grosero lenguaje usado” con el ministro de Relaciones de México, al anunciar al Departamento de Estado que le habían sido extendidos sus pasaportes, informaba a Buchanan que los mexicanos se sentían iluminados por el fuego del patriotismo, negándose por tanto a cualquier transacción y pidiendo en cambio la guerra.

Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos intentó una vez más la adquisición de una parte del territorio mexicano por medios pacíficos. Fácil parecía este procedimiento al partido de guerra del cual era caudillo el nuevo presidente norteamericano, James K. Polk, y al efecto nombró enviado especial a John Slidell, hombre de prestancia, aunque muy inquieto.

Antes de la designación de Slidell, el cónsul de los Estados Unidos en México se dirigió al ministro de Relaciones, Manuel de la Peña y Peña, preguntándole si el gobierno “recibiría un enviado de los Estados Unidos, plenamente autorizado para arreglar todas las cuestiones pendientes entre los dos gobiernos”, a lo cual Peña y Peña repuso que

bien que México estuviera profundamente agraviado por los actos cometidos por los Estados Unidos en el departamento de Texas, que pertenecía a la República, el gobierno estaba dispuesto a recibir un comisionado de los Estados Unidos con plenos poderes para tratar sobre la cuestión presente, de un modo pacífico, razonable y honroso, dando así nuevas pruebas de que aun en medio de ofensas y sin desistir de su firme resolución de exigir la reparación adecuada a ellas, no rechazaba con desprecio los medios racionales y pacíficos a que su adversario le invitaba.

Slidell emprendió su viaje a México inmediatamente después de recibir las instrucciones secretas que le entregó Buchanan, y que habían sido aprobadas por el gabinete del presidente Polk. Dos eran los puntos principales de las órdenes a Slidell: el arreglo diligente y satisfactorio de todas las reclamaciones pendientes de los Estados Unidos a México, incluyendo el reconocimiento del río Bravo como límite entre la República Mexicana y el estado de Texas que debería extenderse a todo el territorio conocido “como Estado de Nuevo México”, mediante —de ser necesario— el pago de cinco millones de dólares; y la compra de la Alta California, “que nominalmente [dice el instructivo] depende de México”, y por la cual el presidente Polk estaba “dispuesto a pagar veinticinco millones de dólares”, o cinco millones si el gobierno mexicano sólo accedía a vender el norte del codiciado estado.

Slidell desembarcó en Veracruz el 29 de noviembre de 1845, y ambicioso de triunfos y emocionado por las nuevas instrucciones de Buchanan urgiéndole para que diese prisa al negocio, quiso seguir a la ciudad de México, en donde cada día aumentaba el deseo de guerra con los Estados Unidos, por temerse que los ajetreos diplomáticos norteamericanos no tuviesen otro objeto

que tender las redes convenientes para una eficaz acción de sus fuerzas militares.

Y tanta desconfianza reinaba en la capital de la República, que al tenerse noticias del arribo de Slidell a Veracruz se produjo la indignación popular, por lo cual el ministro Peña y Peña llamó al cónsul norteamericano, pidiéndole advirtiera a Slidell que debería permanecer en el puerto hasta que la nación mexicana se sintiera segura de que el comisionado extranjero estaba animado de buenos y sinceros propósitos. Pero Slidell, premioso e ignorante del carácter de los mexicanos, prosiguió su viaje, y al llegar a Puebla, con mucha jactancia pidió audiencia al presidente de la República, no obstante lo advertido por Peña y Peña y el hecho de que las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos estuvieran suspendidas.

Insistió el ministro de Relaciones en posponer toda negociación con Slidell, lo que hizo perder el equilibrio a éste, y en su enfado éste descubrió cuán lejos de la paz andaban sus propósitos, puesto que sin lograr reprimir sus arreos, dirigiéndose al ministro de Relaciones, escribió estas falsas y belicosas palabras: “No presentan en tan poco tiempo los anales de ninguna nación civilizada, tantos ataques atrevidos a los derechos de las personas y propiedades, como los sufridos por los ciudadanos de los Estados Unidos de las autoridades mexicanas”.

Termina con Slidell una época de mucho desdoro para una diplomacia que al pretender traficar con la paz abre las puertas de la guerra.

III. LOS POLÍTICOS

Al acercarse el final de su segundo periodo presidencial, Andrew Jackson —caudillo que quiere perpetuar designios y nombradía— dirige una carta a sus amigos en la que les advierte de la utilidad de convocar una convención para designar candidato a la nueva jefatura del gobierno de los Estados Unidos,

y, a consecuencia, se reúnen en Baltimore los políticos del partido democrático, y, unánimemente, votan a Martin Van Buren.

De los gobernantes norteamericanos de la primera mitad del siglo XIX, no es Van Buren de los más afortunados. A la multiplicidad de los negocios que se presentan en el imponente crecimiento de los Estados Unidos, en el que si sobran las fuerzas físicas faltan las del espíritu, Van Buren tiene que arrostrar las dificultades que brotan incesantemente con motivo de la “rivalidad entre las exigencias de la naciente industria” y los fueros de los agricultores. Las tierras y los esclavos pesaban mucho en la economía norteamericana de esos años, pero no más que los bancos y los créditos industriales.

Llega por lo mismo el enflaquecimiento del gobierno de Van Buren y del partido democrático, y a resultas, el vigor de los whigs. El iluminado y poderoso norte pone en éstos su confianza. Tres son los candidatos presidenciales de los whigs en la convención de 1839: Henry Clay, William H. Harrison y Winfield Scott. Los asambleístas votan a Harrison, en tanto los demócratas reunidos en Baltimore aprueban la reelección de Van Buren.

Se efectúan las elecciones nacionales, en 1840, con singular interés; porque no sólo hay apetitos políticos, antes deseos populares de un orden de razón, que es ensueño de quienes más creen en el individuo que en el Estado. Y triunfa el general Harrison. Pero apenas el nuevo jefe de la nación acaricia los graves negocios a su cuidado, cuando enferma y muere. Lo sucede John Tyler, quien, como se ha dicho, por ser muy anodino, carece de firmeza. Camina sin rumbo, y cuantas veces intenta engrandecerse a sí mismo, cae en el ridículo, y, desprestigiándose, empobrece a su partido.

No otro resultado que el fracaso de los *whigs* podía esperarse de las elecciones, en 1844. Éstos apoyaron la candidatura presidencial de Henry Clay, en tanto que los demócratas daban una sorpresa con la de James Knox Polk. Nadie esperaba el triunfo de Polk en la convención de Baltimore. Los sobresalientes

del partido democrático eran John Calhoun, Lewis Cass y Martin Van Buren; pero Polk, *Black Horse*, fue el preferido.

Hombre hecho a las enseñanzas de Jackson, dueño de muchas prendas políticas, reservado y por lo mismo engañoso, pertinaz a la vez que reflexivo, James Knox Polk en el transcurso de su campaña electoral puso estas palabras en su bandera de combate: “Polk-Esclavitud-Texas”.

México, pues, al triunfo de Polk, tan discutido por los *whigs* que acusaron a los demócratas de corrupciones y fraudes electorales, no debió ignorar lo que se avecinaba. Así, el candidato victorioso pudo decir: “Los mexicanos no nos conocen”.

Con la llegada de Polk a la presidencia de los Estados Unidos no solamente quedaba consolidada la anexión de Texas, sino también destruidas las concupiscencias de Houston y cumplidos los anhelos de Jackson. Houston, luego de ser presidente de la República texana, empezó a dudar de los beneficios de agregarse a los Estados Unidos para acariciar, en cambio, los ensueños de constituir una nueva, grande y poderosa nación formada con los territorios de Texas, Nuevo México, Chihuahua, Sonora y las Californias. Pero Jackson, su viejo amigo y jefe, le asaltó en el camino a esos proyectos, advirtiéndole a Houston que de seguir tales planes sería víctima de las intrigas de Inglaterra. Otro era el destino, según el caudillo democrático, al que estaba llamado el suelo texano: agregarse a los Estados Unidos, por lo cual Jackson decía a Houston: “Con la anexión, su nombre y fama figurarán entre los grandes capitanes de esta época [...] Es tiempo de actuar y con prontitud y con sigilo”.

Moribundo, el 6 de julio de 1845 el general Jackson recibió la noticia de que la anexión de Texas había sido aprobada por el Congreso. “¡Por fin, todo está salvado!”, exclamó el caudillo. Dos días después, y cuando Jackson acababa de cerrar los ojos para siempre, un hombre se arrodilló al lado del lecho de la exánime figura: Sam Houston. Se selló así la primera parte del ambicioso plan de los conquistadores norteamericanos.

Mientras Jackson “rendía armas” en la *Hermitage*, el general Antonio López de Santa Anna, expulsado de su patria, desembarcaba en La Habana.

Acusado de haber transgredido las Bases Orgánicas de la República Mexicana, el gran jurado del Congreso Nacional lo condenaba al destierro;

porque, dice la sentencia: Ha llegado la ocasión en que la augusta representación nacional ejerza el acto más sublime de la soberanía del pueblo: el de juzgar al primer magistrado de la República, que tuvo la desgracia de desviarse de sus altos deberes, que violó la ley fundamental a que debía los títulos de su poder, que atacó en su esencia las formas republicanas que la nación adoptó para su régimen, que faltó, en fin, a los terribles juramentos que había prestado ante Dios y los hombres, de conservar ilesas con su autoridad y con su espada las instituciones nacionales. Acto sublime, a la verdad, en que debe resplandecer la majestad de la ley, y ser dirigido por la imparcialidad más acendrada. ¡Lejos de este sagrado recinto las degradantes pasiones! ¡Lejos también todo sentimiento de debilidad! ¡Que se oiga la voz de la razón! ¡Que la ley inflexible sea la única que pronuncie el fallo!

Hermoso pueblo, no obstante que la propaganda extranjera se refiriera a él como militarista y clerical, el que, celoso como ninguno de sus libertades, deponía a un presidente, coronado una y muchas veces con laureles, y digno también de admiración el país que podía escuchar del poderoso hombre derribado estas palabras, con marco de pedantería y amargura, pero con lucimiento de nacionalidad:

¡Mexicanos! En mi última edad, y mutilado, rodeado de una esposa y de inocentes hijos, voy a sepultarme, a buscar entre extraños un asilo. Dispensad benignos los errores en que pude incurrir sin voluntad ni intención, y, creedme, por Dios, que he trabajado sinceramente porque seáis independientes, libres y venturosos: si no he atinado a llenar todos vuestros

deseos, culpád no más a mi incapacidad. En cualquier lugar del extranjero, allá donde concluiré mis días, yo elevaré mis humildes votos al Eterno por vuestro acierto para constituirlos, según sea más conveniente a vuestra voluntad e intereses, porque viváis en paz, principio de todo bien, y porque elevéis a la patria a tal grado de prosperidad, que pueda contarse entre las primeras y más venturosas naciones del universo.

Porque en esos días el Congreso era una institución libre y por tanto respetada, y porque los diputados tenían independencia y valor, fue por lo que cayó un hombre poseedor de mucho mando y poder como Santa Anna.

Éste había sido elegido presidente de la República el 2 de enero de 1844.

Reunidos los miembros del Congreso, “apiñadas las gentes de todas las categorías sociales” en las galerías del recinto y con la presencia de los comisionados de los departamentos, los diputados, con “lucida solemnidad”, empezaron a dar cuenta de los votos departamentales, de los cuales, a excepción de dos, todos favorecían al general Santa Anna.

En seguida, y no obstante el dominio del partido santanista, el Congreso despojó al nuevo presidente de las facultades omnímodas de que gozaba a consecuencia del Plan de Tacubaya, porque no “pudiendo en el orden constitucional ejercer el Ejecutivo otras atribuciones que las que le están demarcadas, y habiendo cesado en el Gobierno la facultad legislativa desde la instalación del Congreso, no podrá usar más de ella”.

Ocupó provisionalmente la presidencia el general Valentín Canalizo, hombre de pocos alcances pero de honorabilidad, y el 3 de junio hizo su entrada a la ciudad de México, procedente de Manga de Clavo, el general Santa Anna, a quien se hicieron desmedidos honores, comenzando éstos con la inauguración de una dorada estatua de bronce del general y presidente, plantada en el centro de la plaza del Volador y en la cual Santa Anna,

extendiendo el brazo, señalaba al norte como anuncio de peligro y de guerra.

Pronto, sin embargo, y a resultas de sus discrepancias con el Congreso, aunque arguyendo la honda pena que le afligía por la muerte de su esposa, doña Inés García, el general Santa Anna se dirigió a los legisladores pidiendo permiso para regresar a su hacienda en el estado de Veracruz, y, concedida la autorización, se encargó de la presidencia el general José Joaquín Herrera, presidente del Consejo de Gobierno y a quien, conforme a las Bases Orgánicas, correspondía el ejercicio del poder, en tanto estuviese ausente de la capital de la República el general Canalizo, “designado por el senado para sustituir a Santa Anna”.

Grandes eran los males, no de índole política y sí económica, que tenían en postración al país. Para el bien de México no bastaban las libertades cívicas, puesto que al clamoreo de la pobreza se unía la demanda para la seguridad de los productos del trabajo. Mas nadie entendía las desdichas de un pueblo al que era necesario conducir a las duras faenas destinadas a vencer la aridez de su suelo y las pestes de su clima, por una parte, y a la creación de una cultura moral, que tantos dones proporciona al individuo y al Estado, por otra parte.

Sin la provisión de esta herramienta, los mexicanos eran fácil arcilla para que los más audaces modelaran sus ambiciones; y nada extraño, pues, que el general Mariano Paredes y Arrillaga encontrase en Guadalajara el apoyo para una rebelión contra el gobierno central.

Al tener noticia de lo acaecido en Jalisco no pasó inadvertido a Santa Anna el fácil progreso que podían adquirir los sublevados, por lo cual, abandonando su retraimiento, llegó a la ciudad de México y, tomando la jefatura de las fuerzas que se dirigían a combatir a los sublevados, marchó a Querétaro.

A pesar de las glorias que circundaban a Santa Anna, el Congreso, con señalada autoridad y con elogiado decoro, prorrumpió en protestas, porque el presidente de la República no

tenía facultades para entregar el mando del ejército a persona alguna sin el permiso de la Cámara. Y tal era la reciedumbre de los legisladores y tamaño el vigor de las libertades, que cuando el ministro de la Guerra se presentó en el Congreso para hacer saber la causa por la cual Santa Anna iba al frente de los soldados dispuestos a reducir a Paredes, los diputados y el público que llenaba las galerías contestaron con improperios al ministro, que no supo dar razón a un hecho imprevisto en las Bases Orgánicas, como el de enfrentarse el gobierno a un inesperado pronunciamiento.

Ya en Querétaro, el general Santa Anna diligentemente procedió a organizar su ejército, reuniendo cuantos hombres, armas y municiones encontró a su paso, al mismo tiempo que depuso al gobernador del departamento, Sabás Antonio Domínguez, no sin cerciorarse de que éste era adicto a los planes de Paredes.

Con esto aumentó el disgusto de los miembros del Congreso. “Réprobo y endemoniado”, llamó el diputado José Llaca al general Santa Anna en pública sesión, a la par que pidió y logró que el Congreso convocara a los ministros para que dieran un informe sobre lo acaecido en Querétaro; pero el presidente Canalizo, después de llevar la materia al consejo de sus ministros, se negó a acceder a la exigencia de los diputados, arguyendo que Santa Anna había procedido por instrucciones del Ejecutivo de la nación (lo cual era falso), al ser descubiertos los sediciosos proyectos del gobernador Domínguez.

Entretanto, Canalizo escribió a Santa Anna para darle noticias de la actitud de los legisladores y decirle que por ser la mayoría de los diputados adicta a Paredes, estimaba conveniente la disolución del Congreso.

Con amañado estilo rehuyó primero Santa Anna su responsabilidad en ese procedimiento, pero en seguida, con el tono declamatorio al que era muy afecto, si no aprobó francamente la medida, tampoco disuadió a Canalizo, por lo que éste, miope y terco, en vez del empleo de la razón, dispuso, para amedrentar a los diputados, establecer una guardia militar en el

recinto de los legisladores, “sin otro propósito [explicó públicamente Canalizo] que evitar los desórdenes del populacho”.

Sintieron, y con justicia, los diputados amenazada su libertad; se les unieron, después de acre protesta, los senadores y, poco más adelante, también la Asamblea Departamental de México y, por último, el Ayuntamiento de la capital de la República.

Se acrecentaba el disgusto; los diputados y senadores, unidos a oficiales del ejército, conspiraban; y puesto sobre las armas el batallón de remplazados acuartelados en la Acordada, y perdido el respeto al gobierno de Canalizo, el 6 de diciembre, ya en plena rebelión, el Congreso llamó al general José Joaquín Herrera, conforme a los mandatos de las Bases Orgánicas, a ocupar la presidencia de la República.

El Congreso logró con estos hechos corpulencia como nunca, puesto que aparte de nombrar a los ministros de Herrera, inició sus trabajos para encausar a Santa Anna, a Canalizo y a quienes consideraba comprometidos en el ataque a su soberanía, y a continuación aprobó una ley que creaba los cuerpos voluntarios para la defensa del nuevo gobierno, por lo cual se formó, de los primeros, el de los jóvenes currutacos de la ciudad de México (pie de los polkos), y en seguida el de la Legión Sagrada, organizado y dirigido por el general Juan Pablo Anaya.

Al recibir Santa Anna informes sobre lo acaecido en la capital — ya encaminado a Guadalajara—, efectuó una junta de guerra, y aprobando ésta suspender las operaciones sobre Paredes, se puso el ejército en marcha hacia la ciudad de México. Pero cuando Santa Anna supo de los preparativos de defensa del general Herrera, avanzó a Puebla, cambiando de planes, y allí encontró también resistencia, y sin lograr grandes progresos en la conquista de la plaza, informado de que el general Paredes avanzaba sobre él, y abandonado por sus soldados, que tenía por muy fieles a su persona, ya no quiso otra cosa más que salir de esos matorrales, y con los pocos acompañantes que le quedaban trató de ganar la región costanera de Veracruz; pero al llegar a Xico fue capturado y conducido a Perote para luego, a

consecuencia de la resolución del Congreso Nacional, ir al destierro.

El general Herrera no poseía todos los aditamentos del hombre de gobierno. De elevados sentimientos patrióticos, de excelsa honradez, de notable prudencia y de suyo modesto, era el nuevo presidente de la República. Ajeno, sin embargo, vivía al volumen de los negocios de un jefe de Estado, puesto que le faltaban la energía conducente, la reflexión previsora y el tronco y el espíritu del organizador, sin todo lo cual se puede ser un amable gobernante, mas no el meollo de una nación.

Quiso el general Herrera conciliar las disparidades de partido, olvidando que al exterminio de las desemejanzas y pasiones se sigue lo melifluo, y a esto, la merma de toda entidad popular, sin la cual no es posible la existencia de un Estado permanente ni de un pueblo vigoroso, y tanta fue la distracción de Herrera en esa política de unidad de cofradías, que nada embarneció en el transcurso de su gobierno y sí todo vino a menos, incluso las inquietudes del ánimo que sobre el número de soldados de México hubiesen servido para encender el fanatismo patriótico en la guerra con los Estados Unidos.

En medio de esa tan ambagiosa política de Herrera, se dejaban crecer los males que afligían al país y, a consecuencia, los pronunciamientos, que en tales estados de un cuerpo nacional no son productos de recónditos apetitos, ni de irrefragables despechos, ni aventuras de audaces, sino fiebres con las cuales se defiende la naturaleza, ya en el hombre, ya en la nación, cuando ésta se encuentra atacada por profundos padecimientos. Las revoluciones en México no se explicarán jamás jurídica o políticamente, sino biológicamente.

Se culpó a un supuesto militarismo como la causa del pronunciamiento del general Paredes y Arrillaga en San Luis Potosí, cuando lo cierto es que, por razones de partido, la acusación no llevaba otro fin que el de quebrantar el crédito y el respeto del ejército nacional, sin comprenderse que este proceder sólo servía para dejar expedito el camino de la conquista a los

soldados extranjeros, que ya barnizaban sus armas para invadir el suelo nacional.

Paredes entró triunfante a la ciudad de México el 2 de enero de 1846, y en seguida de haber formado una Junta de Representantes de los Departamentos, presidida por el arzobispo de México, Manuel Posada, ocupó, a resultas de acuerdo de la propia Junta, la presidencia de la República, y con tal motivo dijo:

Designado por vosotros [los miembros de la Junta] para regir interinamente los destinos de la nación, he prestado un juramento en que, poniendo al Ser Supremo por testigo, estoy muy distante de engañar a mis conciudadanos con una de esas promesas que el pueblo escucha con indiferencia, porque rara vez son cumplidas. Lo que he jurado será siempre una verdad: en San Luis Potosí me resolví a sacar a la nación del fango de la ignominia, a levantarla al grado de poder y gloria que fueron la inspiración de Hidalgo y de Iturbide, cuya obra estuvo por menoscabarse o perderse; y hoy, para cumplir con ese santo propósito, me disteis los medios, y ellos serán empleados en bien y utilidad de nuestra patria, agobiada de males y frustrada en todas sus esperanzas. No es la ambición la que me conduce a una silla en que los riesgos y las amarguras tanto abundan; y como no desconozco la dificultad de las circunstancias, mi conducta es un acto de resignación, porque todo se debe a la patria que honra a sus hijos, y porque habiendo expuesto la vida en su defensa y prodigado mi sangre en los campos de batalla, el sacrificio de la quietud, y hasta el de mi reputación, es muy pequeño, cuando es preciso comprometerlo todo para salvarlo todo. Mi gloria será abrir para la nación una era de felicidad; y cuando la haya conducido a este mismo solio, a que disponga libre y soberanamente de su suerte, yo me retiraré al hogar doméstico, dando el primer ejemplo de sumisión y respeto a la augusta voluntad popular.

Paredes y Arrillaga no poseía muchas prendas morales o políticas, y nadie ignoraba una de sus cualidades: la sencillez en su vida doméstica. Tardo de entendimiento, no era rudo. La gallardía de su profesión unía sus buenas maneras. Nunca fue propietario de sus acciones, por lo cual se dejaba arrastrar por las ocurrencias más fortuitas y daba fácil vuelo a sus incontenibles deseos de lucimiento más que de mando. Un grave mal se hincaba en él: el de ignorar dónde radicaba el bien de su patria. Como acontece a los hombres que carecen de ideas, todo en Paredes era tumultuario, y como poco interés tenía por los verdaderos negocios del gobierno y sí por el brillo, creyó salvarse entregando el poder a un partido: al conservador, que estaba más a la mano y a cuyos mandatos correspondió conspirando y pronunciándose.

Aunque sin organización, puesto que el país vivía extraño a los ordenamientos de una política, de una moral, de una economía, dos partidos de mucha forma y de corto fondo se disputaban el gobierno de México: el liberal y el conservador. Ambos, sin embargo, llenaban de incongruencias las tablas de su propósito.

De mucha templanza estaba animado el partido conservador; pero al unísono de esta cualidad, mayúscula su incoherencia. Abogaba por el Ayuntamiento, al paso que creía en el centralismo; era librecambista a la vez que intentaba dar abrigo a una industria nacional; no ocultaba sus designios contra los militares, pero levantaba la bandera de una paz incommovible en el país; pretendía ser celoso patriota, advirtiendo a continuación que ningún mexicana era capaz para gobernar al país.

Ágil, pero errante, el partido liberal contrariaba incesantemente su credo. Se mostraba ajeno a la individuación, capítulo central e inequívoco de las libertades, para trabajar con afán en la creación de un Estado absorbente; condenaba contra todos los preceptos naturales el libre cambio para entregarse al proteccionismo. Sin cansancio sembraba la semilla del federalismo, mas no se detenía en el perjurio para establecer un manejo directo en todos los actos de la vida cívica de México. El partido liberal poseía una sola y grande virtud, que basta para

engrandecerlo: un inquebrantable mexicanismo. De aquí, y de sus prestezas, sus incontrovertibles victorias.

Guiado por los hombres del partido conservador, el general Paredes y Arrillaga se entregó a la expedición de leyes, intentando en primer término organizar las rentas públicas, pero al mismo tiempo cayó en el error de creer que al descubrimiento de una nueva fórmula de gobierno se debería la felicidad de México, con lo cual no hizo sino provocar sospechas de la existencia de una trama antimexicana.

Los inconsistentes proyectos del gobierno de Paredes, unidos a los hechos de armas, desafortunados para el ejército nacional, en el norte del país, y los trabajos de los liberales impelidos por los fuertes vientos del patriotismo, hacían comprender que no serían los conservadores los llamados a conducir a México en días tan aciagos como los que estaban a la vista.

Paredes había pedido permiso al Congreso para salir de la ciudad de México y marchar al norte para ponerse al frente del ejército de operaciones pero, falto de recursos, no obstante el préstamo del clero, por una parte, y temeroso de que en su ausencia los liberales se apoderaran del gobierno, por la otra, se vio obligado a posponer la marcha, con lo cual sólo obligó a precipitar acontecimientos.

En efecto, en la madrugada del 4 de agosto de 1846, el general José Mariano Salas, con habilidad y sin sangre, quedó dueño de la Ciudadela de la capital de la República, y con ello, de magníficos recursos militares. A continuación advirtió a Paredes estar dispuesto al empleo de la fuerza de no hacerle entrega del gobierno nacional “porque usted [dijo Salas a Paredes] es el responsable de los males que padece la República; porque usted se ha entregado a los espurios mexicanos que quieren someternos al vasallaje de un príncipe extranjero; porque usted ha faltado a los deseos de la gran mayoría de la nación”.

Paredes no se arredró ante la amenaza de Salas y, como las tropas que estimaba leales a su gobierno iban encaminadas al

norte del país, salió en su busca con el propósito de volverlas a la capital y atacar a los pronunciados; pero apenas emprendió el viaje fue capturado por las fuerzas militares comprometidas en el plan de Salas.

A los ímpetus de los liberales acaudillados por Valentín Gómez Farías se debieron esos sucesos que, como Salas lo anunciara públicamente, conducían no únicamente a la restauración del gobierno federal, sino también a entregar el mando y el poder al general Antonio López de Santa Anna.

Éste, en La Habana, se enseñaba extraño a los preliminares del golpe de Salas. Sin embargo, a las insinuaciones de los liberales sobre su regreso a la presidencia, no ocultó sus vehementes deseos de hacerse cargo de la situación, puesto que sus adictos lo llenaban de oropeles, creyendo con sinceridad que Santa Anna era el único hombre capaz de mandar el ejército nacional.

Temeroso como estaba el país a consecuencia de las ocurrencias en el norte; desordenadas las rentas públicas; destruidos los cimientos de la autoridad; desalentado el ejército por la falta de recursos y careciéndose de un plan frente a un vigoroso enemigo, nadie puso en duda las habilidades y vehemencias de Santa Anna, con lo cual la República se convirtió en un hervidero de patriotismo.

“Los mexicanos estamos al fin unidos y dispuestos a arrojar a los invasores del suelo patrio”, proclamó el general Salas al tiempo que Gómez Farías anunciaba con estrépito el regreso de Santa Anna a México.

IV. LAS POBREZAS

Estados Unidos tiene 22 millones de habitantes en 1847, que representan una riqueza viva y constituyen una armonía; y no por ser sus pobladores menos turbulentos que los mexicanos,

sino por no gravitar sobre ellos el problema del desequilibrio de las culturas, puesto que a los indígenas los han excluido de la sociedad, y a los negros los han esclavizado. Posee cuantiosos bienes, pero no porque sus hombres sean más emprendedores que los mexicanos, antes por los prodigios del suelo en que fincaron vidas e intereses.

Las rentas públicas de los Estados Unidos se encuentran, a partir de las medidas dictadas por el presidente Andrew Jackson, en pleno florecimiento, ya que los ingresos siempre exceden a lo que se presupone para gastos, con lo cual pagan deudas y atesoran fondos. No se debe esta prosperidad precisamente a la honestidad de sus funcionarios, pero sí a la abundancia de sus tributaciones originada en el desarrollo del comercio, de la agricultura y de la industria, porque la naturaleza dio al suelo de los Estados Unidos los dones que a México negó, y por lo cual los mexicanos han de labrar sus fortunas con copiosas lágrimas y sudores.

Culturas económicas distintas formaron a México y a los Estados Unidos. Mientras que los aventureros de Hernán Cortés cifraban su porvenir en la extracción del oro, los del *Mayflower* creían en los ríos, en las llanuras, en las bahías. De desembarcar Cortés en las playas de la Nueva Inglaterra, pronto habría puesto la espalda a esas tierras, puesto que no iba en busca ni de bosques, ni de aguas, ni de valles para fundar colonias. Otros eran los proyectos y ensueños del Conquistador, y seducido por ellos, no advirtió en México la amenaza de las selvas lóbregas, tampoco los peligros del desierto, menos las asechanzas, ora de los pantanos, ora de las alimañas, ora de la canícula, ora de las pestes, para el establecimiento de una política y de una economía desemejantes de las que estaban llamadas a tener fondo y expansión en Norteamérica.

País infestado por todos los males era México; país dueño de todos los complementos naturales para alcanzar la perfección, fueron los Estados Unidos. Así, quienes crean que a hombres superiores se debe la grandeza del norte estarán en un error; porque no fue la sapiencia humana la que hizo caer la nieve para

que ésta sirviese de fertilizante a los campos labrantíos, ni la que dio curso a los deshielos que forman el Hudson y el Columbia, el Delaware y el Fraser, el Misisipi y el Sacramento, ni la que creó los portentosos yacimientos de hulla, ni la que cubrió de aluvión los territorios de Tennessee y Virginia, de Kentucky y Iowa, de Carolina y Missouri, ni la que formó el Mediterráneo Americano: los Grandes Lagos.

Verdad es que México era propietario de maravillosas tierras, como las de Texas y California que, luego de pasar al dominio de los Estados Unidos, fructificaron espléndidamente. Mas esto vino a consecuencia de una riqueza hecha de antemano por los conquistadores (y llevada a los solares californicos y texanos) y que no poseía México; porque el árbol de la nación mexicana — tal es la diversidad que se manda a los pueblos—creció en el más abrupto de los suelos, aunque no por ello deja de causar pasmo y embeleso.

A las esplendideces, pues, que la naturaleza concedió a los Estados Unidos correspondió el vigor de una nación, que estaba en la plenitud de su crecimiento cuando vinieron los sucesos que recorreremos, y, por tanto, ventajas muy superiores a México, así en el orden económico como en el militar, tendrían los Estados Unidos en los preparativos para la guerra; luego, en la guerra misma.

Se señala a la época de los virreyes como la causa de la pobreza de las rentas públicas mexicanas, con lo cual se resta respeto a la historia de México; porque otros, muy diferentes a los adoptados a partir de la Independencia, fueron los sistemas de tributación en aquellos tiempos, en los cuales las clases ricas, y no las pobres, constituían el sostén económico del Estado. Por no querer desentrañar las realidades de años que se han creído ajenos a la vida de una patria, se vienen repitiendo hasta nuestros días las más mendaces afirmaciones, llenándose de fruslerías la historia de tres centurias, que a pesar del dominio español, pertenecen a la vida de México.

Tan extraño era el pueblo mexicano a los sistemas de tributación, que el Estado independiente se encontró con una seria oposición popular a los impuestos; de aquí sus innumerables vicisitudes, que tanto lo enflaquecieron.

En 1843, cuando el general Santa Anna tenía el mando y el poder, quiso conocer la causa por la cual el gobierno era débil económicamente. A siete millones de habitantes llegaba el censo de 1841; y nadie podía comprender por qué esa suma de pobladores no pudiese alimentar al tesoro nacional.

Necesitado de recursos, Santa Anna procedió al arbitrio más sencillo que tuvo a la mano y que, por haber hecho escuela, tantos daños ha acarreado al país: al de posesionarse de los bienes ajenos al Estado. Fueron éstos los llamados de redención de cautivos, pertenecientes a los mercedarios, y valuados en 80 000 pesos. Mas como esto no bastaba al gobierno, Santa Anna aumentó el 20% de contribución a la mercadería importada del extranjero, provocando el disgusto de los comerciantes, por lo cual, alarmado, convino en invitar a éstos a una reunión para discutir los mejores medios de aliviar la hacienda pública.

Los comerciantes se quejaron porque todas las exacciones recaían sobre ellos, por lo cual Santa Anna dispuso que los hombres más importantes de la política dictaminaran sobre las medidas más conducentes para salvar de la anemia las rentas públicas. Se llegó así a la conclusión de que sólo 5% de los mexicanos pagaba contribuciones, por lo que Santa Anna, aparte de establecer el Tribunal Mercantil para contento de los comerciantes, fijó nuevos impuestos a la propiedad urbana y rural y decretó el de capitación, ordenando a todo mexicano mayor de 16 años el pago de 12 centavos mensuales.

Nunca un impuesto había causado tantas molestias como el de capitación: dio lugar a levantamientos populares en diferentes partes de la República. Los propietarios soliviantaban fácilmente a los indígenas, mas no para favorecerlos, sino en un esfuerzo para obtener los consiguientes beneficios para ellos mismos. Salieron de las prensas de la ciudad de México numerosos

panfletos cargados de explosivos contra Santa Anna, puesto que se le acusaba de que los tributos y préstamos sólo servían para enriquecerle.

Con materia tan inflamable como es la del enriquecimiento de los funcionarios públicos, los propietarios de la ciudad de México no solamente se servían a sí mismos, sino también al extranjero, porque no era posible al gobierno reunir los recursos necesarios para los preparativos de la guerra que se avecinaba con los Estados Unidos. Nunca una nación pudo ser más débil teniendo al enemigo dentro de su propia casa. Sin el poder de lo mexicano, entregadas como estaban las cortas fuerzas económicas del país a hombres de otras nacionalidades, que abusando de una benevolente hospitalidad, no hacían más que conspirar contra los intereses del país, México estaba muy lejos, en aquellos días, de adquirir el poder indispensable para arrostrar los peligros que tomaban cuerpo en el norte.

Con el afán, como se ha dicho, de ensamblar a los más diferentes opuestos grupos políticos, y creyendo que con la multiplicidad de complacencias es posible consolidar un gobierno nacional, el general Herrera, antes de asomarse al fondo de las rentas públicas, se mostraba desafecto “a los abusos cometidos con la terrible carga de préstamos que ha gravitado sobre los propietarios y el pueblo”, y proclamaba que la República quedaría desembarazada “de todos los odiosos impuestos”, en tanto que el ministro de Justicia y Hacienda, Mariano Riva Palacio, con excedente candor, afirmaba que no obstante las penurias rentísticas, el gobierno estaba dispuesto a moderar sus necesidades económicas, esperando de esa manera el apoyo de los mexicanos.

La política seguida por el general Herrera, lejos de producir beneficios a la hacienda pública y al país, no hizo sino debilitar económicamente al Estado, que no pudo ni engrandecer las fuerzas militares ni adquirir armas y municiones, ni preparar, en suma, la defensa de la patria. Verdad es que Herrera tenía confianza en un arreglo pacífico con los Estados Unidos a propósito de los negocios de Texas, pero así y todo, otro era el

proceder que aconsejaban la previsión y la energía, cualidades éstas de las que nunca debe hacer abandono un jefe de Estado.

Como se tenía, pues, a los impuestos por atentados contra la libertad individual, nadie los pagaba, y sólo los habitantes de la ciudad de México y de las capitales de departamento (por estar al alcance de los puños de la autoridad), y los puertos de entrada de los productos extranjeros, sostenían económicamente al gobierno. De aquí que cuando el general Paredes y Arrillaga ocupó la presidencia, el nuevo ministro de Hacienda, Luis Parres, informara que el Estado, lleno de deudas, no poseía un peso para cubrir sus más urgentes obligaciones.

Las pobreza del gobierno nacional tampoco se debían a concusiones y pillajes de jefes militares, como con mendacidad se ha venido asentando hasta nuestros días, tanto para satisfacer a la literatura extranjera, cuanto para degradar lo mexicano, porque honorable fue la administración del general Herrera, y recta también, en cuanto a los asuntos económicos, la de Paredes, y puesto que tales pobreza, como Parres admitiera juiciosamente, se derivaban de la imposibilidad “de gravar a los indios naturales” por “la miseria [dice el ministro] en que viven”, y porque “su población, que en su conjunto es de cinco millones de seres humanos, es ajena a las órdenes del gobierno de la república”.

En plan de acortar los gastos del Estado, el general Paredes procedió a reducir el número de empleados públicos; luego, renunció a su sueldo de presidente y, a continuación, con la seguridad de haber llegado al cogollo de los males, dispuso nuevos métodos de trabajo y acuñación para las casas de moneda, al paso que autorizaba a éstas a monopolizar el apartado de oro y plata; porque se volvía, por insinuación de los conservadores, a la creencia de que México no era dueño de otra riqueza que la de los metales preciosos.

Ninguna mejoría se logró en las rentas públicas con esas medidas, por lo cual los liberales, apenas llegados al poder, resolvieron la supresión de las alcabalas, con la seguridad de que

se obtendrían dos provechos. Uno, el de amacizar la independencia económica de los estados, que con la abolición de las exacciones alcabalatorias se les exceptuaba del pago del *contingente directo* al que estaban obligados los departamentos en el régimen centralista. Otro, el de hacer efectivo el impuesto de capitación, único capaz, dijo Gómez Farías, de robustecer la tesorería nacional.

A consecuencia de las alcabalas, explicó Antonio Haro y Tamariz, ministro de Hacienda, para fundar los propósitos del gobierno al suprimir el antiguo modo de tributación,

se recargan los precios, se entorpece la circulación, se disminuye el consumo, se apaga el deseo de especular en el comercio; en la agricultura se hace más costosa y difícil la producción y el cultivo; en nuestra naciente industria, recibiendo con recargo y descuido la materia prima, influye su imperfección siniestramente en la mano de obra, obstruye los progresos de ésta y le quita el aliciente para sus mejoras. Este gravamen separa todo término de competencia al concurrir nuestra gravada e imperfecta industria con la extranjera, y tiene aquélla que ceder a ésta en el expendio, y esterilizarse en su origen. [Además] el cobro de esta imposición pesa insoportablemente sobre la clase infeliz y miserable... [y] ni proporciona rendimiento a la vejación que infiere, ni deja de presentar el funesto ejemplo de una opresión sistemada por alcabaleros y guardas.

Patrióticas y progresistas intenciones no faltaron al ministro de Hacienda al expedir la ley, pero cambiar un sistema de rentas con tan profundas raíces como el de las alcabalas en días de numerosas y graves amenazas al país, pareció peligroso y absurdo, por lo cual, a poco andar, los mismos liberales anularon las disposiciones de Haro y Tamariz.

Pero como los puertos del Pacífico y del Golfo de México se encontraban cerrados al comercio exterior debido al bloqueo de la marina de guerra norteamericana, y, por tanto, imposibilitado el gobierno para obtener rentas provenientes de los derechos de

importación; y como los ingresos interiores habían venido a menos, y las cortas recaudaciones entregadas a los usureros por la cuenta de anticipos al erario, y como, por último, todas las fuentes de la economía nacional eran víctimas del raquitismo, mientras que crecían las demandas de dinero para el sostén de las tropas mexicanas encaminadas al norte de la República a detener el avance de las fuerzas extranjeras, una única esperanza brilló ante el gobierno de México: conseguir un empréstito en Inglaterra.

Sin embargo, mal andaba el crédito nacional en los países europeos. Por los embrollos y trapazas de J. Lizardi y Compañía, a quien el gobierno de la República entregó con imperdonable ingenuidad el manejo de los bonos mexicanos, la deuda exterior de México ascendía a 10 900 000 libras esterlinas, con lo cual el pícaro Lizardi se creía llamado a obtener cuantiosas ganancias.

Premioso como estaba, y ante la imposibilidad de un arreglo con Lizardi, el gobierno mexicano optó por otro camino: el de entenderse directamente con los acreedores ingleses, de lo que vino la conversión de 1846.

Se llevó a cabo este negocio, tan favorable a México, con la casa Manning y Mackintosh, de Londres, fijándose en el convenio el reconocimiento de los derechos de los tenedores de bonos mexicanos, la supresión de los réditos de la deuda capitalizados por Lizardi y el acomodo de todos los intereses por vencer, al 5%, decretándose al mismo tiempo que para el servicio o garantía de la deuda, ni los bienes nacionales podrían ser enajenados, ni hipotecada porción alguna del territorio nacional. Quedó así la deuda exterior convertida en un nuevo fondo consolidado por cuatro millones de libras esterlinas, amortizable en 20 años.

Terminado felizmente el negocio, quedaron abiertas las puertas para un nuevo empréstito mexicano, ofreciendo desde luego Manning y Mackintosh 500 000 pesos; mas como en esos días a la franca actitud de guerra de los Estados Unidos se siguió la abstracción inglesa en los negocios norteamericanos, Manning y Mackintosh retiraron su promesa.

De regreso en el país, una de las primeras ocupaciones del general Santa Anna fue reanudar el negocio con los prestamistas ingleses; pero la casa de Schneider y Compañía, agente del gobierno de México en Londres, encontró todas las puertas cerradas para llevar a cabo la operación, aunque advirtió que otros serían los resultados de sus gestiones de aceptar México la hipoteca de sus bienes nacionales en garantía del dinero que se le diese.

Sin más fuerzas económicas que las muy endeblas propias, México estaba solo ante los Estados Unidos en los momentos en que los soldados de este país iban avanzando sobre el territorio nacional.

En tan aflictivas condiciones para la República, el Estado no encontró otro medio para hacerse de recursos pecuniarios que el de imponer un préstamo al clero. Agotados por el gobierno [dice el decreto oficial expedido con tal motivo] todos los recursos ordinarios y extraordinarios, y los medios suaves y templados de procurarse fondos [...] [y como] el Venerable Clero secular y regular, de ambos sexos, de toda la República, y especialmente el de la Diócesis Metropolitana, constantemente se ha manifestado dispuesto a comprometer sus bienes, por grande que sea el sacrificio, para concurrir así a la causa de la común defensa [...] el gobierno hará expedir letras por valor de dos millones de pesos a cargo del Venerable Clero.

En libranzas con un plazo de vencimiento a dos años deberían cubrir el arzobispado de México un millón de pesos; 400 000 el obispado de Puebla; 250 000 el de Guadalajara; 170 000 el de Michoacán; 100 000 el de Oaxaca, y 80 000 el de Durango.

El clero acudió solícito a la firma de las letras, aunque algunas diócesis y comunidades religiosas hicieron el préstamo en dinero efectivo, lo que produjo un alivio a las necesidades económicas del general Santa Anna para la organización del ejército en San Luis Potosí. Mas como la suma recaudada no era suficiente para

las empresas de la guerra, el gobierno decretó un préstamo de 800 000 a los particulares.

Se formó la lista de contribuyentes de acuerdo con la riqueza personal de cada uno. Entre los obligados a entregar 20 000 pesos estaban el conde de Berrio, el duque de Monteleón, Alejandro Arango, Joaquín Obregón, Eusebio García, Nicolás Carrillo, Gregorio de Mier y Terán, y Manuel Rull, en tanto que se ordenó que pagaran los certificados de 9 000 pesos a Francisca Pérez Gálvez, José Gómez de la Cortina, José María Flores, Josefa Adalid, Juan Goríbar, Felipe N. del Barrio y Manuel Fernández de Córdoba.

Si el clero respondió a las necesidades del gobierno nacional, no así los particulares, puesto que la mayor parte arguyó derechos de extranjería, con lo cual se consideraron a salvo de las contribuciones de guerra.

Debido al fracaso de este segundo préstamo, así como al crecimiento de los gastos originados por la organización, pronto se agotaron los dos millones del clero, y continuaron los azogamientos económicos del Estado.

La única medida salvadora en esas aciagas horas volvía a ser otro empréstito, ya de los ricos extranjeros radicados en México, ya de los señores Manning y Mackintosh; pero aquéllos y éstos exigían prendas en garantía de pago; y como pobre era el Estado mexicano, de pocos bienes disponía para una hipoteca. Los únicos a la mano en la jurisdicción nacional pertenecían a la Iglesia. Materia había sido ésta de muchas y a veces enroscadas y agrias discusiones. Se daban en efecto a los bienes del clero proporciones fabulosas, en lo que resaltaba más la ignorancia que la razón; porque si las comunidades de religiosos pudieron, en el transcurso de los años, reunir dilatadas propiedades, ora urbanas, ora rurales, la realidad determinaba que, al igual de las privadas o del Estado, no constituían valores expeditos y sí hacinamientos de deudas. Lo que la cristiandad mexicana entregaba a la Iglesia a título de diezmo, volvía bien pronto al uso de la población de México por medio de los créditos otorgados por

las capellanías. A la falta de una cultura económica nacional, la capellanía operaba a manera de banco, aunque, en la época que recorremos, era establecimiento en quiebra porque todos le debían y nadie le pagaba.

Sin embargo, en un país cubierto con una infinita miseria, y en el que todo se veía con desconfianza y recelo, a la riqueza, fuese o no cierta y, ya de los particulares, ya de la Iglesia, se acompañaba con un sinnúmero de supercherías, no precisamente por maldad, sino porque se la tenía como ofensiva, sobre todo para las clases más pobres, siempre en vilipendio.

Despeñados, debido a que nunca supieron penetrar en los negocios preparatorios de una cultura económica mexicana, los liberales, a la par que los conservadores, no dejaron de tener proyectos para destronar los bienes de la Iglesia, olvidando que iban a destruir un núcleo de propiedades que podía ser aprovechado para el bienestar de la República sin necesidad de acudir al más infantil de los arbitrios: el de la segmentación. Además, mediante tan primitivo procedimiento sólo se sentaría el precedente de que el Estado mexicano es un instrumento voraz y atentatorio, que existe sobre todos los títulos de la libertad y de la propiedad.

El partido liberal se ufana de haber iniciado formalmente, en 1847, los trabajos encaminados a la confiscación de los bienes de la Iglesia, lo cual es indebido; porque si gloria hubo en tal medida, será necesario entregar los laureles al general López de Santa Anna, puesto que fue éste, en medio de sus devaneos e incoherencias, el primero en determinar el engrandecimiento del Estado ocupando los bienes de las comunidades religiosas. Mas faltando en Santa Anna arraigo a sus propias opiniones, dejó correr los años y con ellos sus proyectos, y sólo los apremios de la guerra lo obligaron a dictar la medida conforme a la cual las propiedades de la Iglesia podían ser vendidas o hipotecadas por el gobierno nacional.

Mientras los liberales han pretendido agregar a las buenas cuentas de Valentín Gómez Farías la ley del 11 de enero de 1847,

los conservadores han callado la participación decisiva en este negocio del general Santa Anna, quien a propósito escribió:

Un préstamo de veinte millones de pesos, nada más con hipoteca de los bienes del clero, es de lo que hoy se debe tratar en nuestro congreso; pues cualquier otra cosa que se discurra, ha de quedar en conversación, y el tiempo no es de perderse. Yo tenía mis preocupaciones, y por diez años resistí, con todas mis fuerzas, dictar ninguna medida contra los bienes del clero, y aun aseguré muchas veces en el gabinete, que prefería primero que me cortaran la mano, a firmar un decreto que dispusiera de estos bienes; pero entonces eran las circunstancias muy diversas; no estaban agotadas las fuentes del tesoro, y nunca se había visto el grave conflicto en el que hoy se encuentra. Por estas consideraciones, yo no me opongo a que se lleve a efecto el préstamo bajo la base indicada, si ésta fuera la voluntad del augusto Congreso; antes lo apoyaré, pareciéndome el asunto tanto más fácil de realizarse cuanto que quedan de ese modo afianzados los bienes del mismo clero, y ya no tendrá que temer por ellos en lo sucesivo.

Fue esta carta de Santa Anna la que doblegó a los diputados contrarios al proyecto de confiscación, por lo que, vencida la resistencia, el Congreso pudo aprobar la ley conforme a la cual se autorizaba al “gobierno para proporcionarse hasta quince millones de pesos, a fin de continuar la guerra con los Estados Unidos del Norte, hipotecando o vendiendo [...] bienes de manos muertas”, exceptuando los destinados al sostenimiento de hospitales, casas de beneficencia, colegios y centros de manutención de presos.

Se facultaba también al Estado mexicano para emprender negociaciones a fin de contratar un empréstito en el extranjero “con un sesenta por ciento en numerario [y] puesto en la República libre de todo costo”, ordenándose que el dinero que se obtuviese mediante la hipoteca de los bienes del clero, debería ser aplicado totalmente “a cubrir los presupuestos de las tropas destinadas a defender el territorio nacional”.

Entretanto se conseguía el empréstito, ora en México, ora en Inglaterra, ora en cualquiera otra nación europea (anticipándose en el Congreso la posibilidad de realizar la operación por medio de la casa Manning y Mackintosh, a la cual ya se podía satisfacer entregando propiedades en hipoteca), y el gobierno presidido por Gómez Fariás ordenó la ocupación de bienes del clero por valor de 10 millones de pesos con objeto de disponer desde luego de fondos. Exceptuaba el gobierno de la ocupación a las comunidades que entregaran en dinero efectivo el valor de las propiedades amenazadas por la hipoteca.

No ajena a ese mandato oficial fue la subversión del orden en la ciudad de México a partir del 27 de febrero de 1847, y tales fueron los odios y temores que produjo que, reunido el Congreso el 27 de marzo, resolvió facultar “extraordinariamente al Ejecutivo para que con el menor gravamen posible, y de la manera que tuviera por conveniente, se proporcione hasta la cantidad de veinte millones de pesos”; el decreto advertía a continuación que no se autorizaba “al gobierno para enajenar en todo ni en parte el territorio nacional”; tampoco “para imponer préstamos forzosos, celebrar contratos de colonización o atacar la propiedad de los particulares”, y en seguida, el mismo decreto, en lo que respecta a los efectos de la ley del 11 de enero, establecía que el Ejecutivo nacional estaba capacitado para “celebrar convenios con las personas y corporaciones” afectadas por la resolución confiscatoria.

Luego, para calmar los ánimos, el general Santa Anna, ya dueño de las facultades que le dio el Congreso, derogó la ley causa de disgustos y sangre, como todo lo que se hace con engreídas violencias. Vuelto todo a la paz, Santa Anna quiso remediar las congojas de la tesorería nacional, y al efecto, visitó al arzobispo de México y llamó a pláticas a los clérigos y particulares ricos. De todas aquellas conferencias y secreteos obtuvo medio millón de pesos. No disponía de más caudales la nación mexicana para el abastecimiento de las tropas que a gran prisa se dirigían hacia el estado de Veracruz para detener a los soldados norteamericanos desembarcados en las playas veracruzanas.

El patriotismo, y solamente el patriotismo, sostenía a los hombres que iban a la pelea. El cuerpo nacional estaba enflaquecido por la miseria, y cuando en el mes de junio el general Santa Anna decretó un préstamo de un millón de pesos, en un esfuerzo para salvar al país, apenas pudo reunir 350 000, porque hubo estados que, como el de San Luis Potosí, al que se le señaló una contribución de 46 000 pesos, sólo pudo enviar 8 000. Ésa y no otra desgracia tenía que ser la de un pueblo pobre, al que no se podrá llevar a ninguna victoria con glotonerías políticas, sino con los bienes que manda el discernimiento.

V. LOS EJÉRCITOS

Alarmada la diplomacia norteamericana con el mando y poder adquiridos por el general Mariano Paredes y Arrillaga, sin recato alguno buscó la manera de hacer cambiar el orden de cosas establecido en México, y puso la mirada en el general Antonio López de Santa Anna, con la creencia de despertar en éste las ambiciones y hacerle así un firme aliado. Corrió la diplomacia de los Estados Unidos en esta faena una de sus más chuscas aventuras.

El coronel Alejandro A. Atocha fue en busca de Santa Anna, quien se encontraba en La Habana.

Vida de crápula y de embrollos es la que había llevado Atocha. Audaz y sin escrúpulos, por su servilismo con Santa Anna, ganó una posición económica en México. Marchó luego a los Estados Unidos, en donde se hizo amigo de los rebeldes de Texas y de los jacksonianos. Fue contrabandista de armas, y en seguida de ostentarse como coronel, adoptó la nacionalidad norteamericana.

Se presentó Atocha en Washington al presidente James K. Polk diciéndose comisionado de Santa Anna y asegurando que éste estaba dispuesto, si el gobierno de los Estados Unidos le concedía apoyo para regresar a México y apoderarse de la presidencia de la República, a entregar el territorio nacional comprendido al norte de San Francisco (California) y del río Bravo, mediante 30 millones de dólares, de los cuales deben exhibir los norteamericanos, en el acto, 500 000.

Con mucho candor, Polk cayó en la trampa (aunque sin soltar dinero) tendida por el astuto Atocha, pero antes de seguir las negociaciones con el hombre de los tantos laberintos, se dirigió apresuradamente a John Slidell a fin de que hiciera el último esfuerzo para ser recibido por el gobierno establecido en la ciudad de México en calidad de plenipotenciario, porque deseaba tener

un punto de apoyo para abrir negociaciones con el general Santa Anna.

Slidell, como ya se ha dicho, fracasó en sus propósitos, y Polk puso en camino a La Habana al comandante Alexander Slidell Mackenzie, con el carácter de representante oficial del gobierno de los Estados Unidos, para entrar en arreglos con el general Santa Anna. Las instrucciones secretas que llevaba Mackenzie decían que había de proceder a sondear el ánimo de Santa Anna para “notificarle”, en seguida, el propósito del gobierno de los Estados Unidos de proseguir vigorosamente la guerra “para resistir el ataque del intruso gobierno militar del general Paredes”; pero dispuesto a poner punto final a las hostilidades en cuanto hubiese en México un gobernante con ánimos de arreglar “amistosamente las dificultades existentes entre las dos naciones”.

Mackenzie fue también autorizado por el presidente Polk para decir a Santa Anna que el gobierno norteamericano vería con agrado la caída del “despotismo militar de Paredes”, y con esto, su satisfacción por el regreso de Santa Anna al poder, y que realizado este plan cesaría la guerra y un plenipotenciario de los Estados Unidos, con amplias facultades, estaría listo para “ofrecer [a México] en las condiciones más liberales, el dinero suficiente con el fin de que quedasen establecidos los límites geográficos permanentes entrambos países”, cediendo el gobierno mexicano al de los Estados Unidos el territorio del que “probablemente ya estaban en posesión” las tropas norteamericanas. Se agregaba en las instrucciones a Mackenzie que, al aceptar Santa Anna este proyecto, Polk expediría órdenes para que los barcos que bloqueaban los puertos del Golfo permitieran al general regresar a su patria.

La conferencia de Santa Anna y Mackenzie se efectuó el 7 de junio de 1846, y luego de leer el enviado norteamericano el instructivo de su presidente, dijo Santa Anna que agradecía la disposición para que las fuerzas navales de los Estados Unidos no entorpecieran su desembarco en las playas de su país; hizo recuerdos de su visita al general Andrew Jackson; admitió haber

cometido errores en sus gobiernos pasados, y manifestó su conformidad en las negociaciones para dar término a la guerra “mediante un tratado de límites con los Estados Unidos”, al paso que propuso —dice Mackenzie— que el general Zachary Taylor avanzara a Saltillo y que el puerto de Veracruz fuese ocupado por las tropas extranjeras.

Candongo como era (*candonguero* le llama una muy española crónica de la época), el general Santa Anna aprovechó la diabólica misión de Mackenzie para burlarse de la diplomacia norteamericana. En efecto, cuando Mackenzie llegó a La Habana, estaba resuelto el regreso de Santa Anna a México, mas no por artes del enviado de Polk, sino a consecuencia del compromiso contraído por el general con los liberales mexicanos. El ex ministro Isidro Reyes —a quien los liberales dieron toda su confianza para que llevara a cabo la maniobra “a todos los precios”— era el encargado de burlar la vigilancia de los barcos de guerra de los Estados Unidos y de conducir a salvo a Santa Anna “a cualquier punto de la Costa de Sotavento”.

Sin embargo, se presentaban grandes dificultades para la operación en virtud del extremo celo de las embarcaciones del enemigo, por lo cual Santa Anna, siempre amante de los ardides, aprovechó la coyuntura que le ofrecía Mackenzie para romper el bloqueo mediante palabras que a nada concreto le comprometían. “Todo lo que dije [a Mackenzie] fue tan vago que apenas es creíble el engaño sufrido por el enemigo”, escribió el general Santa Anna.

Otra, sin embargo, ha sido la universal creencia sobre la actitud de Santa Anna en La Habana, explicable tanto por el misterio con el que acostumbran rodearse los personajes políticos, cuanto por las desdichadas versiones que se encargó de propalar la diplomacia engañada, y de las cuales se hicieron comunicantes algunos escritores mexicanos, sin comprender que el deslustre a Santa Anna tenía por objeto extinguir la fama valiente, decorosa y patriótica de México. Sin embargo, ni los modernos trabajos históricos de Reeves y Rives, con ser tan parciales, ni lo insidiosos

de Justus H. Smith, señalan connivencia de Santa Anna con los Estados Unidos.

Dueño, pues, Santa Anna de la autorización para pasar la línea de los barcos norteamericanos que bloqueaban los puertos nacionales del Golfo de México, fletó el buque mercante inglés *Argyle* y se dirigió a Veracruz, y el 16 de agosto de 1846 el bergantín estaba a la vista del puerto, al que entró empavesado. Temerosos de una traición, los veracruzanos esperaban al general Santa Anna con cierto desdén. Sin embargo, hubo en la ciudad salvos de artillería y las campanas de los templos fueron echadas a vuelo. Los miembros del Ayuntamiento porteño, con notorio recelo, acudieron al recibimiento, pero los soldados abandonaron sus cuarteles y vitoreaban a su antiguo general.

Otra fue la recepción que se preparó en Puebla a Santa Anna. Aquí se reunieron los ministros, los altos jefes militares y los funcionarios del gobierno poblano. Todo ese mundo oficial estaba acaudillado por Valentín Gómez Farías. El obispo Francisco Pablo Vázquez esperaba, bajo palio, al recién llegado a las puertas de la catedral, pero Santa Anna rechazó la ceremonia religiosa dispuesta en su honor y se encerró con Gómez Farías, los ministros y los generales a discutir planes, y a continuación expidió una proclama en la que invitaba a los mexicanos a tomar las armas en defensa de la patria.

Los cohetes voladores, los repiques y las salvas hicieron saber que el general Santa Anna estaba a la entrada de la capital de la República. Las fachadas de las casas en las calles por las que había de pasar el cortejo político y militar estaban cubiertas con “cortinas, flámulas y flores”. Los regidores, generales y funcionarios del Estado se habían dado cita en el Peñón, y todos, al llegar el general, lo llenaron de miramientos y halagos.

En seguida se organizó el desfile. Cuatro carros alegóricos a la libertad, a la unión, al ejército y a la guerra abrieron la marcha. Iban después los coches que ocupan los miembros del Ayuntamiento y de las comisiones de los ministerios, y atrás, en carretela abierta, Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez

Farías. Vestía el general, con mucha severidad, un levitón negro. En la cabeza lucía una gorra de nutria y sostenía “con una mano el cuadro de la Constitución de 1824”.

Entró la comitiva a la calle del Hospicio de San Nicolás (hoy Guatemala), donde la multitud vitoreaba a Santa Anna, y continuaba por las de Santa Teresa, Escalerillas, Tacuba y Santa Clara (Tacuba); tomó la de Vergara (Bolívar) y apareció por las de Plateros (Madero) frente a la Plaza de Armas, pasando bajo un gran arco triunfal levantado al lado del portal de Mercaderes.

Con mucho regocijo fue recibido el general en el Palacio Nacional, y luego de concurrir a un Te Deum en la Catedral se retiró a Tacubaya, en donde estableció su cuartel central, no sin antes haber anunciado su decisión de marchar al norte de la República a tomar el mando del ejército.

Rehuyó, “más sombrío que victorioso”, otras fiestas que se habían preparado en su honor, y sólo pensaba en sus planes de campaña y en obtener fondos para la guerra.

La presencia de Santa Anna exaltó los ánimos. Se olvidaron los descalabros sufridos por el Ejército del Norte en Palo Alto y Resaca; se elevó la llama del patriotismo. Los hombres, quién más, quién menos, se sentían obligados a morir en defensa de su tierra, de sus leyes, de sus costumbres, de su independencia. Los partidos omitían rencillas y ambiciones.

Preguntaba Santa Anna al ministro de Guerra, Juan N. Almonte, cuáles eran los efectivos del ejército, y supo que no había más de 20 000 soldados sobre las armas, e interrogó al de Hacienda, Valentín Gómez Farías, sobre los fondos del erario, para descubrir que sólo había deudas. Llamó a consulta a los generales, y en tanto el general Ignacio Mora y Villamil creía en el peligro del avance de los norteamericanos por el norte del país, el general Gabriel Valencia opinaba que el enemigo intentaría el desembarco en Veracruz para dirigir sus pasos, a continuación, sobre la ciudad de México. Santa Anna escuchó a los jefes militares y resolvió en favor de los proyectos de Mora y Villamil,

que consistían en llevar a cabo una campaña rápida y venturosa en el norte y volver violentamente a Veracruz para evitar una invasión de los extranjeros. Valencia aceptó el plan y se le ordenó salir a Guanajuato a fin de promover la organización militar, al mismo tiempo que Santa Anna nombraba al general Anastasio Bustamante jefe del Ejército de Occidente, con instrucciones de ir en auxilio de los mexicanos que defendían el territorio de la Alta California.

No obstante los numerosos obstáculos que se oponían al desarrollo de sus proyectos, Santa Anna no desmayó. En cada mexicano alentaba un apoyo a su empresa. Su plan comenzó en la formación de un ejército, aparte del permanente. Necesitaba 20 000 hombres bajo sus órdenes, pero no esperó a que éstos, alimentados por el patriotismo, se reunieran, sino que escribió a los gobernadores para que procedieran a alistarlos. Requeriría cañones, pólvora, fusiles, carros, víveres, medicinas, y como nada había en cantidad suficiente, se propuso improvisarlo todo. Cada hora perdida podía ser fatal a un pueblo que únicamente confiaba en su valor.

Mientras que Valencia iniciaba el alistamiento en Guanajuato, Santa Anna despachaba a San Luis Potosí a los hombres que pertenecían a la cascada división del general Paredes y Arrillaga. Antes, arengó a los soldados con mucha vehemencia, hasta hacerles del triunfo una convicción, al paso que con mucho apresuramiento estableció en la ciudad de México tres fábricas más de pólvora y ordenó la fundición de dos centenares de piezas de artillería, y era tal su actividad que no daba descanso a su cuerpo: “Su mirada ha tomado tal fiereza, que se asemeja a la de un felino”.

Aunque el ejército tenía individuos con relevantes cualidades (por más que la literatura antimexicana los ha perseguido sin descanso, acusándolos de haraganes y cuartelescos y haciéndolos amos de irrefragables ambiciones), las bases de su organización y disciplina eran muy endebles.

En 1846 la marina de guerra nacional en el Golfo de México estaba formada por dos bergantines, dos goletas y seis cañoneras. La dotación de estos 10 buques de vela era de 387 tripulantes y 14 piezas de artillería, en tanto que la de las cuatro goletas que operaban en el Pacífico era de 85 hombres y dos cañones.

Toda la planta del cuerpo médico militar en la República consta de un director, ocho médicos, 24 ayudantes y 11 enfermeros, y los facultativos estaban obligados a firmar un contrato de enganche por dos o tres años y vivían bajo la amenaza de severas penas si llegaban a desertar. No había un solo cuerpo de milicia, ya activo, ya permanente, que estuviera completo, y mientras que los cálculos (porque no había informes exactos) del gobierno del general Herrera hacían ascender el número de soldados mexicanos a 22 000, de los cuales 14 000 corresponden al arma de infantería, las noticias del ministro de Guerra en los meses de mando del general Paredes indican que sólo existían 19 000 hombres en pie de guerra, aunque no todos poseían fusiles.

Ajenas a la realidad eran las cifras que el presupuesto nacional destinaba para el ejército. Se presuponían en 1845, para gastos militares, 15 millones de pesos. Sin embargo, los ingresos nacionales en ese año llegaron escasamente a 13 millones, de los cuales, aparte de que no eran recaudaciones en efectivo (puesto que el gobierno recibía en los pagos, ya de las rentas del tabaco, ya de las aduanas, papeles de la deuda nacional y vales de acreedores), se descontaban los pagos a los incesantes anticipos de los prestamistas, y se llegaba así a la conclusión, como lo fijaba el ministro Parres, de que al sostenimiento del ejército se destinaban “de cuatro a cinco millones de pesos”, con los cuales era necesario comprar vestuario, vituallas, cabalgaduras, pólvora y granadas.

Nunca un ejército pudo vivir en medio de tal número de pobreza, y de aquí que nadie quisiera engrosar sus filas y se tuviese que acudir a la leva. Así, cuando el general Santa Anna se situó en Querétaro a fin de organizar un ejército para combatir al general Paredes en Guadalajara, ordenó a todas las autoridades “coger

por la fuerza a todos los indios de su jurisdicción”, con lo que pudo reunir 8 000 hombres, la “mitad de los cuales, por estar desarmados, tenían órdenes de tirar de las piezas de artillería”, de servir a los soldados de los batallones activos y de atender la marcha de las carretas de los abastecimientos.

Por ser muy cortas y débiles las fuerzas militares de la nación, apenas llegado al Ejecutivo, el general José Mariano Salas se dirigió a los gobernadores, diciéndoles que a pesar “de las disposiciones supremas que con repetición se han dictado para cubrir las bajas del ejército”, las filas de éste siguen mermadas, y a consecuencia decretó “un contingente extraordinario de hombres” para todos y cada uno de los estados de la federación, pidiendo 8 200 al de México, 4 000 al de Jalisco, 3 800 al de Puebla, 3 000 al de Guanajuato, 1 800 al de San Luis, 2 000 al de Oaxaca, 1 980 al de Michoacán, 1 000 al de Veracruz, y 4 200 a los de Zacatecas, Querétaro, Durango, Chihuahua, Sinaloa y Aguascalientes.

Además, el general Salas dio órdenes para que se procediera a formar la Guardia Nacional en todos los estados, advirtiéndole a continuación el general Santa Anna: “Los cuerpos de la Guardia Nacional, de acuerdo con sus respectivos gobernadores, quedarán sujetos solamente a los comandantes generales de aquellos Estados que estén invadidos, atacados o amenazados por el ejército norteamericano”.

Mas como no había armas, ni era posible introducirlas al país debido al bloqueo de los puertos mexicanos, el gobierno, para alentar a los traficantes y contrabandistas de materiales de guerra, y “considerando la urgente necesidad de poner a la República en el mejor estado de defensa contra la escandalosa usurpación que le han hecho de una gran parte de su territorio los Estados Unidos”, expidió una ley para permitir “la libre introducción, por cualquier punto de la República, y la venta franca en toda ella, de fusiles, carabinas, sables, cañones de bronce y de hierro con sus cureñas, y en general toda especie de armas y proyectiles, sin pagar derechos de importación”.

Tarde, sin embargo, llegaron estas medidas; porque bien rodeado estaba ya el territorio de México por los cañones de los Estados Unidos. El depósito de confianza, y no de previsión, hecho en 10 años por el gobierno nacional, carecía de solidez.

Ocho mil eran los hombres que en la ciudad de México estaban dispuestos a marchar a las órdenes de Santa Anna al norte del país, pero no había ni armas que darles, ni dinero para la compra de víveres. Sólo 3 000 soldados de la capital federal podrían ir a la defensa del suelo amenazado.

Quiso el general Santa Anna unir la fecha de su salida al norte al de una gloriosa de la patria mexicana: a la del 27 de septiembre; pero fracasó en su deseo, porque el ministro de Hacienda, de 300 000 pesos que le había ofrecido para los primeros gastos de la campaña, sólo pudo entregarle la tercera parte. Se indignó el general y, llamando a 15 de los hombres más ricos de la ciudad, los obligó a que le entregaran los 200 000 pesos faltantes, y a continuación dictó las órdenes para la marcha.

Un escuadrón ligero de Puebla, tres cuerpos de húsares y tres de infantería y uno de artillería de a pie formaron la columna de Santa Anna que se adelantó al general en jefe con rumbo a Querétaro.

En carruaje, seguido por dos diligencias, en las que viajaban generales y oficiales, y escoltado por un corto número de jinetes, salió Santa Anna de la capital. La despedida en Tacubaya fue patética. Le besaron las manos las mujeres que iban a anunciarle la entrega de los primeros botiquines de campaña que afanosa y silenciosamente habían fabricado. Los pobres y los empleados apiñados a las puertas de su casa le pidieron armas para formar parte de su guardia.

Camino a San Luis Potosí, el general en jefe encontró un batallón de patriotas queretanos. Eran como 300 hombres, de los cuales menos de la mitad llevaba fusil. Muchos de éstos “iban descalzos”. Todos, por vez primera, empuñaban un arma. Profundo desconsuelo causaba “ver aquella caravana sin orden

militar y sin recursos para la guerra”, pero pronto los nuevos soldados borraron toda amargura para convertirla en una esperanza, pues, reuniéndose en torno al carruaje de Santa Anna, solicitaron con conmovedoras exclamaciones ser los primeros en ofrendar sus vidas en defensa de la patria.

Después de ese espectáculo, y apenas seguido el camino hacia San Luis, llegó una noticia que produjo “más indignación que tristeza”: la de la capitulación de Monterrey. Saltaron de los labios de Santa Anna maldiciones contra el general Pedro Ampudia. Ciego por la ira, el general en jefe ordenó que Ampudia fuese aprehendido y llevado a consejo de guerra y, en seguida, dejándose conducir por los impulsos, tuvo intenciones de marchar al frente de la columna que le precedía sobre el enemigo, confiado en un golpe de audacia.

Sin embargo, en San Luis se encontró con un hombre de prudencia, provisto de un sentido de organización y animado por un sin igual patriotismo: el gobernador Adame, y sosegado, tanto por el buen juicio de éste cuanto por los informes precisos sobre cómo habían capitulado, que no era deshonoroso para la nación mexicana, se entregó a dar cuerpo a su ejército.

En la ciudad de México circulaban panfletos llenos de ultrajes para el jefe del ejército nacional: Santa Anna con desparpajos trae las tropas en andrajos; Mal patriota es el que no dice la verdad; Cruel desengaño de la Nación Mexicana, y otros más en los que se acusa a Santa Anna, ora de ampuloso y embustero, ora de cobarde y falso, ora de gastador y desordenado. Se dice que Santa Anna se niega a escuchar a los generales que le piden la salida sin dilación del ejército para expulsar al enemigo del territorio nacional, o bien, que tiene el propósito de volver a la ciudad de México para declararse dictador.

Tilda Santa Anna de *folletistas* a los autores de tanta infamia, en tanto que los liberales, atribuyendo a los conservadores la paternidad de los panfletos, expiden una ley de imprenta, puesto que, si

la facultad de expresar el pensamiento [dice el decreto] [...] es uno de los primeros derechos del hombre, y la libertad de ejercerlo una de las más preciosas prerrogativas que reconoce en los ciudadanos el sistema representativo [...] los escritores pueden abusar de la imprenta, empleándola en desahogar pasiones innobles, en incitar a la desobediencia y en subvertir el orden social; y los encargados del poder pueden también encadenarla para acallar la voz de la opinión, que les pide cuenta de sus actos, y levantar así el edificio de la tiranía sobre las ruinas de la libertad civil

se hace indispensable reglamentar la libertad de imprenta.

Y, al efecto, el gobierno estableció que ningún mexicano podía “ser molestado por sus opiniones”, pero que se consideraban “abuso de la libertad de imprenta” los escritos en que se atacan “de un modo directo la religión católica”, la forma de gobierno republicana, representativa y popular, “las máximas doctrinas dirigidas a excitar la rebelión o la perturbación de la tranquilidad pública”. Se establecía, además, “la censura de toda clase de escritos, denunciados como abusivos de la libertad de imprenta”.

Con singular prudencia se toleraban aquellas injurias que no hubieran acarreado males a la nación, de estar dirigidas a opacar a un hombre, pero que, acompañadas de dislates y trabucos, al paso que sembraban el desaliento y la desconformidad entre los mexicanos, ponían al enemigo en posesión de noticias útiles para el desarrollo de sus planes políticos y militares.

Bien informado estaba, pues, el general Zachary Taylor, comandante del ejército enemigo en el norte del país, de todos los sucesos en la ciudad de México y en San Luis Potosí.

Taylor, el jefe del *ejército de ocupación*, era un viejo y valiente soldado de los Estados Unidos. Una escuela de disciplina y previsión unía a los recursos que el gobierno de su país había puesto a su alcance. No era soldado audaz, pero sí metódico; tampoco era de iniciativa, mas gusta del cálculo. Nada de

brillante tiene ni en sus marchas ni en sus dispositivos de combate. Ha sido perseguidor incansable de los indios rebeldes en el territorio norteamericano, y entre sus hazañas está el triunfo en el combate del lago Okeechobee, en diciembre de 1837, que dio fin a la campaña de Florida.

Mas el hombre que preparaba los planes para la guerra con México era el general Winfield Scott.

Scott tenía gran precio como militar, lo que se debía no tanto a su participación o mando en extraordinarias batallas, cuanto a las aptitudes que como organizador poseía. Era sañudo y no ocultaba sus ambiciones. Lucía un despejado talento, que él mismo se encargaba de opacar en sus momentos de irascibilidad. Gustaba del arrojo y del imperio en sus órdenes, y se adornaba con una de las más altas cualidades de un general: la previsión.

Aunque hecho en el fuego de numerosos combates, el general Scott sobresalía en la llamada *Black Hawk War*, en 1832. Marcó allí sus capacidades de jefe, su sentido de orden; dio un rumbo a la forma del ejército norteamericano. Luchó, además, con destreza, lo mismo contra las enfermedades que diezmaban a sus soldados que contra el enemigo, brillando sobre todo con sus rápidos movimientos.

Cuando fue nombrado jefe de la campaña contra los rebeldes indios seminolas, llevó al exceso sus preparativos. Previsor, no obstante que los rebeldes no eran más de 1 200, pidió 5 000 soldados y exigió rifles de *patente* en vez de mosquetes, y fue tal la fuerza que reunió, que esto sólo bastó para amedrentar a los indios.

En seguida, con franqueza, anunció el peligro de que fueran los voluntarios y no los soldados regulares la base del ejército norteamericano, lo cual le acarrearía numerosas dificultades e intrigas, que obligaron al gobierno a llamarlo a Washington para que respondiera a las acusaciones que se le hacían de haber retardado las campañas contra los indígenas insurrectos, en lo que había más politiquería que realidad.

Ciertamente el ejército de los Estados Unidos no poseía la organización que anhelaba el general Scott; como tampoco podía ufanarse, hasta antes de la guerra con México, de virtuosas glorias: así lo confesaba el general Emory Upton en su historia de la *Política militar* norteamericana, trabajo que no por espeso deja de ser valioso.

En lo que respecta a sus fuerzas militares, el gobierno de los Estados Unidos seguía un procedimiento invariable: mantenía, en tiempos de paz, un pequeño ejército, pero en la guerra organizaba voluntarios a toda costa.

En 1835 el total de los miembros del ejército norteamericano de tierra ascendía a escasos 4 000 soldados. La zona militar oriental, a las órdenes del general Scott, tenía 1 500 hombres; la que comprende el oeste del país contaba con poco más de 2 000, al mando del general Gaines. Eran, por otra parte, tantas las dificultades que los voluntarios ocasionaban a los generales y oficiales del ejército regular, que en 1838 el Congreso aprobó el acrecentamiento de las fuerzas permanentes. De esta manera, el ejército quedó constituido por una plana mayor, con cuatro generales y 158 oficiales; un cuerpo de ingenieros, con 43 oficiales; un cuerpo de ingenieros topógrafos, con 36 miembros; un cuerpo de ordenanzas, con 322 hombres; dos regimientos de dragones de 20 compañías, con 1 430 soldados y 68 oficiales; cuatro regimientos de artillería con 162 oficiales y 2 848 soldados, y ocho regimientos de infantería, con 264 oficiales y 7 232 hombres de tropa.

Diecisiete dólares mensuales es el sueldo de un sargento de ordenanza; de nueve el de un cabo; de ocho, el de un soldado.

Además, el Congreso, advertido ya por Scott de los peligros que existen para una nación desarmada, autoriza al presidente para organizar, en caso de una guerra, 50 000 voluntarios con un gasto hasta de 10 millones de dólares.

El número “total de tropas en servicio [en los Estados Unidos] en diferentes ocasiones de 1835 a 1842, fue de sesenta mil seiscientos noventa y un hombres”, y la suma empleada por el gobierno norteamericano en el mantenimiento de las fuerzas de mar y tierra en ese mismo periodo ascendió a 115 millones de dólares.

Sin embargo, hecha la paz en los territorios amenazados por los indios rebeldes, volvió el Congreso a tratar de los negocios del ejército, y resolvió reducir los efectivos militares a 8 613 hombres entre jefes y oficiales. Al tomarse este acuerdo, en 1842, lejos parecía el gobierno de los Estados Unidos de una guerra con México, no obstante que continuaban incubándose los proyectos belicosos.

VI. LOS AGRESORES

Texas no es el suelo en cuya posesión duda el gobierno de los Estados Unidos, puesto que en él se han fincado hombres e intereses que por su origen e índole pertenecen a una misma y grande patria.

Existe, en cambio, un maravilloso territorio que capea las aguas del Pacífico, que es ruta al Oriente, que es original puesto para el dominio de los mares, que celoso guarda innumerables riquezas, que nutre las más finas ambiciones: es la Alta California. Andrew Jackson le ha llamado “parte del Destino de la grandeza norteamericana”.

México no ignora los peligros que amenazan a su California, y temeroso el gobierno nacional de que se repitan en ese solar los infames sucesos de Texas, bien pone impedimentos, y bien vigila a los colonos y empresarios norteamericanos. Sin embargo, los traficantes de pieles que se han introducido, ya con permisos, ya subrepticamente, en el suelo californiano, y los pescadores de ballenas que operan desde el puerto de San Francisco, no contentos con los privilegios de que gozan y seducidos por los

bienes que ofrecen tierras y aguas, despiertan los apetitos de los conquistadores, y el general Jackson, en 1835, intenta iniciar negociaciones con el Estado mexicano a fin de adquirir la región norte de la Alta California, incluyendo en sus proyectos de compra al puerto de San Francisco, virginal bahía de un púber nacionalismo.

Corto es el número de habitantes de aquella porción de la patria mexicana. En su mayoría son originarios de Sinaloa y, aunque denodados esfuerzos hacen para engrandecer a la Alta California, por el aislamiento en que viven y por la poquedad de sus recursos, no florecen sus trabajos.

Por el camino que toman los negocios de Texas, Jackson reprime sus ímpetus expansionistas, esperando vencer, además, con el tiempo, uno de los principales obstáculos para llevar a cabo una empresa tan arriesgada como la que se propone en California: la distancia. Jackson no es de los hombres que se dejan arrebatar por el placer del triunfo, puesto que sabe cuánto sirve la virtud de esperar en negocios de ese tamaño.

Viene a ser completamente de la idea sobre la ventaja que lleva la paciencia y la confianza a lo tumultuario, e irreflexivo, la actividad antimexicana que, a guisa de primera partida en la contabilidad de una acción separatista, inicia en California Johann A. Sutter. Éste, diciéndose perseguido por los norteamericanos, entra al territorio californiano, y las autoridades mexicanas, creyendo encontrar un aliado en el aventurero, le conceden tierras y amparo en el valle de Sacramento. Mas apenas establecido, Sutter se crece, y desobedeciendo a quienes le dieron albergue, instiga a 105 extranjeros colonos a la rebelión contra México, a consecuencia de lo cual el gobernador de California ordena la aprehensión de un centenar de norteamericanos e ingleses y envía a muchos de aquéllos presos al puerto de San Blas.

Llega en seguida de estos acontecimientos, a la par de la aparente sumisión de Sutter, el sosiego de los colonos extranjeros.

Sin embargo, a poco andar, el presidente Tyler alienta sigilosamente empresas de inmigrantes que en silencio van transponiéndose a California, en tanto que el ministro de los Estados Unidos en México, Waddy Thompson, indica a su gobierno la necesidad de establecer un consulado en Monterrey (California), así como de abrir negociaciones formales con el de México para la compra de aquel suelo, y al efecto, con marcado entusiasmo, Thompson escribe a Webster:

California está destinada a ser el granero del Pacífico. Es un país en el cual la esclavitud no es necesaria. [...] Francia e Inglaterra han puesto los ojos en ese suelo [...] [Inglaterra] tiene ya la posesión de las islas Sándwich, de las islas de la Sociedad, de Nueva Zelanda [...] y no tardará en poseer el monopolio del comercio en el Pacífico, con lo cual la bandera americana no flotará en esas costas [...] Desearía yo ser el instrumento para asegurarnos de California.

Webster, impelido por los fuertes vientos que sopla Thompson, y con la aprobación del presidente de los Estados Unidos, envía instrucciones al ministro norteamericano para que ponga en marcha su proyecto, al mismo tiempo que el propio Webster sondea la opinión del gobierno británico sobre la materia y, como la encuentra favorable a sus planes, insinúa la conveniencia de un arreglo tripartita entre México, los Estados Unidos y Gran Bretaña a fin de que la patria mexicana ceda el territorio de California a la República del norte, “mediante el pago de una suma destinada a cubrir las reclamaciones de los ciudadanos americanos e ingleses en México”.

De todo esto, y porque la diplomacia de los Estados Unidos anda todavía en pañales, recibe noticias el ministro de Relaciones, José María Bocanegra, quien, temeroso de que tras de esos cascabeleos se intente una invasión armada a las playas californianas, envía pormenorizadas instrucciones al gobernador de la Alta California que, al parecer, nunca llegaron a su destino.

En efecto, si no órdenes, sí se hacían preparativos para esa maniobra, puesto que el comodoro Thomas A. Jones, jefe de una

escuadrilla de la marina de guerra de los Estados Unidos, al recibir en Callao (Perú) noticias ambiguas del cónsul norteamericano en Mazatlán sobre una supuesta suspensión de relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos, sin tardanza puso la proa de sus barcos hacia California, e inesperadamente cayó y se apoderó de Monterrey, aunque luego, informado por el cónsul Thomas A. Larkin sobre la falsedad del informe, evacuó la población, no sin haber cometido algunos disparates que calla Bancroft en la reseña que hace de este episodio.

Esos acontecimientos no hicieron sino provocar indignación en el país, y a los mismos atribuyó Thompson que el gobierno de México se rehusara a seguir tratando sobre el negocio de California, no sin asegurar el ministro que el general Santa Anna se mostraba inquieto ante el peligro de que los ingleses se apoderaran del suelo californiano. En sus pláticas con Santa Anna a propósito del asunto de California, Thompson —así lo revelan sus notas al gobierno de Washington— se dejaba arrastrar fácilmente por las sagaces preguntas del general mexicano, quien de esa manera notoriamente exprimía al diplomático para estar sin atraso en las intenciones del gobierno de los Estados Unidos.

Debido, pues, a las apreciaciones de Thompson, los directores de la política de la República del norte dejaron correr los días sin insistir sobre este negocio, pero en abril de 1844 Calhoun recibió una carta privada de Benjamin Green, representante diplomático de los Estados Unidos en México, en la que éste le decía tener informes de “que California está en el punto de seguir el ejemplo de Texas, declarándose por la independencia”, y que Sutter acaudillaba el movimiento para cuya realización sólo estaba en espera del refuerzo de nuevos colonos. Y

no es California [afirma Green] la única porción de territorio mexicano en peligro. Sonora ha sido por dos años teatro de la guerra civil, y probablemente se unirá al movimiento de California [...] Nuevo México está al borde de una revolución desde que el comercio de Santa Fe quedó cerrado, y hay

razones para creer que Tamaulipas [...] se arrojará en los brazos de Texas.

Tal es la vastedad que tenía la conspiración contra la patria mexicana.

No era ajeno, por supuesto, el gobierno de los Estados Unidos a la llamada *independencia* de California.

Jackson tuvo razón en la política de esperar, porque aparte de que Sutter continuaba sembrando la discordia, con mucha paciencia se seguían los trabajos para la ocupación de aquellas tierras. Ninguna otra tarea se había encomendado al capitán John C. Fremont, gran amigo de Joel Poinsett, quien con el pretexto del “desarrollo de las comunicaciones con Oregon” conducía colonos al norte de la Alta California.

Tampoco era extraño a los planes para la ocupación del territorio californiano el cónsul Larkin, a quien, por conducto del teniente A. H. Gillespie, llegaban de Washington estas instrucciones:

El futuro destino de ese país es motivo de ansiedad para el gobierno y pueblo de los Estados Unidos [...] No podemos tomar parte en el pleito entre México y California a menos que aquél no comience las hostilidades contra los Estados Unidos; pero si California se resuelve a declarar y sostener su independencia nosotros le daremos toda la ayuda necesaria en calidad de república hermana. Este Gobierno [...] no desea extender su sistema federal sobre más territorio del que actualmente posee a menos de que demanden lo contrario, libre y espontáneamente, los pueblos independientes de los territorios colindantes.

El teniente Gillespie es portador de otras instrucciones dirigidas al capitán Fremont. Éste, al frente de una nueva expedición con visos de comercial y científica, debe cruzar la Sierra Nevada y llegar hasta el valle de Sacramento, en donde se encuentra Sutter.

Entretanto, y aceptada la anexión de Texas, el gobierno de los Estados Unidos ordena que, con poco más de 3 000 soldados, el general Zachary Taylor se establezca en Corpus Christi y, poco después, el secretario de Guerra dice a Taylor que si México declara la guerra o comienza las hostilidades haciendo que sus fuerzas militares crucen las aguas del río Bravo, sin pérdida de tiempo debe dirigirse a los gobernadores de Texas, Luisiana, Alabama, Misisipi, Tennessee y Kentucky, solicitándoles el número de voluntarios que crea necesarios; y en seguida, el mismo miembro del gabinete del gobierno norteamericano escribe a los gobernadores de esos estados, advirtiéndoles que Taylor es el jefe del “ejército de ocupación” y, por tanto, está autorizado para pedir tropas.

Días más tarde, las instrucciones a Taylor toman otro carácter.

En caso de guerra [dice el gobierno de Washington a Taylor], bien que sea declarada o bien manifiesta por actos hostiles, su objetivo principal ha de ser la protección de Texas; pero persiguiendo este objeto, no es necesario que constriña su acción dentro del territorio de Texas. Habiendo México comenzado las hostilidades [...] usted debe tener las suficientes fuerzas, y en condiciones perfectas, para que puedan cruzar el Río Grande, dispersar y capturar a las fuerzas [mexicanas] reunidas para invadir a Texas [...] y, si le es posible, tomar posesión de Matamoros de cualesquiera otros lugares en el país.

Las órdenes a Taylor, pues, “no solamente admitían la posibilidad de una invasión [a México] [...] sino también iban encaminadas a preparar una guerra de agresión”.

A esta siempre injustificada actitud del presidente Polk se agrega el hecho de que, con tales disposiciones, el jefe de Estado norteamericano violaba los preceptos de la Constitución de su país, que prohibía el empleo de las milicias, como las que se hallaban bajo el mando del general Taylor, en una guerra extranjera.

Taylor, como buen patriota y soldado, obedece y cumple, y con mucha agilidad organiza e instruye a sus soldados; y en octubre de 1845 escribe a su gobierno, y le indica que si los Estados Unidos consideran el río Bravo como límite entre las dos naciones, cree conveniente tomar posesión de dos o tres puntos sobre la margen oriental del río, lo cual merece la aprobación del secretario de Guerra.

Y, mientras que Taylor se dispone a ejecutar este movimiento, el general Winfield Scott, quien se prepara a ejercer la comandancia de todas las fuerzas militares norteamericanas en las operaciones proyectadas sobre México, desconfiando siempre de los voluntarios, se dirige a su gobierno para advertirle acerca de la necesidad de que el ejército regular sea aumentado a 15 800 hombres.

Taylor, sin esperar la resolución del Congreso y con las tropas que tiene, avanza cauteloso hacia el río Bravo. Deja una base para sus abastecimientos en Punta Isabel y el 28 de marzo se encuentra frente a las fuerzas mexicanas; en seguida escribe a su gobierno: “La actitud de los mexicanos es francamente hostil. Una conferencia, efectuada por orden mía, con las autoridades militares de Matamoros, no ha tenido resultados satisfactorios [...] Las milicias de Texas están tan lejos de la frontera [...] que no podemos depender de su ayuda”.

Constituyen las fuerzas de Taylor un cuerpo de dragones, cuatro de artillería y cinco de infantería, con un total de 209 oficiales y 2 839 soldados. Cuatro de cada cinco oficiales han salido de la academia militar o han participado en la guerra de Florida. Muy “elevada es la moral así como la disciplina de sus tropas, instruidas durante seis meses” en Corpus Christi.

Es jefe de las fuerzas mexicanas en la línea del Bravo el general Mariano Arista, hombre de un mayor número de impulsos que de reflexiones y quien asienta el poder de su ejército más en la cantidad que en la calidad de sus soldados, puesto que si a éstos no les falta la vehemencia, en cambio, una gran parte es de bisoños en el arte de la guerra. Además, los batallones de México,

Puebla y Morelia llegan en marchas forzadas a la orilla del Bravo, unos cuantos días antes del primer encuentro con el enemigo extranjero.

Suman las fuerzas de Arista 5 200 hombres con 26 piezas de artillería de campaña. Se incluye en ese número a las compañías presidiales y a la guardia nacional de Matamoros, que apenas han empezado a recibir instrucción militar.

Con rara habilidad y deseoso del combate, conociendo la inferioridad de las armas y de los abastecimientos del ejército mexicano, el general Taylor incita a Arista a la pelea. Tres cosas busca anhelosamente el general norteamericano: primera, llevar a Arista a un terreno elegido de antemano; segunda, evitar que las tropas de México se organicen o reciban refuerzos, y, por último, hacer que las hostilidades partan de los mexicanos. Todo este plan de Taylor se desarrolla a la perfección.

Arista, por aparecer osado y dueño del ardimiento patriótico, se dejará seducir. No mide, así, ni las posiciones ni el poder del armamento del enemigo, ni sopesa el peligro de dejar a su espalda las aguas del Bravo. Hace un plan excesivamente teórico y ordena el general Torrejón que cruce el río, lo cual produce, el 25 de abril, una escaramuza con el enemigo, al que Torrejón envuelve y destroza fácilmente.

Este episodio alienta a Arista, quien dispone el avance del grueso de sus tropas, pero como no han sido preparadas las embarcaciones para esta operación, el movimiento a través del río es lento y peligroso. Taylor, al darse cuenta de los proyectos de Arista, encaminado a apoderarse de Punta Isabel, en donde los norteamericanos tienen sus abastecimientos, abandona el fuerte Brown, que ha improvisado confiado en la tardanza de los mexicanos para cruzar el Bravo, y se dirige a Punta Isabel, y luego de poner a salvo sus trenes, contramarcha en dirección al fuerte Brown. Arista, entretanto, tiende su línea de combate en el llano de Palo Alto, al mismo tiempo que despacha al general Pedro Ampudia a atacar el fuerte defendido por un cuerpo de infantes y dos baterías.

Mal sitio ha elegido Arista para el combate. Lejanos están los depósitos de agua y una parte del terreno está cubierto con pantanos, por lo cual resultarán inútiles los movimientos de la caballería mexicana.

Con el apetito de triunfo y prevenido de los peligros que para las fuerzas mexicanas encierra el lugar en donde las ha situado Arista, el general Taylor lanza a la pelea a sus soldados a las dos de la mañana del 8 de mayo. Se combate en medio de la oscuridad, y si poca es la acción de los artilleros mexicanos, nula es la de los jinetes de Torrejón, que, llegados a última hora, ignoran las amenazas del fango.

Empiezan a flaquear los mexicanos. El fuego de la artillería de Taylor hace grandes estragos. Ampudia, cuando está a punto de capturar el fuerte Brown, recibe noticias de la situación de Arista y abandona el ataque para ir en auxilio del amenazado. Mas llega tarde, porque el ejército de México ya está perdido.

Arista se retira hacia la Resaca de Guerrero, en donde por los accidentes del piso parece ser inmejorable posición. Sin embargo, como el cansancio físico domina a sus soldados, y confiado en que Taylor no lo ha perseguido, Arista ordena acampar sin precaución alguna.

Pero Taylor, a poco de recibir informes del descuido en que se encuentran las tropas mexicanas, dispone el avance hacia el puesto del contrario. Marcha al frente de 2 200 hombres y, antes de que lleguen las sombras de la noche del 9 de mayo, carga con furor sobre el desorganizado Arista. Cruenta es la lucha, porque los norteamericanos, en donde no hacen uso de su artillería, emplean las bayonetas y los sables.

Intentan los mexicanos cruzar el Bravo y muchos mueren ahogados en las aguas del río. Todo se vuelve dispersión y desasosiego. Arista, por su impetuosidad, aunque sin poner en duda su valor y patriotismo, marchitó una página de la historia militar de México.

El descalabro sufrido por los mexicanos descubre cuán débiles son sus armas y qué tan pobre su intendencia. Cuando Arista se reúne con sus generales, después de la desdichada acción, para discutir qué hacer, no hay ni bestias para tirar de las piezas de artillería, ni médicos ni medicinas para atender a los heridos, ni dinero para pagar a los soldados, ni víveres para los hombres que han de adelantarse hacia Monterrey. A duras penas Arista ha obtenido 5 000 pesos antes del encuentro con el enemigo; pero el 17 de mayo (1846), nueve días después de lo sucedido en Palo Alto y cuando la junta de guerra ordena el abandono de Matamoros, sólo hay deudas.

Arista emprende la marcha hacia Linares. Muchos son los padecimientos de las tropas. Más de 1 000 personas entre mujeres, niños y ancianos, acompañan a los soldados. Las pocas rancherías que encuentran al paso están abandonadas. Difícil es adquirir una res. Se sufre por el hambre y la sed. Numerosos son los soldados que van perdiéndose en el camino. Unos caen muertos; otros desertan. Conducen en carretas, gravemente enfermos, a los generales García y Torrejón, y aquél fallece al llegar a Linares.

Todos Santos es un pequeño oasis al que entra la columna militar siete días después de la salida de Matamoros. El general Morlet, seguido de sus ayudantes, con sus inquebrantables esperanzas, “alienta a todos” y da orden a dos brigadas. La marcha se sigue sobre tierras más hospitalarias. Las haciendas brindan alojamientos y víveres. En la de Guadalupe, el general en jefe pasa revista: le quedan poco más de 2 500 soldados.

El 28 de mayo desfilan aquellos hombres, mal armados y desnutridos, por las calles de Linares, y no ha transcurrido una semana cuando el general Arista es destituido del mando, que ha de entregar al general Francisco

Mejía. Se culpaba a Arista del desastre en Palo Alto y Resaca, y si es cierto que un general carga siempre con el estigma de sus derrotas, otra, y muy grave, era la culpa que pesaba sobre Arista:

la de haber proporcionado al gobierno de los Estados Unidos el argumento de una agresión mexicana para emprender una guerra de país ofendido. Pero, si los acontecimientos en la zona del Bravo sirvieron para que el Congreso norteamericano fundara, en nombre de una nación agraviada, la declaración de guerra a México, la República Mexicana antes de esos sucesos no sólo había visto atacada su independencia con el atentatorio bloqueo de sus puertos, sino también ultrajados sus derechos territoriales, porque no otro fin tuvo la expedición del capitán John C. Fremont a la Alta California, ni otro objeto, que el mandarle ocupar el suelo californiano, instrucciones que el gobierno de Washington envió al comodoro John D. Sloat a Mazatlán por conducto del teniente Gillespie.

Fremont se movía bajo las órdenes de su suegro, el senador Thomas Benton, intrigante sujeto, de mucho poderío político en los Estados Unidos y siempre en su papel de consejero áulico. El 15 de enero de 1846 Fremont llegó acompañado de 61 hombres *selectos* al valle de Sacramento, en donde se encontraba Sutter.

Era gobernador de California Pío Pico, hombre débil pero de mucha popularidad, en tanto que la comandancia militar la ocupaba el general Juan Castro, jefe valiente a la par que ambicioso y adicto al general Santa Anna. Residía Pico en Los Ángeles; Castro, en Monterrey.

Apenas instalado en el valle de Sacramento, Fremont se traslada a Monterrey, y en compañía del cónsul Larkin, visita a Castro, a quien le explica —así informa Castro al gobierno nacional— que el propósito de su viaje a California es de carácter científico, y a continuación pide permiso al comandante militar para establecerse, “mientras da forma a su plan de trabajo”, en las cercanías de la misión de San Juan Bautista. Sin embargo, no han transcurrido tres semanas cuando Castro sospecha que otra es la misión de Fremont. Éste, en efecto, ha comenzado a proveerse de cabalgaduras, al paso que sus hombres cometen pilladas. Le llama al orden el general Castro, a lo cual responde Fremont, ya en tono de desafío y conquista, enarbolando la bandera de los Estados Unidos en su campamento, en la creencia

de que su actitud rebelde ha de tener el apoyo de los colonos extranjeros.

Ante el alarde de Fremont, el general Castro reúne soldados y voluntarios en número de 200 y marcha sobre el aventurero, quien acobardado y al amparo de las sombras de la noche abandona su posición y huye hacia el norte de California. Castro, no obstante sus limitados recursos militares, le persigue hasta obligarlo a internarse en Oregón.

Entretanto, desembarca en Monterrey el teniente Gillespie, portador de “pliegos secretos” para Fremont, pero al enterarse del fracaso de éste, sale al norte en busca del prófugo, y luego de encontrarlo y entregarle las órdenes del gobierno de Washington, lo hace regresar al territorio californiano ya en trotes de guerra, con la seguridad de que en esta nueva expedición ha de tener el auxilio de los marinos del comodoro Sloat.

Pero como Fremont no se atreve a combatir con las fuerzas mexicanas, se establece en un lugar alejado del dominio del general Castro y empieza a conspirar. Incita, al efecto, a los colonos norteamericanos a la rebelión, alentándolos a constituir la República de California, y luego de proporcionarles armas, hace que se posesionen, mediante un golpe de audacia, del pueblo de Sonoma, en donde los rebeldes proclaman la independencia californiana.

Sin embargo, corta y ridícula es la vida de la llamada *república*; porque faltando valor a los revoltosos y decisión a Fremont, aquéllos, al tener noticias de que los mexicanos salen a combatirlos, abandonan Sonoma y se refugian, junto con Fremont, en las selvas.

Aunque la noticia de que el gobierno de los Estados Unidos ha declarado la guerra a México no llega a las costas del Pacífico sino hasta mediados de agosto de 1846, el comodoro Sloat, ya en posesión de las instrucciones de su gobierno, que meses antes le ha entregado en Mazatlán el teniente Gillespie, abandona la vigilancia de las playas sinaloenses y se dirige con los barcos de

su escuadra hacia las de California. Se sorprende Sloat al llegar frente al suelo californiano de que allí reine la paz, puesto que esperaba recibir, luego de su arribo, informes de los progresos de Fremont. Así y todo, y sabiendo que la plaza de Monterrey está desguarnecida, porque el general Castro ha salido en busca de las huellas de Fremont, Sloat ordena el desembarco de sus hombres, y el 7 de julio de 1846 enarbola el pabellón de las barras y las estrellas en territorio mexicano y declara que California es parte de los Estados Unidos.

Ocupa a continuación el comodoro Sloat, sin necesidad de combatir —porque Castro hace todo género de esfuerzos para reunir un ejército en Los Ángeles— el puerto de San Francisco, el fuerte Sutter y los pueblos de Santa Cruz y San José, y a continuación entrega el mando al comodoro Robert F. Stockton, quien empieza expidiendo una disparatada proclama llamando *usurpador* al general Castro.

Con muchas dificultades y penurias, Castro y Pico han armado y montado 200 hombres en Los Ángeles, pero el 11 de agosto Stockton desembarca con 500 soldados en San Pedro y avanza sobre la capital del departamento, que es evacuada por los mexicanos.

Los patriotas, sin embargo, no abandonan la esperanza de recuperar el suelo perdido. Las tropelías de Gillespie, nombrado comandante norteamericano de Los Ángeles, así como el entusiasmo que provoca la llegada a California del nuevo comandante militar, general José María Flores, son instrumentos favorables para una sublevación de los mexicanos, que con mucha entereza vuelven a posesionarse de Los Ángeles y, con esto, de todo el sur de California.

Mientras Stockton pide a su gobierno hombres y armas para continuar la guerra en la zona dominada por los patriotas, el general Stephen W. Kearney cruza las aguas del río Colorado para ir en auxilio de Fremont.

Kearney salió del fuerte Leavenworth en los primeros días de junio de 1846 al frente de una división de 1 600 hombres, magníficamente equipada, y con órdenes de ocupar el territorio de Nuevo México.

Kearney encontró abandonada militarmente esa región mexicana, por lo que procedió a hacerla parte del dominio de los Estados Unidos sin tropiezo alguno, aunque lejos de creer que con sus disposiciones, no siempre de razón puesto que iban con la vehemencia del triunfador, provocaría, a poco andar, la rebelión de los patriotas sojuzgados.

Dueño, pues, de Nuevo México, el general Kearney deja establecidas las autoridades civiles y militares y prosigue su viaje a California, encontrando en el camino a Gillespie, a quien enviaba el comodoro Stockton para que le guiase a San Diego. Engolosinado por la fácil ocupación de Nuevo

96 LOS AGRESORES México y confiando en sus buenas armas, marcha Kearney sobre el suelo californiano cuando al paso le salen los mexicanos que traen como jefe al general Andrés Pico. Éstos no portan otros instrumentos ofensivos que lanzas, pero encendidos por el patriotismo se arrojan, audazmente, sobre la columna de Kearney y es tal su fiereza que ponen en fuga a los norteamericanos y, persiguiéndolos, han de causarle una derrota. Kearney mismo, y Gillespie también, resultan heridos en el ataque de aquellos esforzados mexicanos.

Nuevos alientos, con este triunfo, cobran los patriotas; pero las fuerzas de que dispone Stockton son superiores y con ellas avanza nuevamente sobre Los Ángeles, plaza de la cual se posesiona el 10 de enero de 1847, después de un combate con los mexicanos.

Si la primera batalla entre los soldados de México y los Estados Unidos ocurrió en la madrugada del 8 de mayo de 1846 en la zona del río Bravo y a consecuencia de los inconducentes ímpetus guerreros del general Mariano Arista, en cambio, la agresión a los derechos territoriales de la República Mexicana tuvo lugar en

California, empezando con las tenebrosas correrías del capitán John C. Fremont, y siguiendo con la alevosa invasión de las fuerzas militares del comodoro John D. Sloat.

VII. LAS BATALLAS

Cuatro meses transcurrieron sin que los soldados de México y los Estados Unidos se viesan las caras, después de los acaecimientos en Palo Alto y Resaca.

El general Gaines, al tener noticias del primer encuentro con los mexicanos, se apresuró a enviar al general Taylor 8 000 hombres de refuerzo, al paso que el Congreso norteamericano autorizó el reclutamiento de 50 000 voluntarios y 10 millones de dólares para los gastos de la guerra, fijando a continuación el pago de 12 dólares a todo individuo que sentara plaza de soldado, y un donativo de 160 acres de tierra o 100 dólares en bonos del Tesoro, a quien se retirara del ejército después de haberle servido un año.

Con los reclutas enviados por Gaines y los alistados en varios estados, el ejército del general Taylor creció a más de 12 000 soldados. Mas precavido como era, el comandante de las fuerzas de los Estados Unidos dejó que amainara la temporada de lluvias para proseguir sus operaciones, organizando entretanto nuevos cuerpos de caballería y artillería pero sin perder el hilo de los movimientos de los mexicanos, para lo cual contaba con un eficaz servicio de información extendido hasta el vientre de Monterrey.

Ninguna resistencia encontró el general Taylor para ocupar las plazas de Camargo y Reynosa, en donde estableció fuentes de abastecimiento, encaminando así sus planes para atacar la capital de Nuevo León. Notorios eran así el desgano como la ignorancia del general Francisco Mejía en las disposiciones para las obras de defensa de la amenazada plaza. Grande, en cambio, el impulso que tomaron bajo la dirección del general Pedro Ampudia, nombrado por el gobierno nacional para remplazar a Mejía.

Ampudia —natural de Cuba—, aunque con mucho de amañado y vano, era diligente y atrevido, y sustituía su falta de conocimiento de la táctica militar con su inflamable activismo. No llevaba la contabilidad de sus arbitrios, tampoco la del enemigo. Por esto, al tener noticias de la cercanía de los norteamericanos quiso tomar la ofensiva saliendo a combatir a pecho descubierto, y se hicieron necesarios numerosos esfuerzos de sus oficiales para disuadirlo de ese plan.

La vanguardia del ejército de los Estados Unidos está a la puerta de Monterrey el 13 de septiembre. A la zaga vienen tres divisiones: la de Worth, la de Twiggs y la de Butler, con 6 000 hombres. Más atrás queda igual número de voluntarios, que forman la reserva de Taylor. Los mexicanos acantonados en Marín se retiran a Monterrey, no obstante que, como le advirtiera el capitán Luis Robles al general Ampudia, Marín constituía el punto fortificable más conveniente para resistir al general Taylor con grandes probabilidades de triunfo.

Caminan despacio las columnas del enemigo, puesto que el general en jefe sabe que la fatiga de sus soldados es más peligrosa a la hora del combate que las balas de los mexicanos.

Taylor no es de los que atosiga a sus hombres. Si cae la lluvia o llega la noche, ordena al alto, y a poco, todos están bajo el techo de las tiendas de campaña, en tanto que los trenes de abastecimiento y las ambulancias se apresuran a cumplir con sus servicios.

Visten los extranjeros, a excepción de los texanos, el uniforme azul de campaña del ejército de los Estados Unidos, y presentan magníficos conjuntos de los que dejó imperecederas láminas Carl Nebel (el mismo que enseñó al mundo, en admirables litografías, los tipos mexicanos del primer tercio del siglo XIX). Traen víveres para 10 días y 40 cartuchos por plaza, mientras que el jefe de los abastecimientos recorre rancherías y pueblos comprando, a precios de oro, forrajes, bestias y alimentos, por lo cual los extranjeros leen con desdén la invitación que les hace el general

Ampudia para que deserten y se dediquen a colonizar las tierras mexicanas que les ofrece.

Son tan lentos los movimientos de Taylor que no es sino hasta el sexto día de que su vanguardia llega a la vista de los defensores de Monterrey, cuando hace acampar a sus soldados en el bosque de Santo Domingo, a cuatro kilómetros de la amagada ciudad. Y allí todavía les concede un día de descanso, en tanto que él, el general en jefe, seguido de sus principales subalternos, de sus ingenieros y de su escolta, recorre el que va a ser campo de batalla, para luego situarse a un kilómetro de la ciudadela, lugar que abandona a los primeros disparos que le hacen los mexicanos.

Éstos, en número de 7 000, esperan el momento del ataque. Poco menos de la mitad pertenece al ejército regular de la República; los más han sido reclutados violentamente en Guanajuato, Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí y Nuevo León. Tienen 22 cartuchos por plaza, víveres para cinco días y 42 cañones viejos y de corto alcance, pero tanta es la escasez de metralla que Ampudia ordena la limitación de los tiros.

Hombre de pulso, aunque sin organización, el general Ampudia en la proximidad del combate da órdenes y contraórdenes. Exceptuando el punto llamado ciudadela, establecido en la nueva catedral, las otras fortificaciones son endebles, y siempre con la tentación de probar fortuna fuera de sus líneas, y seguro del patriotismo y ardimiento de sus soldados, que incesantemente piden salir a batir al enemigo, Ampudia descuida las alturas. Además, la línea de los atrincheramientos es tan reducida que por sí sola inhabilita los movimientos de la caballería.

Con el propósito de cortarlo, la división de Worth avanza, por fin, la tarde del día 20 hacia el camino de Saltillo, y al descubrir este movimiento, ordena Ampudia que una columna de caballería trate de impedirlo. Taylor, para distraer la atención de los defensores de la plaza, carga las divisiones de Butler y Twiggs sobre el norte de la ciudad, al mismo tiempo que auxilia a Worth

con un cuerpo de dragones y otro de texanos. Al frente de éstos va el gobernador de Texas, Henderson.

Se da cuenta el general Ampudia, tras del primer ataque de los extranjeros, de la importancia que en la defensa de Monterrey puede tener el fortín de Tenería, cuya demolición había ordenado, por lo que manda al ingeniero Luis Robles a reconstruirlo, y como todo se hace de noche y de prisa, los parapetos quedan sin concluir y el foso sin “la anchura ni profundidad necesarias”. Luego, establece en el reducto una guarnición de 200 hombres. No se ha ocupado, en cambio, el general Ampudia en proporcionar más fuerza a las posiciones en el cerro del Obispado, que es punto dominante sobre la plaza.

Truenan, desde las primeras horas del 21, los cañones de un lado y del otro. Hacia el camino de Saltillo da una brillante carga la caballería de Guanajuato y, aunque a última hora intentan auxiliarla los lanceros de Jalisco a las órdenes del general Teófilo Romero, la superioridad numérica de los jinetes de Worth hace retroceder a los mexicanos, y con esto, los extranjeros quedan dueños del campo, en seguida de las lomas desde las que pueden dominar el fuerte del Obispado y, por fin, el reducto de la Federación.

Entretanto, y descubriendo que el propósito del enemigo es asaltar los parapetos de Tenería, Ampudia ordena al general Rafael Vázquez salir de la plaza con 600 jinetes para amenazar la espalda de los atacantes. Mas es tanta la precipitación con la que se lleva a cabo esta maniobra, que Vázquez deja en la ciudad las cajas de los cuerpos y los equipos de jefes y oficiales, aparte de que sus hombres sólo van armados de lanzas y sables.

Los soldados de Twiggs avanzan sobre el reducto de Tenería, que primero manda el general Mejía y después el coronel José María Carrasco, y creen envolver fácilmente a los mexicanos, pero ignorando la existencia de parapetos casi invisibles, caen en una trampa y pierden muchos hombres.

Efectúan dos feroces asaltos con funestos resultados. Cargan sobre ellos los lanceros de México y, desbandados, retroceden. Ante tal audacia y bravura, Taylor envía más tropas en auxilio de los atacantes y él mismo se presenta en el campo de la acción. Luego, dispone que la artillería de grueso calibre abra el fuego sobre el reducto mexicano, que continúa defendiéndose no obstante que a los patriotas se les han agotado las municiones. El enemigo está indeciso, ha sufrido fuertes bajas y ha caído su moral. Taylor ordena la retirada, pero en esos minutos, dos compañías de soldados norteamericanos, acosadas por las metralas de la ciudadela, buscando refugio, penetran por casualidad en un cobertizo que era la entrada del baluarte. Los mexicanos quedan entre dos líneas enemigas y, como ya no tienen municiones, optan por evacuar la posición, aunque todavía quedan cinco valientes, que al fin se rinden.

Worth tenía puesta la mirada hacia la loma del Obispado, defendida por 200 hombres y, mediante una rápida y valiente operación, se hizo del punto. Los norteamericanos quedaron dueños de las alturas y con la ocupación de la Tenería, de hecho, terminaron dentro de la ciudad.

Ampudia, ante esos acontecimientos, ordenó que sus tropas fuesen concentradas, reduciendo así la superficie defendida. El combate, pues, siguió en las calles y en las casas. Los norteamericanos perforaban muros y avanzaban. Escasas eran las municiones de los patriotas. El enemigo se había apoderado de los abastecimientos de boca reunidos por Ampudia. Éste intentó varias cargas de caballería, que sólo se prestaron al blanco de los extranjeros, por lo cual, y sintiéndose perdido, envió un parlamentario al general Taylor, quien en respuesta pidió que los mexicanos hicieran un juramento de no volver a tomar las armas contra el ejército de los Estados Unidos, a lo cual contestó Ampudia, indignado, que ni él ni sus soldados estaban dispuestos a aceptar una deshonrosa capitulación. Mas debido a la mediación del general Worth, Taylor minoró sus exigencias, y el 24 de septiembre se firmó un convenio conforme al cual los mexicanos se retiraban de la plaza llevando los “oficiales sus espadas, la infantería sus armas y equipos, y la artillería una

batería de campaña” que no excediera de seis piezas con 24 tiros cada una.

Se concertó también en el acta de capitulación un armisticio de siete semanas, durante las cuales el ejército norteamericano se comprometía a no traspasar una línea que, partiendo de Matamoros y siguiendo a Linares y Ciudad Victoria, terminase en Monterrey, con la “esperanza de que con esa suspensión de hostilidades” se pudiese hacer “un arreglo de paz honroso para las dos naciones”.

Con mucha dignidad salieron los mexicanos de la capital de Nuevo León, que otra hubiese sido su suerte si Ampudia, con un poco de talento militar, hubiera elegido otro sitio, y no su casco, para defenderla.

Entretanto llega a su término el armisticio firmado entre los combatientes en el norte de la República, y el comodoro S. Conner opera con su escuadra, hábil —y piráticamente también— sobre los puertos mexicanos del Golfo.

Con cuatro fragatas y ocho buques menores se presenta el comodoro frente a la barra de Alvarado, con intenciones de llevar a cabo un desembarco el 16 de octubre de 1846. La plaza está defendida por los patriotas de Acayucan, Tlacotalpan, Cosamaloapan y Alvarado.

Empieza el comodoro bombardeando los atrincheramientos mexicanos y, en seguida, envía numerosas lanchas para forzar el paso de la barra. Por ser de poco alcance, los cañones de los mexicanos no causan daño alguno al enemigo, pero conforme los barcos norteamericanos se acercan a las baterías de los patriotas empiezan a sufrir perjuicios, principalmente el buque insignia.

Conner no persevera, y como ve la inutilidad de los proyectiles que lanzan sus embarcaciones, suspende sus fuegos, y con averías en su propia nave abandona la empresa.

Menos desafortunada es la expedición que manda a las playas de Tabasco bajo las órdenes del comodoro Perry. Éste cae inesperadamente sobre el puerto de Frontera el 23 de octubre y se apodera de la población y de dos buques mercantes; al siguiente día sigue por las aguas del Grijalva y llega a San Juan Bautista (Villahermosa), “intimando rendición a la ciudad”; pero, como los patriotas tabasqueños se niegan a entregarse y se disponen a la defensa, abren el fuego los barcos norteamericanos sobre la población, al paso que desembarcan los marinos extranjeros. No se arredran los mexicanos y combaten. Deja Perry que termine el día, y por la noche leva anclas, no sin llevarse un buen botín: cinco buques mercantes.

Pero si en Tabasco y Veracruz se hizo resistencia a la armada de Conner, no así en Tampico. Este puerto se encontraba preparado para la defensa, por lo cual pocos fueron los daños sufridos al ser bombardeado por Conner en el mes de junio. Lo guarnecían 4 000 soldados con 25 piezas de artillería, a las órdenes del general Anastasio Parrodi; mas el general Santa Anna, al tener noticias del plan del gobierno de los Estados Unidos de atacar la plaza simultáneamente con fuerzas de mar y tierra, ordenó a Parrodi la evacuación de Tampico por no creerle punto defendible.

Precipitada fue la maniobra. Se perdió una parte de la artillería y, faltando carros para la transportación, el equipo de las tropas mexicanas quedó diseminado, y como muchas eran las órdenes, cundió el desaliento y, con esto, la desertión de los soldados y de los defensores de Tampico, que abandonaron la plaza el 27 de octubre. Sólo pudieron reunirse en Tula, punto de concentración dispuesto por Santa Anna, 2 500 hombres, que luego marcharon a San Luis Potosí a embarnecer el ejército de operaciones sobre Saltillo.

Aunque no sin mover la salida de una columna, con el general Wool a la cabeza, de San Antonio (Texas) hacia el norte de Coahuila y con el propósito de hacerla penetrar más tarde en el estado de Chihuahua, el general Taylor permaneció en Monterrey dando composición a sus fuerzas, hasta el 5 de noviembre, que

advirtió al general Santa Anna que era terminado el armisticio, a lo cual el general mexicano repuso despectivamente.

Victorioso en tres combates, jefe de 20 000 hombres y posesionado de un centro como Monterrey, Taylor trazó un dilatado plan para proseguir la campaña militar. Sus proyectos consistían en abrir los brazos de su ejército hacia Chihuahua y Victoria, flanquear al general Santa Anna en San Luis Potosí y seguir en marcha al corazón de la República.

El general Taylor estaba lejos de pensar, mientras sobre el mapa de México iba marcando los futuros pasos de sus soldados, que el gobierno de su país había aceptado el programa militar del general Winfield Scott. Éste, nombrado ya comandante del ejército de invasión, propuso, y el gabinete de Washington aceptó, el desembarco de las fuerzas norteamericanas en Veracruz para continuar “por el camino de Cortés” a la ciudad de México, pidiendo, al efecto, 10 000 hombres para el asalto y captura del puerto, y un doble número de soldados para el ataque a la capital mexicana.

No fue, pues, sino hasta los últimos días de noviembre de 1846 cuando Taylor conoció las nuevas órdenes de su gobierno, quedándose perplejo al saber que debía poner a disposición de Scott las mejores de sus tropas y que su acción iba a quedar constreñida a defender el territorio conquistado; por todo lo cual, luego de conducir a la división de Patterson a Victoria, regresó a Monterrey, extendió su línea a Saltillo y previno al general Wool para que detuviese su avance al estado de Chihuahua y se le incorporara.

Santa Anna, por su parte, espera que termine el invierno para ir al encuentro de Taylor. Sin embargo, ha de adelantar la fecha de su marcha, tanto porque con la captura de un correo norteamericano sabe que el general Scott prepara el ataque al puerto de Veracruz, cuanto porque teme el desgrane de su ejército, ya por falta de dinero para su sostenimiento, ya por las enfermedades que muchas bajas causan día a día.

Para mantener a las fuerzas que ha organizado en San Luis, Santa Anna necesita 20 000 pesos diarios, y no obstante la requisición de 60 barras de plata, el proveedor del ejército le informa, en los primeros días de enero, que en una semana más no habrá fondos ni para el pago de las tropas ni para la compra de víveres. El general tampoco tiene esperanzas de obtener nuevos créditos, puesto que los informes que recibe del ministro de Hacienda son muy desalentadores.

Así y todo, Santa Anna no pierde la fe. Además, le anima la noticia de que las fuerzas de Taylor han sido mermadas. Prepara, pues, una acometida a los soldados extranjeros en el norte de la República, para volver, triunfante, a oponerse al paso de Scott.

El 27 de enero de 1847 Santa Anna reúne a sus generales y les hace saber su decisión. Los entusiasmos patrióticos enardecen a todos y al siguiente día expide una proclama en la que advierte a sus soldados cuántos sacrificios y cuánta sangre serán necesarios para alcanzar la libertad de México. La íntegra vehemencia de Santa Anna está puesta en ese documento.

Para ir al encuentro de Taylor los mexicanos han de trasponer alrededor de 200 kilómetros de tierras desérticas, en las que no encontrarán ni agua, ni pan, ni leña, tampoco techo para defenderse del cierzo. Dadas las órdenes para la patriótica empresa, el general en jefe revista a sus soldados, que le vitorean con calor y, como no hay dinero, Santa Anna hipoteca sus propiedades en 180 000 pesos, gracias a lo cual son pagadas las asignaciones a los hombres del ejército y es posible adquirir víveres. Cada uno de los soldados que se pone camino al norte lleva en su mochila carne, *totopo* y *piloncillo*.

Santa Anna sale de San Luis en carretela, pero al siguiente día monta a caballo. Luego intenta convencer a los cientos de mujeres que siguen a las fuerzas militares para que regresen a la capital potosina a fin de aligerar los movimientos del ejército.

Después de los primeros cinco días de marcha, trisca el viento helado con furor. Llueve 14 horas sin interrupción. Más adelante,

como no hay agua, los hombres han de pegar sus labios a los charcos que dejaron las lluvias, con lo que se origina una peste de disentería. Se riega el derrotero de enfermos; en Cedral se improvisa un hospital para 300.

Sin embargo, nadie se queja. El desierto parece interminable. En la noche no poseen los patriotas, al rendir la jornada, otro techo que el cielo. Durante el día soportan los rigores del sol y, resignadamente, la falta de agua, que, conforme avanza el ejército, escasea más y más. Al llegar las horas de la oscuridad, es el frío, el intenso frío, lo que hace sufrir a aquellos hombres.

En Encarnación, Santa Anna pasa nuevamente revista a sus tropas, que han caminado 22 días. Tiene el general en jefe bajo sus órdenes 10 000 infantes y 4 000 jinetes, porque son numerosos los hombres que quedaron en el camino, ya por las enfermedades, ya por los destacamentos establecidos en los pueblos del trayecto.

El general mexicano tiene la seguridad de que Taylor lo espera en la cuesta de Carneros, estratégico lugar en el que pueden fracasar los agresores.

Llama Santa Anna a sus generales e ingenieros a una junta de guerra, en la cual, a pesar de los peligros que ofrece el ataque a un terreno como en el que se cree atrincherados a los norteamericanos, y sin medirse y pesarse la fatiga de las tropas nacionales, ni tenerse en cuenta la escasez de los abastecimientos, se resuelven a emprender las operaciones.

Confiado más en la audacia de sus planes y en la bravura de sus hombres que en la previsión que manda el ingenio militar, el general Santa Anna firma la orden de marcha el 21 de febrero.

Reciben los patriotas raciones para tres días y se prohíben las fogatas y los toques militares. Cada soldado debe llevar consigo “todo el agua posible, procurando economizarla, pues en los puntos donde acamparán no la habrá”. Se dan “dos raciones de cebada para los caballos y mulas”, con órdenes de que en la

noche se aflojen “únicamente las cinchas a los primeros y sin quitarles guarniciones a las segundas”.

Todos los movimientos han de ser silenciosos, puesto que el general en jefe ha desechado la idea —por faltar agua y víveres para largas jornadas de la tropa— de flanquear la cuesta de Carneros, aceptando, en cambio, en la creencia de que Taylor ignora los movimientos del ejército mexicano, el plan para un asalto frontal.

Sin embargo, informado a tiempo del avance del general Santa Anna, el comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, comprendiendo que se exponía a un fracaso, no tanto al ser atacado por su frente, cuanto porque Santa Anna le puede cortar el camino a Saltillo que es su centro de abastecimiento, sagazmente abandonó sus posiciones en el puerto de Carneros, así como en los desfiladeros de Aguanueva y en los atrincheramientos de la hacienda de este nombre, y se retiró a Saltillo.

Santa Anna pernoctó el 21 en Piñones y al día siguiente, cuando todo estaba ordenado para que sus tropas forzaran los pasos de Aguanueva, descubrió que había sido burlado, desgranándose su plan de campaña y, en vez de acampar en el sitio abandonado por Taylor, lo mismo para descanso de sus tropas que para explorar y conocer las nuevas posiciones del enemigo, conducido por los impulsos y siempre temeroso de la poquedad de sus abastecimientos y creyendo amilanar al extranjero con un violento ataque, dispuso que sus soldados continuaran la marcha.

Sin perder un punto tan importante como Saltillo, el general Taylor se estableció en la hacienda de Buenavista. Allí resolvió, con excedente valor, puesto que no podía recibir refuerzo alguno, esperar a los mexicanos. Estaban a sus órdenes 4 759 hombres, pero era dueño de armas muy superiores a las de los mexicanos: cañones rayados, fusiles de patente y granadas de potencia. Bien surtido tenía su almacén de municiones y abundantes eran sus

viveres. Gozaba, además, del privilegio de haber elegido el terreno de la acción, lo cual constituía una ventaja de muchas toneladas.

Osadamente, el general Santa Anna se adelanta por los desfiladeros de Angostura (Paso de las Termópilas, ha de llamarles más tarde en una de las cartas que escribe al general Ciriaco Vázquez), y en seguida, desde el copete de una loma como a “doscientas varas fuera de alcance de tiro del cañón” enemigo, “con su mirada de águila” examina las posiciones de los norteamericanos. Monta a caballo y viste igual que cuando salió de San Luis Potosí: levitón, cachucha y botines de paño negro. No ostenta distintivo militar alguno y lleva en la mano un látigo corto. A sus lados están los generales Mora y Villamil, Corona y Michelena, el coronel Santiago Blanco y los miembros de su estado mayor. Atrás del general en jefe, a corta distancia, hay dos compañías de regimiento de ingenieros.

Se da cuenta Santa Anna cuán peligrosa es su situación, por estar casi a la mano del enemigo y sin fuerzas que le auxilien y usa, como es su costumbre, de un ardid para evitar una acometida del enemigo: envía un comisionado con bandera blanca al campamento norteamericano para pedir a Taylor su rendición incondicional.

Mientras, ya seguro, puede seguir escudriñando el campo de las fuerzas contrarias, y nada comenta hasta que, al descubrir hacia su derecha el punto débil de los extranjeros, se dirige a Mora y Villamil para advertirle el resultado del reconocimiento. Luego discute con sus generales el plan de ataque y, encontrando apoyo a su empresa, da las primeras órdenes.

Es extraordinario el terreno que ocupan los soldados de los Estados Unidos, desde la hacienda de Buenavista hasta la Angostura. Rugoso y disolvente, parabólico e inextricable, la naturaleza le concedió los mejores dones de recinto fortificado. Quien desee conocerlo —y sin que ello se aparte de las autoridades en la historia de estos acontecimientos— deberá extender los dedos de las manos, uniendo los pulgares. Los interdigitales serán los fosos nativos, algunos de mucha

profundidad, pero todos agrestes; los dedos, las lengüetas de tierra, que como cuchillos acerados (puesto que sobre ellas se encuentra el extranjero con las mejores armas de la época) se dirigen hacia los desfiladeros por los que penetra el ejército mexicano, y los nudillos de la mano, las lomas en las que está situado el enemigo, listo para movilizarse sobre los puntos que amenacen los atacantes. Éstos, por asaltar la fortaleza, lo mismo de frente que por los flancos, han de descender a los fosos, para luego trepar al suelo en el que les esperan los norteamericanos. En la parte posterior de este croquis corre una serie de cañadas que inmuniza a los hombres de Taylor de cualquier ataque por la espalda.

Por los accidentes del piso, la caballería y los cañones del ejército mexicano están de hecho fuera de combate. Pertenece al arrojo y a las fuerzas físicas y a las armas de la infantería nacional el triunfo o la derrota en la batalla que se acerca. Los infantes van llegando al lugar de reunión. Es extrema su fatiga y grande su debilidad; “son cadáveres que caminan”. Han marchado sin descanso 20 leguas, “sin agua en 16 de ellas, sin otro alimento que un solo rancho tomado en la hacienda de La Encarnación”. Pasaron la noche del 21 de febrero en pie, hacinados, protegiéndose los unos a los otros del cortante frío. Sin embargo, al desfilar ante Santa Anna lo vitorean con júbilo —tal es su ánimo y tanto su patriotismo—, y al descubrir al enemigo, blandiendo sus armas, arrojan “al viento cuanto les podía ser inútil” para lanzarse a la pelea y hacen que “los batidores [dice el cronista] golpearan con estrépito las cajas de guerra”.

Cubre rápidamente el general Santa Anna con sus tropas las alas y el centro de su línea. En seguida, dispone que el general Ampudia, con cuatro batallones, parta hacia la derecha. Se despliegan los mexicanos sobre la falda de las montañas, con el propósito de apoderarse de la izquierda del enemigo. Se traba el combate a las cuatro de la tarde del día 22. Mexicanos y norteamericanos se disputan las alturas, y son aquéllos, después de dos horas, los dueños de la posición.

Luego de ese encuentro viene el silencio en ambos campos, y ocupa la noche Santa Anna para reforzar su derecha. Mucho es lo que confía el general en jefe del ejército nacional en los golpes de audacia. Sabe que no es posible prolongar la lucha por la cortedad de los víveres y municiones, y no desconoce que estará perdido después de 24 horas si sus soldados no llegan a los depósitos de abastecimientos de los norteamericanos. Nada tienen los patriotas a sus espaldas sino hambre, sed, cansancio y muerte.

Taylor, no obstante que Santa Anna le ha advertido que lo circundan “veinte mil soldados” (suma inflada que dio el general mexicano para atemorizar al enemigo), tiene puesta su seguridad no sólo en el terreno elegido para presentar batalla, sino también en su indiscutible gallardía y en su extraordinaria actividad. Así, apenas concluida la primera acción, se encamina a Saltillo a disponer de la defensa de la ciudad, amenazada por 1 200 jinetes que el general Santa Anna ha enviado a las órdenes del general José Miñón.

Nadie ha dormido en el campamento mexicano, y a las dos de la mañana del 23, después de vencer silenciosamente los obstáculos naturales de las quebradas en la extrema izquierda de los norteamericanos, los patriotas arrollan la vanguardia del enemigo.

Ha comenzado la batalla. Santa Anna monta a caballo y forma dos columnas de asalto. Hace mover a una sobre la derecha, y a la segunda sobre el frente del contrario. Éste ha reforzado precipitadamente esta última posición, que es la más amenazada.

Con el arma al brazo avanzan los patriotas sobre el punto que tienen a su pecho, pero son tantos los estragos que causa en ellos la artillería norteamericana, a la que sirven de perfecto blanco, que Santa Anna ordena que retrocedan y se pongan fuera del alcance de la metralla.

En cambio, fiera y cruenta es la pelea que se desenvuelve a la derecha de los mexicanos. Cargan éstos a la bayoneta una y

varias veces. Las fragosidades del suelo entorpecen sus movimientos. Con todo, están ya sobre el territorio del enemigo.

Taylor, luego de convencerse de que Saltillo no corre peligro, porque Santa Anna, en medio de su eretismo, olvidó dar apoyo con la infantería a los jinetes de Miñón, regresa al campo de la acción y dirige a sus hombres. Con mucha entereza en esos momentos en que lo amenazaba el desastre —afirma Montgomery, su biógrafo—, tiende a sus soldados en línea de batalla para evitar los progresos de los mexicanos, pero pronto la formación se convierte en desorden: se desbandan los extranjeros y abandonan parte de su artillería. Los rifleros norteamericanos, que han estado peleando con las fuerzas de Ampudia, al sentirse aislados, huyen también. Todo parece favorecer a los patriotas que defienden su sagrado suelo.

Ahora, los mexicanos tienen órdenes de lanzarse sobre la hacienda de Buenavista. Santa Anna va de un lado a otro, seguido de su estado mayor y de su corneta, que incesantemente da toques de guerra. Los soldados lo aclaman. Una metralla enemiga ha matado su caballo, pero nuevamente es jinete, y con el látigo señala a sus hombres el camino que han de seguir.

Los mexicanos llegan a la segunda línea que ha organizado el general Taylor con singular presteza, y la envuelven, en tanto que el general Francisco Pérez, quien ha tomado el mando de la primera división al caer herido el general Manuel Lombardini, se dirige con la caballería que entra en movimiento hacia la retaguardia de los extranjeros, en donde espera hacer enlace con las fuerzas de Miñón para consumar la victoria; pero Miñón no aparece. No es hombre a quien falte valor, pero se ha entretenido en escaramuzas accesorias, aparte de que no tiene infantes para operar en un terreno escabroso.

También el general Julián Juvera, venciendo los obstáculos de la naturaleza del suelo, ha puesto sus jinetes sobre el recinto del enemigo. Éste, aunque debilitado, lo recibe valientemente con el fuego de sus pistolas. Echan pie a tierra los dragones de Juvera y se entabla una pelea cuerpo a cuerpo, mientras que una

compañía de coraceros mexicanos traspone con sin igual intrepidez el campo enemigo, aunque luego se vuelve al quedar aislada de sus fuerzas.

Poco después del mediodía cae una “copiosa lluvia”, con lo cual se dificultan los movimientos de los mexicanos sobre los últimos pero firmes reductos de Taylor.

En seguida del aguacero, dicen los historiadores norteamericanos que Santa Anna pidió parlamento. Es inexacto, puesto que el general en jefe, en esa hora da cuerpo a una nueva columna, en un esfuerzo supremo para alcanzar el triunfo, y apoyándose en el suelo conquistado a la izquierda del enemigo, carga con 3 000 hombres hacia el centro de la línea de Taylor. Hacen los mexicanos uso de la bayoneta y obtienen ventajas. Violentamente el jefe de los extranjeros establece en su frente las baterías que estaban a su retaguardia y él mismo dirige el último acto defensivo. Los mexicanos llegan con valor excepcional hasta las bocas de fuego del enemigo, pero son tantos los estragos que ocasiona la artillería de Taylor, sobre todo en el regimiento de ingenieros, que los patriotas retroceden.

Termina el día y con ello la lucha. Los soldados de México han agotado sus municiones; están rendidos por la fatiga y el hambre, y no hay ni tropas de reserva ni víveres. El más triste y amargo cuadro que pueda ofrecerse a la vista de un jefe de ejército es el que tiene Santa Anna frente a él, cuando, siempre arrastrado por sus arranques y desasosiegos, resuelve abandonar La Angostura para emprender la marcha con su ejército a Aguanueva, punto en donde cree —dice— poder reorganizar sus fuerzas y combatir nuevamente al enemigo, olvidando que una retirada, aunque tenga visos de estratégica, trae consigo el quebranto del recurso más notable en la guerra: el de la moral del soldado.

A ningún mexicano deshonra lo sucedido en La Angostura, pero sí deja una imborrable y sentenciosa advertencia: los pueblos que no viven preparados para la defensa de su territorio, están expuestos a ser víctimas del más fortuito enemigo.

Tres días permaneció el ejército nacional en Aguanueva, en donde Santa Anna rechazó las propuestas de paz de los comisionados del general Taylor y, convencido que estuvo de la imposibilidad de dar nueva batalla al enemigo, puesto que todo, a excepción de la sangre de sus hombres, estaba consumido, optó por seguir la marcha a San Luis Potosí.

Lúgubre fue la vuelta hacia atrás del ejército. Los heridos iban en camillas improvisadas con *horcones* y fusiles, o en carretas tiradas por bueyes. Conducían a los jefes y oficiales mutilados en hombros de sus asistentes. No había qué comer, sino “carne maleada y piloncillo”, y como el agua bebida por los soldados era muy salobre, “se acabó de desarrollar la disentería”. Una furiosa tempestad azotó sobre los restos del ejército, con lo cual aumentaron las desgracias.

Se adelantó Santa Anna a San Luis Potosí y allí recibió una petición del Congreso nacional, firmada entre otros por Lafragua, Comonfort y Riva Palacio, para que se presentara en la capital de la República a “desempeñar la presidencia, dejando el ejército a las órdenes del general” que mereciera su confianza.

Graves desórdenes habían acaecido en la ciudad de México a partir del 14 de enero de 1847, a consecuencia de la suspensión del culto en las iglesias ordenado por el cabildo metropolitano, arguyendo éste tener noticias de que los templos iban a ser ocupados por las fuerzas del gobierno, lo cual era dar una torcida interpretación a la ley del 11 de enero. Sin embargo, a la prudente actitud de las autoridades municipales, se reanudó el culto y volvió la paz.

Mas la misma ley, por una parte, y el recto e inflexible mando de Valentín Gómez Farías, que tanto alarmaba a los catrines mexicanos ansiosos de poder, por otra parte, seguían siendo cabeza de nuevos disturbios.

Nadie ignoraba la existencia de una bulliciosa conspiración para derribar el gobierno de Gómez Farías, no obstante que con ello se debilitaba la autoridad en los momentos más difíciles para la

patria, como tampoco pasaba por alto el hecho de que los conspiradores estuviesen en el seno de los cuerpos de voluntarios Hidalgo, Victoria, Independencia y Mina, atribuidos a los polkos, y constituidos, en su mayoría, por personas pertenecientes a las empingorotadas familias de la capital de la República.

Temeroso, pues, Gómez Farías de un pronunciamiento de los polkos, procedió a dar órdenes propias de su *estatura* de gobernante, intentando deshacer la proyectada sublevación, lo cual no hizo sino precipitar una lucha armada que siempre ha de ser estigma para los voluntarios de los cuatro batallones, quienes, así como fueron patriotas al alistarse para la defensa del suelo nacional, ninguna razón les asistió en su descabellada y subversiva empresa.

Entre los tiros de los soldados del gobierno y de los polkos vivieron los habitantes de la ciudad de México desde el 27 de febrero, y si injustificables eran las acusaciones de los pronunciados a Gómez Farías (porque ni “la parálisis de los negocios”, ni el acrecentamiento de la pobreza, ni las “exacciones a los particulares”, provenían de “los rigores de un exaltado y mal gobierno”, sino que se originaban en las condiciones de guerra), soez fue el cargo que los liberales hicieron a la Iglesia señalándola como responsable de la rebelión. Verdad es que los polkos no dejaron de aprovecharse del desasosiego que los clérigos sembraron con motivo de la ley del 11 de enero, pero a todas luces el alzamiento tenía un fondo político: esfuerzo de los currutacos para menoscabar el valor de las instituciones liberales y republicanas, y anticipo de un régimen absolutista.

De todos estos sucesos tuvo informes el general Santa Anna en el trayecto de San Luis a la ciudad de México, y mostrándose obsecuente a los comisionados de los partidos que salían a su paso, no tomó resolución alguna sino hasta el 20 de marzo, cuando, después de rendir juramento como presidente de la República en la Villa de Guadalupe, derogó, de acuerdo con la mayoría del Congreso, la ley de 11 de enero, y con su tibieza hizo que se desarrollaran los vapores de los polkos, que bajo las flores

que de los balcones les arrojaban las damas de la *alta* sociedad, desfilaron por las calles de la capital.

Como no otro sino la caída del gobierno de Gómez Farías era el nudo de la rebelión de los polkos, con la presidencia de Santa Anna todo volvió al orden, al paso que se lanzaban los patriotas a realizar nuevos esfuerzos para la salvación del país.

Ocupados ya por el enemigo extranjero los territorios de California y Nuevo México y tomada la ciudad de Chihuahua el 1º de marzo de 1847 por el coronel Doniphan, después de haber derrotado a los mexicanos en Bracitos y Sacramento, mayúsculo peligro amenaza a la República con la captura del puerto de Veracruz por las fuerzas norteamericanas al mando del general Winfield Scott.

Éste, en seguida de recibir informes sobre la salida de los lanchones de desembarco y de las flotillas de botes mosquitos de Nueva Orleans, de tener aparejados los buques transportes en Brazos y Tampico, y de estudiar “con fruición la ruta de Cortés de Veracruz a la capital de los aztecas”, dispuso que sus tropas fuesen conducidas a la isla de Lobos, en donde con mucha diligencia fueron ejercitadas en la difícil tarea de apoderarse de una playa abierta frente al enemigo.

En los primeros días de marzo, la armada norteamericana, en la que forman más de 150 barcos, empezó a moverse hacia Veracruz. Lleva “un gran tren de sitio de bomberos de a 24 y de obuses de 8 pulgadas”, de 80 000 a 100 000 bombas y poco más de 12 000 soldados, organizados en tres divisiones con 21 regimientos, a las órdenes aquéllas de los generales Worth, Twiggs y Patterson.

Mientras que Scott daba espesor a sus proyectos, los veracruzanos se apresuran a la defensa de su amado suelo. En horas tan negras para la patria, ni miden los peligros ni pesan los sacrificios. Tienen como vanguardia la aparatosa fortaleza de San Juan de Ulúa, cuentan con los viejos fuertes de Santiago y Concepción y con los débiles reductos de San José, San

Fernando, Santa Bárbara, San Javier y San Mateo. Hay en la plaza 3 360 soldados y 1 030 más en el castillo de Ulúa y, aunque los historiadores norteamericanos modernos insisten en que la ciudad poseía, al ser atacada por Scott, 400 cañones, lo cierto es que sólo tenía 224 piezas montadas, de las cuales poco menos de la mitad “no pudieron hacer más de dos disparos” durante el combate.

Tan deficiente era, por otra parte, el poder de la vieja fortaleza de Ulúa, que para ponerla en condiciones de guerra fue necesaria una suscripción entre los principales vecinos del puerto a fin de reponer y arreglar el cureñaje del castillo.

No obstante los pobres instrumentos de guerra que tienen a su alcance, los veracruzanos están dispuestos a dar un ejemplo de patriotismo. Los miembros del Ayuntamiento forman una junta de defensa y se comprometen a pagar los alimentos y pertrechos que requiera el comandante de la plaza, que lo es el general Joaquín Morales —hombre de gran valor aunque de corta iniciativa—, organizan una compañía de bomberos, se establecen en sesión permanente, alientan a la población y, en fin, hacen de Veracruz un hervidero de nacionalidad y honor.

Un grupo de jóvenes veracruzanos lleva a cabo una función teatral para hacerse “de fondos e improvisar un hospital de sangre” y las mujeres “cosen saquillos y cartuchos de cañón, y aprontan sábanas, vendas e hilas para atender a los heridos”. Todos los hombres capaces de tomar las armas se alistan en la guardia nacional.

Incesantemente los veracruzanos se dirigen al gobierno de la República pidiendo ayuda para la defensa del puerto y nada obtienen. Otro es el plan del general en jefe del ejército nacional: dejar al extranjero las playas pestíferas creyendo que allí se diezmarán sus filas, reunir a todos los patriotas en las zonas salubres y poner en éstas la defensa suprema de la nación. Así y todo, los veracruzanos no se amedrentan y se disponen a enfrentarse por sí solos al poderoso enemigo. Es quizá un acto suicida, pero también de invulnerable patriotismo.

El enemigo está ya a la vista de los porteños. Nunca se había reunido en un punto del continente americano semejante número de embarcaciones como el que presenta el gobierno de los Estados Unidos. Grande es el amago de las fuerzas extranjeras, pero inmenso el espíritu bélico de los defensores de Veracruz. Los regidores Manuel Gutiérrez Zamora y José Luelmo, acaudillando la guardia nacional, recorren, inquebrantables, las posiciones mexicanas, estimulan a los jarochos que pelearán a extramuros y proporcionan caballos al intrépido padre Jarauta. Hipoteca sus bienes personales el administrador de la aduana, Manuel M. Pérez, para cubrir los gastos del sostenimiento de la guarnición militar. Repara diligentemente los baluartes el teniente coronel Manuel Robles Pezuela.

Fondean los primeros barcos norteamericanos en Antón Lizardo el 4 de marzo, en tanto que el comodoro Perry, con una flotilla, emprende el reconocimiento de la costa.

El general Scott, a bordo del barco insignia, da las últimas órdenes para lanzar los lanchones cargados con soldados sobre las playas mexicanas. Su “único temor” es el fuerte de San Juan de Ulúa y, como ignora el alcance de los fuegos del castillo, hace avanzar una escuadrilla que, cañoneada por los mexicanos, le hace saber el poco peligro de las baterías de Ulúa. Seguro, pues, de que no expondrá a sus hombres en la maniobra que proyecta, hace que la escuadra fondee en la isla de Sacrificios a las dos de la tarde del 9 de marzo y, en seguida, parten los lanchones y los mosquitos llevando a los soldados extranjeros a la playa elegida para el desembarco.

Protegidos por los cañones de tres barcos de vapor y de cinco goletas, los norteamericanos ponen pie en tierra entre Mocambo y Collado. Morales, por carecer de “fuerzas volantes”, no puede evitar la invasión.

Levantando trincheras avanzan los soldados de los Estados Unidos hacia el cementerio de la ciudad. Los hostilizan las guerrillas mexicanas, y los fuegos de Ulúa y de los baluartes

entorpecen “a veces las obras de los ingenieros” norteamericanos. Sin embargo, las granadas y bombas que disparan los defensores de Veracruz son de mala calidad, de “lo que se desprende que los mexicanos han improvisado” sus proyectiles. “Durante los días 13, 14 y 15, cayeron sobre nuestro campamento ciento ocho bombas; de fabricación tan deficiente que nos causaron pocos daños”, escribe el general Scott.

Extendidas y consolidadas las posiciones terrestres de los norteamericanos, y fija la artillería de grueso calibre para el ataque, Scott pidió la rendición de la plaza, a lo que repuso el general Morales diciendo estar dispuesto a defenderla.

Rompen el fuego las baterías de tierra de los extranjeros; se acercan los barcos de Perry a la ciudad y descargan sus cañones. Responden al ataque los de Ulúa y también las piezas de los baluartes, y logran dañar seriamente a uno de los vapores enemigos.

En medio de un terrible viento del norte, siguen desembarcando los soldados norteamericanos. La maniobra del enemigo es arriesgada y valiente. Nada los detiene, no obstante que pierden mucha impedimenta en la travesía de los buques a la playa.

Llueven metrallas sobre Veracruz a la tarde y noche del 22 de marzo. El enemigo no tiene ningún respeto ni a la ciudad ni a sus habitantes. Caen las bombas sobre los cuarteles al igual que sobre los hospitales de sangre y los edificios particulares. Niños y mujeres yacen muertos o heridos, y son numerosas las casas incendiadas. No hay lugar seguro para la población inerme. Falta pan y falta carne.

Abren espaciosas brechas los tiros del enemigo en los reductos, pero los mexicanos improvisan nuevas defensas.

Se espera de un momento a otro el asalto a la ciudad. El Ayuntamiento sigue en posición permanente. La guardia nacional está lista para el combate. El número de víctimas se acrecienta. Un solo bote de metralla se ha llevado a 19 personas.

Después de 48 horas de incesante bombardeo, el general Scott recibe una solicitud de los cónsules de Francia, España, Inglaterra y Prusia para que en una tregua se permita salir de Veracruz a los neutrales, junto con las mujeres y los niños. El general norteamericano se niega a acceder a la petición, arguyendo que sólo puede tratar con el general Morales y siempre que éste se disponga a rendirse.

Cruel era el castigo que el sañudo Scott destinaba a los veracruzanos. De ninguna consideración fueron acreedores los indefensos. En estado de ruina la ciudad, sin poderse dar atención a los heridos, insepultos los cadáveres, agotados los víveres y soplando con furor los vientos del norte, todo parecía condenar a los patriotas. Los soldados, sin embargo, seguían en sus puestos, aunque fueran débiles en sus fuegos y escasos los daños que producían en las filas del enemigo.

El 26 de marzo, después de una junta de guerra, los sitiados resolvieron entrar en arreglos con los atacantes, pero Scott exigía una rendición incondicional. El general José Juan Landero, quien había sustituido en el mando a Morales al negarse éste a capitular, trataba de salvar el honor nacional, y con el sosiego y la buena fe del patriota llevó a término las negociaciones. El día 27 fue firmada la capitulación y al siguiente entregados los puestos militares a los norteamericanos.

Los patriotas, en su mayoría, ocultaron o destruyeron sus armas y, de acuerdo con el convenio, abandonaron el puerto. Veracruz quedó atrás, no sin que fuese sellada con la sangre de sus hombres la ardiente defensa de su suelo.

Santa Anna entretanto ha tomado de la mano a la angustia. Está en divorcio —y para siempre— con el partido liberal, que no obstante sus devaneos, es el único, por su agilidad, que origina el fanatismo patriótico.

Para lograr que el Congreso votara al general Pedro María Anaya presidente interino de la República, Santa Anna ha tenido que

emplear, de acuerdo con los conservadores y moderados, ridículos a la vez que reprobables procedimientos, con lo cual ha puesto de relieve cuánta es su debilidad y qué número de incoherencias lo acompañan en su vida de soldado y político. Nadie le podrá acusar de falta de impulsos patrióticos pero sí de carecer en aquellos momentos de la razón patriótica, que es la virtud primera que debe exigirse a un jefe de Estado y, con mayor rigor, al comandante de un ejército a quien se entrega la defensa de una nación.

Por andar en muchos laberintos políticos, en los pocos días que estuvo en la presidencia el general Santa Anna da disposiciones que orillan al enojo y la disidencia. Pretende el alistamiento obligatorio, cuando no hay armas y tampoco oficiales para la instrucción de los voluntarios; establece nuevos impuestos, estando el enemigo apoderado de más de la mitad del territorio de la República y, por tanto, en la imposibilidad los mexicanos de cumplirlos; ordena la destrucción de todo cuanto pueda ser útil a los norteamericanos en los puntos que éstos amenazan, a pesar que ya no hay tiempo para que las órdenes lleguen a su destino; une en los batallones a los regulares con los de leva y con los que entregan las cárceles. Requiere dinero, pero exime al clero y a los ricos propietarios de “toda prestación forzosa”. Y, aunque todas las medidas extraordinarias son necesarias en la guerra, desazonan, no sólo al vulgo, antes a los más sólidos patriotas, si no llevan dirección y organización.

El estado de ánimo de Santa Anna está a la luz del día cuando los generales Ampudia y Juvera llegan a la ciudad de México a pedirle instrucciones. El general en jefe titubea sobre el lugar que ha de elegir para oponerse al adversario. Piensa en Orizaba, en Perote, en Cerro Gordo. Por fin, resuelve dar batalla en el último punto.

Ignora cuántos soldados ha de reunir en Cerro Gordo, pero hace rodar la artillería y caminar a los infantes que encuentra a la mano. No la fe en un jefe, sino el anhelo de servir a México es lo que mueve a las tropas que marchan en dirección a Veracruz. Y como los comandantes de los cuerpos son los propietarios de sus

designios, cada quien da forma a sus batallones, y lanza proclamas y hace saber el número de hombres bajo su mando. De tanta disparidad proviene el volumen que los historiadores extranjeros señalan a las fuerzas mexicanas que combatieron en Cerro Gordo.

A ponerse al frente de sus tropas, Santa Anna salió de la capital de la República el 2 de abril.

Estando [el general] con la comitiva que había concurrido a la entrega del mando a Anaya, se entró a las piezas interiores [del Palacio Nacional] y bajó solo las escaleras metiéndose en el coche que lo esperaba. Baranda dice que aquella escena fue sumamente patética, que todos los circunstantes estaban sumamente conmovidos, como quien presencia un último adiós, y que vio correr lágrimas aun de los enemigos de Santa Anna. Él manifestó tristes presentimientos.

Y, en efecto, después de los sucesos en La Angostura y en el puerto de Veracruz, los que se siguen en la guerra con los Estados Unidos no pertenecen al dominio de la historia militar de México, sino a la historia heroica de un pueblo, porque ya no habrá planes estratégicos y sí actos de sacrificio conmovedores, ni soldados hechos en la disciplina y en cambio patriotas guiados por el honor, tampoco responsabilidad de mando, antes deberes de hombradía.

De triunfos podrá llenarse el enemigo, mas no de glorias. Éstas corresponderán, no por vehemencia, sino por expurgo de las muchas fuentes que hoy se tienen a la vista, a los que sin abrigo y sin pertrechos, sin jefes y sin manutención, continuaron participando con ardor increíble en hazañas guerreras; pertenecerán, en suma, a la nación mexicana.

Véase a esos hombres que levantan parapetos y fijan baterías, que vuelven y revuelven en Cerro Gordo a 10 kilómetros del lugar en donde se encuentran acampados 11 000 soldados norteamericanos, de los cuales, el que menos, ha tenido ocho

meses de ejercicios y conocimientos en el arte de la guerra antes de llegar al frente de batalla. Léase, en seguida, los partes de Canalizo, de López Uruga, de Robles, de Pérez, de Pinzón, de Ampudia, de Rangel, las cartas de Urquidi y de Juvera, los informes de Santa Anna, las acusaciones de Gamboa, las crónicas en las publicaciones periódicas, y todo llevará a la conclusión de que esos siete mil y tantos mexicanos dispuestos a detener el avance de los extranjeros hacia Jalapa carecen del concierto de un ejército. La cuarta parte empuña por vez primera un arma, en sus filas sólo cuentan con seis ingenieros y siete médicos, y tanta es la pobreza de sus abastecimientos que, cuando Santa Anna requiere los pertrechos almacenados en Perote, descubre que la antigua fortaleza, si es verdad que posee cañones y granadas, en cambio únicamente dispone de 200 viejos rifles y de unos cuantos granos de pólvora.

No fueron, ni la mala elección del terreno para el combate, ni la falta de artillería en el cerro de la Atalaya, ni el desasosiego de Santa Anna, ni la premura para levantar trincheras, las causas de la derrota nacional en Cerro Gordo. De antemano, aquel desorden, por serlo, estaba perdido, con lo cual, nada más que ofrendar sus vidas podían hacer los patriotas en la honrosa decisión de resistir al enemigo.

Esto todo, sin embargo, no disculpa a Santa Anna, porque si el general en jefe de un ejército no se siente dueño de sí mismo y por desaprensión no cuida sus flancos ni fortalece el camino a Jalapa, que es hombro de sus posiciones y puerta a los movimientos de su caballería, antes de recibir el fuego del enemigo debe retirarse del campo de batalla, con lo cual, si es verdad que puede empequeñecerse en la historia, en cambio engrandece a la patria, de cuya gloria es lo único que deben cuidar con todos los celos y todas las pasiones los patriotas.

Mas dejando aparte las prognosis, asistamos al combate de Cerro Gordo.

A la mañana del 17 de abril de 1847, las avanzadas de las fuerzas de los Estados Unidos se acercan a los atrincheramientos de los

mexicanos en Cerro Gordo. Es la división de Twiggs la que se adelanta a tomar posiciones, en las alturas de la Atalaya, cubriéndose con la espesura del bosque y sin intenciones de dar pelea. Sin embargo, con el casual encuentro, durante ese movimiento, de los soldados de Santa Anna y de Scott, se traba el combate. Twiggs hace avanzar a sus hombres por el frente y la derecha con el propósito de apoderarse de la falda de Cerro Gordo, al mismo tiempo que destacaba fuerzas sobre la batería mexicana que defiende el camino a Jalapa. Con todo, no consigue progresos y sí sufre bajas, que aumentan con la arremetida de los voluntarios nacionales, quienes, no obstante la debilidad de su armamento (los más, dice el parte, “iban armados de escopetones”), atacan con tanto arrojo que obligan a los norteamericanos a retroceder tumultuosamente.

Cuatro horas duró el combate, al que por igual en el uno como en el otro campo se le dio exagerada importancia.

Scott, sabiendo que Santa Anna había descuidado la protección de sus flancos, además de ordenar la ocupación del cerro de la Atalaya, dispuso que sus ingenieros buscaran un camino para enviar a sus soldados a la espalda de los mexicanos, en tanto que Santa Anna, confiando en lo agreste del terreno y por lo mismo exentas de peligro sus alas, se dedicó a reforzar sus atrincheramientos, así como a tender en su frente principal, sobre la falda de Cerro Gordo, cordones de tropas ligeras.

Los ingenieros norteamericanos, con habilidad y prontitud, descubrieron un paso entre el escarpado suelo, y precisamente por donde Santa Anna creyó imposible el acceso del enemigo, y antes de que despertara el día, una columna del enemigo avanzaba sigilosamente por el sendero que le iba a conducir al triunfo.

Se encontraba el general Santa Anna dirigiendo personalmente el establecimiento de una nueva batería, y los ingenieros mexicanos no terminaban de levantar los parapetos frontales en Cerro Gordo, cuando, en las primeras horas del 18, los cañones del enemigo, fijados en la Atalaya rompieron sus fuegos, al paso

que dos columnas de los extranjeros se dejaban ver al pie de los atrincheramientos nacionales.

Excepcional parecía el arrojo de los norteamericanos al emprender el avance presentando el pecho a los cañones y fusilería mexicanos y teniendo que vencer previamente la aspereza del terreno. Mas era que confiaban en el inesperado ataque que iban a sufrir los patriotas de México por la parte posterior de sus posiciones.

Santa Anna, siempre con la seguridad de tener a salvo sus espaldas, está en el campo de combate. Moviliza apresuradamente tres batallones a su amenazado frente, pero a poco se entera de que ha sido flanqueado y pretende dar otro orden a la pelea, mas ya es tarde: los mexicanos están envueltos, y con esto y con la muerte del general Ciriaco Vázquez, se produce la desorganización en las filas nacionales. Asaltan los extranjeros con indiscutible valor los parapetos frontales y superiores de Cerro Gordo, se apoderan de la artillería mexicana y la emplean contra los patriotas, con lo cual provocan la confusión, el desorden y la derrota.

Dueño de Cerro Gordo, el enemigo ataca y luego asalta las baterías mexicanas en el camino a Jalapa, que no están debidamente fortalecidas. El general Canalizo intenta participar en el combate con sus jinetes, pero, de un lado, se lo impiden las fragosidades del suelo. De otro lado, por ser hombre sin iniciativa, ha dejado correr, como extraño a la acción, los primeros momentos del combate, y cuando pretende movilizarse, ya está todo perdido. Se aleja del campo de batalla en dirección a Jalapa, sin haber participado en la función de armas.

Santa Anna, en medio de la derrota, está a punto de ser prisionero de los norteamericanos, mas logra escapar acompañado de sus ayudantes, tomando veredas extraviadas, y alcanza una altura no lejos del lugar del combate. Su corneta llama a reunión, pero nadie acude a la cita.

Capitulan las últimas fuerzas mexicanas que luchan a las órdenes de Jarero y Pinzón, y el campo queda en poder de Scott, mientras que los soldados de México, abandonados a su suerte, corren dispersos por todos los rumbos.

Abatido física y moralmente llega Santa Anna a Orizaba el 21 de abril. Allí, con la presencia de la brigada de Oaxaca al mando del general Antonio León, cobra pujanza y expide recomendaciones de carácter patriótico a diferentes jefes militares. Escribe al general Antonio Gaona, comandante de Perote, ordenándole que se prepare para oponerse al enemigo. Sin embargo, Gaona, antes de recibir instrucciones, ha abandonado la vieja fortaleza por no tener pólvora para disparar un solo tiro de cañón, y se ha unido a los dispersos de Cerro Gordo, que en número de 2 500 y a las órdenes de Canalizo, se retiran hacia Puebla.

Scott, en seguida del triunfo de Cerro Gordo, dispuso el avance de los soldados de la división de Worth a Perote, en tanto que él establecía su cuartel general en Jalapa, en donde firmó un manifiesto de maliciosas proporciones, pretendiendo aparecer no como el caudillo de una guerra de conquista, sino como salvador de un pueblo “sojuzgado por los partidos políticos y los militares”.

El mismo día que Scott firma el manifiesto en Jalapa, el general Santa Anna está en la ciudad de Puebla y, como tiene noticias de que el general Worth, después de ocupar Perote (en donde encontró “sesenta y seis cañones y morteros de fierro y de bronce de diversos calibres, en buen estado de servicio; once mil ciento sesenta y siete balas de cañón, trece mil trescientas veinticinco bombas y granadas de mano, y quinientos fusiles, trescientos de ellos inservibles”), avanza sobre la capital poblana, proyecta, ya retirarse a San Martín Texmelucan, y a salir al paso del enemigo en Amozoc. Mas como no tiene plan sólido, todo se frustra. Ha obtenido un préstamo del clero de Puebla y hecho requisa del maíz del diezmo, y recibe contribuciones de guerra de Oaxaca, Orizaba y Tehuacán.

Piden armas los poblanos para defender la plaza, pero no las tiene el gobierno del estado; tampoco se las puede proporcionar Santa

Anna, quien, al fin, resuelve el abandono de la ciudad para dirigirse a la capital de la República, en donde todo le es hostil, por lo que determina presentar su renuncia como presidente y como comandante en jefe del ejército.

Moderados y conservadores están en grave pugna. Los generales no se entienden. Los preparativos para la defensa de la ciudad han sido descuidados. Nadie se siente capaz de desatar tan delicada situación. Santa Anna pide que sean llamados a una junta los jefes militares. En ella logra prevalecer con su opinión en el sentido de que debe continuarse la guerra, no obstante que un acuerdo de esa naturaleza pertenece a la facultad del Congreso. Tres son las resoluciones aprobadas en la reunión: defender las entradas a la cuenca de México, construir trincheras en torno a la capital y combinar los movimientos de las guerrillas mexicanas para hostilizar al enemigo en su avance sobre la ciudad de México.

Vuelve el patriotismo a sacudir a todos los mexicanos. No hay dinero, puesto que del millón y medio de pesos que ha prestado el clero, sólo quedan 180 000. Santa Anna acude a los comerciantes y obtiene un auxilio de 100 000 pesos más. No hay vestuario, ni caballos, ni fornituras, aunque luego el gobierno logra créditos, con los cuales algunos extranjeros han de traficar. No hay armas, pero en la maestranza se trabaja día y noche reparando las antiguas. No hay más soldados que los 3 000 de la guarnición y los 4 000 llegados de Puebla con Santa Anna, mas de nuevo están en pie de guerra los polkos y cientos son los voluntarios que se presentan a recibir instrucción militar. En cada barrio de la ciudad surgen talleres en los que fabrican equipos para el ejército, y de los estados empiezan a llegar reclutas, aunque la mayoría desarmados.

En los primeros días de agosto, suman los soldados en la ciudad de México poco más de 14 000, sin incluir a los 6 700 de los generales Gabriel Valencia y Juan Álvarez, destacados para observar los movimientos del enemigo. Hay 100 cañones, de los cuales treinta y tantos son los de hierro, y otros, en buen número, fueron fundidos a última hora, utilizándose las campanas de las

iglesias. Los defensores de la capital tienen un promedio de 15 cartuchos de 15 adarmes por plaza, pero no poseen más piedras de chispa que las que lleva cada fusil. “La pólvora es de tan pobre calidad, que pierde sus virtudes en pocas horas de estar a la intemperie.” Catorce mil patriotas más que han ofrecido su sangre no tendrán puesto en el combate porque no puede el gobierno proveerlos de armas y municiones.

Dio viveza al patriotismo de los habitantes de la ciudad de México la llegada del Ejército del Norte, formado por los soldados que habían combatido en La Angostura, al mando del general Gabriel Valencia. Pobres eran estas fuerzas en armamento y dinero, pero robustas en lo que respecta a su valor.

Establecidas en la Villa de Guadalupe, Santa Anna va a pasarles revista. En la calzada de Peralvillo lo encuentra Valencia y los dos generales se dirigen a la Colegiata. Después de asistir a una solemne misa, entre salvas recorren las líneas de los fogueados patriotas, que aclaman a Santa Anna y a Valencia.

Advierto en vuestro semblante [dijo Santa Anna dirigiéndose a los soldados] el mismo noble orgullo con que os presentasteis en aquella memorable jornada; y noto también que conserváis la severa disciplina que habéis adquirido en vuestra larga escuela de la frontera del norte, donde vuestras proezas y vuestros nombres jamás podrán olvidarse... ¡Soldados! Aquí como allá escarmentaréis al atrevido invasor, y si los decretos de la Providencia nos fueran al final propicios, completaremos un triunfo más que dará vida a la patria, que la mantendrá en el alto rango que merece, y que será la admiración del mundo.

En seguida, el general Santa Anna preside una junta de guerra. Asisten, entre otros, los generales Valencia, Juan Álvarez, Pedro María Anaya, Manuel Rincón, Nicolás Bravo, Francisco Pérez, Antonio León, José Mariano Salas e Ignacio Mora y Villamil.

Explica Santa Anna su plan de defensa. Cree que Scott empezará por lanzar sus tropas sobre el baluarte del Peñón, por lo cual, en

tanto que el Ejército del Norte ha de situarse en Texcoco a las órdenes de Valencia para flanquear a los norteamericanos, el general Álvarez debe marchar, con todo sigilo, hacia el camino de Puebla para cortar al enemigo la fuente de sus abastecimientos. El general Álvarez opina que tanto sus jinetes como los de Valencia han de emprender inmediatamente la marcha para situarse en lugar conveniente en el que pueda operar la caballería y atacar por la espalda al grueso de la columna de Scott. Prevalece el plan de Santa Anna y el Ejército del Norte se dirige a Texcoco al paso que Álvarez se apresta a cumplir las órdenes del general en jefe.

Aparte del Peñón, Santa Anna ha levantado reductos en Mexicalcingo, San Antonio y La Venta de San Mateo Churubusco, y parapetos ligeros en Nonoalco, Vallejo, Peralvillo, Belén y San Cosme.

Así como primero ha creído el general Santa Anna que la zona maligna de Veracruz diezmaría al enemigo, mientras prepara la defensa de la capital piensa que los norteamericanos no iniciarán su avance sino hasta después de la temporada de lluvias, lo cual tiene como una ventaja para perfeccionar sus atrincheramientos e instruir a sus soldados. Sin embargo, la naturaleza no respondió a los planes del general, puesto que las pestes de tierra caliente no hicieron daño de consideración a los norteamericanos y el verano de 1847 se presentó limpio y seco como nunca antes, gracias a lo cual las bayonetas del ejército invasor llamaron a las puertas de la cuenca de México el 10 de agosto.

Tiene el general Scott a sus órdenes 14000 hombres, pero deja en destacamentos y hospitales 3 000 y avanza con cuatro divisiones mandadas por los generales Worth, Twiggs, Pillow y Quitman, sobre la ciudad de México.

Las fuerzas norteamericanas están en Ayotla el 12 de agosto. Valencia observa sus movimientos. No parece dudar de que el primer ataque será sobre el Peñón. Sin embargo, dos días después, advierte que el enemigo se encamina hacia Xochimilco y Tlalpan. Santa Anna, al confirmar los informes de Valencia,

cambia de plan y, al tiempo que ordena que el Ejército del Norte se sitúe en San Ángel, manda que los batallones Hidalgo, Victoria e Independencia, que estaban en el Peñón, se trasladen a Churubusco.

Con mucha agilidad, el general Valencia se mueve a San Ángel y, en seguida de destacar espías para conocer los movimientos de los norteamericanos acampados en Tlalpan, manda hacer examen del terreno en el que parece llamado a operar, llegando a la conclusión de que ni La Magdalena ni Padierna son puntos defendibles, por lo cual considera que es indispensable replegarse a Panzacola. Mas el general Santa Anna, por conducto del Ministerio de la Guerra, le dice el 17 de agosto

que estando en Tlalpan solamente la vanguardia [norteamericana] compuesta de dos mil quinientos hombres, con cuatro piezas ligeras de artillería y setenta y cinco carros, no es probable que emprenda a marchar a San Ángel el mismo día de mañana, ya por la poca fuerza que tiene para dirigirse sobre un punto donde existen dobles fuerzas que las suyas, ya porque les sería preciso componer el camino, que según todas las noticias que hay de él, no está practicable para los carros. Además, no se sabe si les placera forzar el paso de San Antonio... y por lo mismo el general presidente considera que no hay una urgente necesidad para abandonar el punto de San Ángel tan prontamente... hasta no saber si de positivo el enemigo resuelve marchar sobre ese punto... pero si contra toda probabilidad lo verificase mañana, emprenda V. E. la marcha para Tacubaya.

Pero como Scott, al día siguiente, con mucha habilidad hace un movimiento de engaño sobre las fortificaciones del puente de Churubusco, el general Santa Anna se dirige apresuradamente a Valencia ordenándole que se sitúe en Coyoacán, “adelantando su artillería al fuerte de Churubusco”.

Otra es la opinión de Valencia: “Para mí es claro como la luz del día [comunica al ministro de la Guerra], que el enemigo emprenderá su ataque, si no es mañana, lo será pasado; pero

haciéndolo a la vez por dos puntos naturales, cuales son el de San Antonio y Churubusco, y el que defiende el ejército de mi mando: que al uno dará ataque falso, mientras que al otro se hará con tesón”.

Impelido por los vientos de su mucho patriotismo, confiado en la acometividad de sus fuerzas, temiendo la acusación de cobarde, arrebatado por el deseo de medir sus armas una vez más con las del enemigo extranjero, perdido a los preceptos de la disciplina que es la base de un ejército, y a pesar de que él mismo ha informado a Santa Anna los peligros que ofrece una defensa de Padierna, el general Valencia apenas tiene noticias de que los norteamericanos avanzan por el camino del Pedregal y, víctima de los impulsos, en vez de retroceder a Churubusco marcha a Padierna.

Hace el movimiento a sabiendas de que quebranta el mando del ejército nacional, puesto que escribe al general José María Tornel:

Acabo de recibir una orden de nuestro amigo el Sr. Santa Anna, para que al amanecer abandone todos estos puntos, y marche para Churubusco... Si tal hiciera, amigo mío, sin hacer las reflexiones que me dictan mi patriotismo, mis escasos conocimientos militares, y mi amistad al Sr. Santa Anna, incurriría en una grave falta y estaría convencido que hacía una traición a los más sagrados deberes... Vea usted bien las razones que alego al gobierno para que bien pensadas se escuchen, pues yo creo no me faltará algún valor para resistir en Padierna si por allí se le antoja venir a todos ellos, no teniendo más que cinco mil hombres, temblaré como un azogado cuando unido a usted reunámonos veinte mil al ver, a mi humilde conocimiento, lo falso de nuestra posición.

Y, al mismo tiempo, Valencia escribió al general Santa Anna:

Contra mis deseos, contra la conducta que he observado siempre con usted, pero precisado por un deber de conciencia, como un amigo leal de usted, como mexicano y

como general en jefe, cuando ya con los ojos me parece ver la pérdida de este ejército y de mi patria donde abandonemos un punto, y por él pueda el enemigo saliendo de su difícil posición atacarnos de flanco, y aun envolver la nuestra, pues tal sucedería si al amanecer encontrase descubierto el de Padierna, ha sido la causa que me ha estimulado a poner la comunicación que con esta fecha dirijo a usted por el ministerio de la Guerra... tengo un campo de batalla retrincherado, y casi toca a las probabilidades para la victoria; y por otro lado me he convencido hasta la evidencia de que su abandono sería nuestra pérdida.

Débiles y, por tanto, peligrosos para el bienestar y solidez de los pueblos son los hombres que se dejan arrastrar por fugaces ilusiones, porque todo comprometen y nada resuelven. Tal fue lo que hizo el general Valencia, dando al enemigo facilidad a la victoria, y destruyendo con sus propias manos una granada división del ejército defensor de la ciudad de México.

El general Santa Anna se indignó al tener noticias de la actitud de Valencia. Pensó despojar a éste del mando, pero temeroso de provocar el disgusto y la inquietud de los soldados del Ejército del Norte, que en muy alta estima tenían a Valencia, pudo en él más la templanza que la ira y sólo advirtió a su impulsivo subordinado:

al establecerse un problema, no quiero que se resuelva en mengua de mi patriotismo, en que no cedo a nadie, y prefiero exponerme a todas las contingencias que puedan venir, antes que dejar lugar a que pueda decirse que no se obró mejor, porque yo quería que se obrara bien y en regla.

Scott, entretanto, está satisfecho. Su plan de campaña en la cuenca de México se desarrolla con precisión. Desde que dejó el camino de Ayotla al Peñón para seguir a Chalco, Xochimilco y Tlalpan, nada ha entorpecido su marcha, porque el general Juan Álvarez, luego de saber el traslado de Valencia de Texcoco a San Ángel, abandonó el proyecto de hostilizar la retaguardia de los norteamericanos, concentrándose en la cuenca de México, con lo

cual el jefe del ejército de los Estados Unidos tuvo limpio el camino para sus soldados y trenes de abastecimientos. No por parecerle inexpugnable la fortificación mexicana del Peñón, sino porque torciendo a su izquierda va a ocupar las alturas al suroeste de la capital nacional, con las cuales se hará dueño de estratégicas y dominantes posiciones sobre los defensores de la ciudad de México; es por lo que Scott avanza, con mucha seguridad en sus pasos, hacia Tlalpan, en donde establece su cuartel general.

Efectuada esta operación sin tropiezos, Scott se dispone a llevar a cabo la segunda parte de su plan de campaña, que consiste en atraer al combate a la división del general Valencia, con objeto — confiesa Scott— de extirpar a un enemigo que puede causarle daños en sus flancos. Así, después de sus engañosos movimientos del 18 de agosto, al tener informes de que Valencia se ha situado en Padierna, el general Scott ve cumplidos sus designios.

La destreza de los ingenieros norteamericanos unida a las cuidadosas previsiones del general Pillow, comandante de las fuerzas que marchan sobre Padierna, amenguan las dificultades que presenta el estrecho camino de Peña Pobre a Contreras, gracias a lo cual los cañones extranjeros arrojan la primera andanada de metralla sobre los atrincheramientos de Valencia, poco después del mediodía del 19 de agosto.

El jefe del Ejército del Norte, por tener a su frente un profundo barranco, se cree bien protegido del ataque del enemigo, pero olvida los peligros que pueden presentarse a sus costados. Y, en efecto, apenas iniciado el combate, una columna del enemigo marcha a la derecha y, después de varias refriegas con los mexicanos, queda posesionada de la izquierda de Valencia.

Santa Anna recibe en San Antonio la noticia de que el combate en Padierna ha empezado, y luego de enviar órdenes al general Francisco Pérez para que con su brigada acuda al campo de la acción, parte el propio Santa Anna “a galope, seguido de su estado mayor, de los regimientos de caballería Húsares y Ligero

de Veracruz y de cinco piezas de batalla” y, alcanzando a los soldados de Pérez, los hace “caminar a paso veloz” hasta las lomas del Toro.

Perplejo quedó Santa Anna al ver, desde el punto en donde se situó, cuán débiles posiciones tenía Valencia, y al darse cuenta de que el Ejército del Norte estaba envuelto por los norteamericanos, y con más reflexión que impulsos, intentó reunirse con Valencia, pero, no encontrando camino apropiado para conducir a los 6 000 hombres que lo acompañaban a la función de armas, por una parte, y temeroso de una batalla total en la que jugaría toda la defensa de la ciudad de México en un terreno inadecuado, por la otra parte, optó por enviar a las seis y media de la tarde al capitán José María Ramiro a que hablara con Valencia y “le previniera que se retirara como pudiera en la misma noche... y se incorporara con las tropas que había llevado [Santa Anna] en su auxilio [y] las que no podían batir al enemigo, por impedirlo las barrancas que estaban a su frente”.

A las nueve de la noche llegó Ramiro a donde estaba el general Valencia, pero éste ni siquiera dejó que el comisionado terminara de comunicarle las instrucciones del general en jefe, diciendo a Ramiro que “lo habían abandonado y que habiendo batido al enemigo cinco horas, y teniéndole sujeto con el batallón de Aguascalientes y la caballería que mandaba el señor general Torrejón... sólo pedía los seis mil hombres [de Santa Anna] y municiones para su artillería”.

Víctima de los calores del combate era Valencia; porque si había logrado “contener por varias partes al enemigo” durante la pelea en la tarde del 19, muy ajeno se mostraba al hecho de que los norteamericanos lo tenían cercado y, por tanto, en anticipada derrota.

Tan infatuado está el general Valencia en sus propósitos, que a la noche del primer encuentro informa al ministro de la Guerra: “he puesto en vergonzosa fuga con el valiente ejército que tengo el honor de mandar todas las fuerzas del angloamericano que unidas han embestido mi posición y me atacaron de cuantos

modos era dable desde las doce del día hasta las siete de la noche”.

Con singular valor, es cierto, certísimo, pelearon las tropas mexicanas en Padierna, pero no podía jactarse un general, a menos de ser un declamador, de una victoria, toda vez que estaba dentro de un anillo formado con los cañones y bayonetas del enemigo. Sin embargo, con mucha abnegación y bajo una estruendosa tormenta, aguardaron los patriotas el amanecer del día 20 en sus posiciones de Padierna, mientras que las fuerzas llevadas por Santa Anna se retiraban a San Ángel, no por cobardía, sino porque el general en jefe quiso guarecerlas de la lluvia, así como movilizarlas al lugar más conveniente al reanudarse el combate.

Con extrema violencia se desató el encuentro del 20 entre los hombres de Valencia y Scott. Pero los extranjeros, por tener consolidado el cerco, pronto se apoderaron de las posiciones de Valencia, quien luchó con mucha hombradía.

Santa Anna, al escuchar el estampido de los cañones, se apresuró a poner en marcha a sus soldados hacia Padierna; pero apenas emprendió el camino, la llegada de los dispersos del Ejército del Norte le hizo saber que Valencia estaba derrotado, por lo cual ordenó que sus tropas se concentraran en la ciudad de México, mientras que él, acompañado de su estado mayor, luego de reunir a los dispersos que pudo, tomó dirección a Churubusco cuidando de recoger todo el material de guerra posible.

Al paso que los triunfadores en Padierna se mueven sobre San Ángel y Coyoacán, el general Scott destaca a la división de Worth hacia los atrincheramientos de San Antonio, que los mexicanos, por orden de Santa Anna, abandonan para replegarse a la capital.

A partir de ese momento ya no hay plan de batalla ni de los mexicanos ni de los extranjeros. Con ímpetus, pero sin orden, avanzan los soldados de Scott; con valor, pero sin concierto, se defienden los patriotas.

En seguida de las refriegas en Portales y el puente de Churubusco, los soldados de Twiggs, primero, y los de Worth después, arremeten contra los mexicanos protegidos en el convento de Churubusco.

Exagerado tamaño dio Scott al combate de Padierna, aumentándolo con las acciones que se siguieron ese mismo día y sobre todo con la toma de Churubusco. Califican los historiadores norteamericanos a este reducto de “verdadera fortaleza”. No era así. Los patriotas defensores del punto lo hicieron a sabiendas de su sacrificio, por lo cual su hazaña ha ascendido a la plataforma de lo heroico. Todo allí, a excepción de algunos recios muros, y de la gallardía de los voluntarios y del arrojo de los irlandeses, era débil para detener el avance de las gruesas columnas extranjeras.

Cuando los norteamericanos triunfan en Padierna, no hay en Churubusco más que un cañón “de a cuatro”, por lo que apresuradamente Santa Anna envía cinco cañones más. Setecientos hombres de los batallones Independencia y Bravo están en el recinto, y no es sino hasta momentos antes del ataque cuando son reforzados con las compañías de San Patricio y una parte del batallón de Tlapa, con lo cual el número de defensores asciende a 1 300.

En camino a México, el general Santa Anna se ha detenido en Churubusco, y aunque sabe cuán endeble es la posición de los patriotas en el convento, ordena al general Manuel Rincón que resista hasta el final, para dar tiempo a que él, el general en jefe, fortalezca las líneas que amparan a la capital de la República y que cree en grave peligro a consecuencia del desastre de Padierna.

Rincón cumple con abundante entereza. A su lado está el general Pedro María Anaya, espejo de ardimiento patriótico.

Carecen los voluntarios reunidos en Churubusco de municiones; pero luego las reciben, aunque no son las propias para sus

fusiles. Así y todo, se defienden de la arremetida de 7 000 extranjeros, que llegan frente al convento con el poderoso ánimo de sus triunfos. Brillan espléndidamente en la defensa del puesto de Churubusco el amor y el honor patrios, y cuando se rinden los mexicanos es que ya no hay cartuchos que disparar.

VIII. LOS CONVENIOS

Mientras el general Winfield Scott reunía en Texas soldados para el ataque al puerto de Veracruz, el coronel Alejandro Atocha aparece nuevamente en Washington. En esta vez asegura ser portador de cartas de los generales Antonio López de Santa Anna y Juan N. Almonte y de Manuel Crescencio Rejón, en las que éstos se muestran “inclinados a un tratado de paz con los Estados Unidos”.

La posibilidad de ensanchar el territorio de su República sin la sangre de sus ciudadanos vuelve a entusiasmar al presidente Polk, quien por conducto del secretario de Estado, James Buchanan, autoriza a Atocha para que hable formalmente con Santa Anna sobre el negocio, al tiempo que el propio Polk propone al gabinete norteamericano el nombramiento del napoleónico senador Benton como comandante en jefe del “ejército de ocupación”, investido “con amplios poderes diplomáticos”, aunque esta segunda medida no es aprobada por los colaboradores de Polk.

Atocha, en cambio, va a cumplir con su misión; pero a poco regresa a Washington con una nota firmada por José María Ortiz Monasterio, en la que éste advierte que para iniciar pláticas de paz con el gobierno de los Estados Unidos son primeras condiciones: la suspensión del bloqueo a los puertos mexicanos, el retiro de los soldados extranjeros que ocupan una parte del territorio nacional y la seguridad de que las autoridades norteamericanas han de respetar la integridad e independencia de la República Mexicana.

No causa desánimo a Polk la respuesta de Monasterio, y resuelve enviar a México con más amplias instrucciones a Nicholas P. Trist, funcionario del Departamento de Estado, secretario, en años anteriores, del general Andrew Jackson y esposo de una nieta del mismo Jackson. Trist ha sido ocho años cónsul de los

Estados Unidos en La Habana, en donde se vio comprometido en un embrollo por proteger el tráfico de esclavos.

Las órdenes secretas que Polk da a Trist dicen que ha de pedir a México la cesión de los territorios de Nuevo México, Alta y Baja California, así como el derecho de tránsito a través del Istmo de Tehuantepec. Todo, mediante el pago de 30 millones de dólares.

Con esas instrucciones desembarca Trist en Veracruz, cuando el general Scott se ha apoderado ya de la ciudad de Jalapa, y aunque pretende iniciar desde luego las negociaciones con el gobierno de México, encuentra la oposición de Scott, que fue multiplicándose con los días hasta producir un serio quebranto entrambos personajes, lo que orilló a Polk a reprender al general.

Esperó Trist el avance de las fuerzas norteamericanas a Puebla, y ya establecido en esta ciudad envió una nota al ministro de Inglaterra en la capital de la República, en la que le pedía que informara al gobierno mexicano que él, Trist, había llegado al país en misión diplomática y era portador de una nota de Buchanan.

El representante de Inglaterra se prestó a servir de intermediario, poniendo en manos del ministro de Relaciones, Domingo Ibarra, la anunciada comunicación de Buchanan, a la cual contestó Ibarra en comedidos términos: decía que el Ejecutivo nacional no podía emprender negociación alguna con los Estados Unidos en tanto no estuviesen plenamente autorizados por el Congreso.

Pero, al mismo tiempo que la respuesta de Ibarra, Trist recibe la visita de “unos enviados de Santa Anna”, quienes le advierten que el general presidente exige que se le dé “secretamente” un millón de dólares para firmar los arreglos con los Estados Unidos, suma de la que deben entregarse inmediatamente 10 000 dólares, insinuando los comisionados que esta cantidad la requiere Santa Anna “para cohechar a los miembros del Congreso que se oponen a la paz”. Trist da su aprobación al procedimiento, más no así los generales norteamericanos que se enteran de la “solicitud del presidente de México”, pero Scott, al fin, conviene en que es

necesaria la operación y entrega el dinero, tomándolo “de sus fondos secretos”.

Corre este episodio en la historia de México como uno “de los actos más indignos de Santa Anna”, así como prueba de que el general presidente estaba en connivencia con el extranjero; y se tiene también este capítulo por los historiadores norteamericanos como muestra de la “deshonestidad de los funcionarios” del gobierno de México.

Sin embargo, no existe testimonio mexicano de esa pillada que se atribuye al general Santa Anna, e increíble es que tan soez calumnia haya servido para alimentar los odios políticos contra quien, por el solo hecho de haber sido presidente de la República, merece más respeto, porque si muchas son las culpas que caen sobre Santa Anna, ninguna pudo ser de tan bajo género como la que divulgó Trist, y que ha sido orlada por los publicistas extranjeros para deprimir a la nación mexicana.

En cambio, sí hay indicios, y a propósito de lo sucedido en Puebla, de que el general Santa Anna, amañado y astuto, se burló una vez más de la diplomacia de los Estados Unidos, aprovechándose de instrumentos indirectos para crear esperanzas de paz en Trist, y de esa manera detener el avance del ejército norteamericano sobre la capital de la República, a fin de dar cima a los planes de defensa.

Como se ha dicho, Santa Anna fue siempre amante de los ardides, olvidando que si con ellos conquistaba, por una parte, ventajas momentáneas, por otra parte, cuánta oscuridad (convertida después en permanentes supercherías) hacía en torno a su nombre y acciones y cuánta más dejaba a su patria, cuya historia los gobernantes deben cuidar con extremado celo.

El hecho de que ni Santa Anna ni el ministro de Relaciones volvieron a ocuparse de la presencia del enviado de Polk en territorio mexicano, sino hasta el 21 de agosto, corrobora que Trist cayó en la añaenza de algunos ladinos.

Después de los sucesos en Padierna y Churubusco, el general Santa Anna, “poseído de tristeza y desesperación”, se reunió en el Palacio Nacional con los ministros, jefes militares y principales miembros del Congreso, y luego de hablar sobre la situación que guardaba la defensa de la ciudad de México, dijo que creía indispensable un armisticio, que permitiera el descanso y la organización del ejército para continuar la guerra.

Con mucha solemnidad escucharon los circunstantes las palabras del general presidente, y a pesar de que nadie ignoraba cuán débiles eran las fuerzas para seguir resistiendo al enemigo, nadie habló de paz y todos pidieron la guerra. Se puso de relieve en ese acto cuán elevado era el patriotismo de los mexicanos.

Aprobada en aquella junta la idea del armisticio, el ministro de Relaciones, José Ramón Pacheco, quedó comisionado para servirse del jefe de la misión diplomática de España en México, Salvador Bermúdez de Castro, para formalizar la tregua.

Mas antes de que los comisionados de México llegasen al campo de Scott, éste, con notoria falta de prudencia y con palabras que le hacían mucho daño, puesto que entrañaban una queja impropia de un soldado, escribe al general Santa Anna:

Demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada entre las dos grandes repúblicas de este continente. Es tiempo que las diferencias entre ellas sean amigable y honrosamente arregladas, y sabe vuestra excelencia, que un comisionado por parte de los Estados Unidos, investido con plenos poderes para este fin, está con el ejército. Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar en términos razonables un corto armisticio.

Aprovecha Santa Anna la ventaja que ofrece el enemigo y nombra a los generales Ignacio Mora y Villamil y Benito Quijano para que se entiendan con los generales J. A. Quitman, Persifor J. Smith y Franklin Pierce, representantes de Scott; y los unos y los otros, reunidos en Tacubaya, convienen, el 22 de agosto, en la cesación

“al instante y en lo absoluto”, de las hostilidades entre los ejércitos de México y los Estados Unidos “en la comprensión de treinta leguas de la capital” mexicana, decretando que el armisticio será por todo el tiempo que los comisionados de las naciones en guerra estén ocupados en negociaciones de paz.

Es entonces, y sólo entonces, cuando el ministro de Relaciones, José Ramón Pacheco, vuelve a mencionar a Nicholas P. Trist. En esta vez, Pacheco se dirige al presidente del Congreso pidiéndole que se reúnan los diputados a fin de que “tomen la parte que les corresponde en las proposiciones de paz que presentará” Trist. Esto, sin embargo, no es más que un artificio, porque el general Santa Anna ha recomendado a los diputados no integrar el quórum, puesto que el gobierno de México no tiene intenciones de firmar un tratado de paz, a menos que los Estados Unidos desistan de sus ambiciones territoriales, y sí quiere tener a la mano un arbitrio, como es el de que el Congreso no se ha reunido para facultarlo a efectuar arreglos con una nación extranjera, con objeto de prolongar la tregua por el mayor tiempo posible, y recibir, entretanto, los nuevos recursos económicos y militares que espera de los estados de la República.

Las instrucciones reservadas a los comisionados de México en las negociaciones que van a emprenderse con Trist, y que aprueba la junta de ministros el 24 de agosto, indican cuán lejos está el gobierno nacional de firmar un convenio con los Estados Unidos para segmentar el suelo mexicano.

Determina el instructivo: que México reconoce la independencia de Texas, pero entendiéndose que los límites de este territorio empiezan al norte del río de las Nueces; que los comisionados han de exigir la evacuación de las zonas ocupadas por los soldados norteamericanos, así como “el levantamiento del bloqueo” a los puertos del Golfo y del Pacífico, aunque —dice el ministro de Relaciones— “podrá tratarse sobre uno en la Alta California”; que el gobierno nacional rechaza anticipadamente cualquier proyecto del comisionado norteamericano que lleve a establecer la frontera entre México y los Estados Unidos en el paralelo 26; que la nación del norte debe indemnizar a México,

no sólo por el puerto de California y el camino a Oregon, sino también por los daños, perjuicios y gastos extraordinarios ocasionados al pueblo mexicano durante la guerra y, por último, que el gobierno de los Estados Unidos ha de comprometerse “a no consentir la esclavitud en la parte del territorio que adquiriera por el tratado”.

Con el poder de representantes de un pueblo ofendido hablarían a Nicholas Trist el general José Joaquín Herrera, el diputado Bernardo Couto, el general Ignacio Mora y Villamil y el licenciado Miguel Atristáin, que eran los comisionados de México, y a quienes, por otra parte, el ministro de Relaciones advertía que, después de “canjeadas sus respectivas credenciales”, se ceñirían a recibir del representante norteamericano el memorándum con las proposiciones de los Estados Unidos y que, de no presentarlas Trist por escrito, quedaban limitados “precisamente y nada más a oír las que hagan”.

A la tarde del 27 de agosto, están reunidos los comisionados mexicanos y Trist en Azcapotzalco, y en seguida de acreditar sus nombramientos, Trist entrega un proyecto de tratado que pone de relieve las ambiciones de su gobierno: la adquisición de los territorios de Nuevo México, Alta y Baja California y el libre tránsito a través del Istmo de Tehuantepec. Y como nada manifiestan los delegados de México, el de los Estados Unidos, luego de ver con extrañeza el silencio de los mexicanos, pide que la siguiente reunión se efectúe en la Casa Colorada (conocida “vulgarmente como casa del inquisidor Alfaro”) en las cercanías de Chapultepec.

Enterado el general Santa Anna a la noche del mismo día 27, de las pretensiones del gobierno de los Estados Unidos, el presidente llamó a consulta a los principales miembros del Congreso, a los jefes militares más distinguidos y a hombres de mucha experiencia política como Valentín Gómez Farías y Lucas Alamán, y el 29 de agosto la junta de ministros aprobó el segundo instructivo, preparado por Pacheco, que mandaba a los representantes de México que al abrir las negociaciones con Trist fijaran “por base las causales de la guerra provocada por los

Estados Unidos contra la República Mexicana”; que establecieran si “las pretensiones de los Estados Unidos” se fundaban en el derecho de la fuerza o puramente en negociaciones amistosas; que se resolviera si Texas pasaba “a poder de los Estados Unidos por el derecho de anexión que alega, o por compra que trate de hacer de esos terrenos a la República Mexicana”, y que, en seguida de quedar fundados esos puntos, los comisionados, contestando al proyecto de Trist, se negarían “a ceder el todo o parte” de Nuevo México y las Californias, aunque en

último caso, después de discutir el derecho de México al terreno que se trata de emanciparle, podrían acceder únicamente al establecimiento de una factoría en el puerto de San Francisco... pero con tales restricciones que en ningún tiempo [dice el instructivo] México puede ser reconvenido de que se ha desprendido de aquel puerto ni de su derecho de dominio que actualmente tiene

y, por último, negarían también el derecho de libre tránsito al gobierno norteamericano en Tehuantepec.

Impuestos los miembros de la comisión de las nuevas instrucciones, se dirigieron al ministro de Relaciones diciéndole “con la franqueza de hombres de bien, que sobre las dichas bases” no les era posible encargarse de la negociación, por lo cual, y reunidos una vez más los ministros, el Ejecutivo autorizó a los comisionados para continuar las pláticas con Trist, “aviniéndose a algunas modificaciones que las circunstancias del país exigen y a las facilidades a que abra la puerta la misma discusión”.

El primero de septiembre se encuentran los delegados de México y Trist en la casa de Alfaro y, con rara habilidad, aquellos incitan a éste a la discusión, que se desarrolla sosegadamente.

Trist no parece muy convencido de sus abultadas ambiciones, y así se comprueba, cuando, en la conferencia del día 2, hace saber que está dispuesto a abandonar el proyecto de adquirir la Baja California y el sur de la Alta, mas no el concerniente al territorio

de Nuevo México, porque su gobierno ha señalado la entrega de ese suelo “como condición *sine qua non* de la paz”, y que, “si no quedaba otro punto de diferencia para concluir la paz que el relativo al territorio que se prolonga entre el Bravo y el Nueces, consultaría sobre él a su gobierno con alguna esperanza de obtener éxito, si bien este paso debía ocasionar una demora de cuarenta y tantos días en la negociación”.

Aunque con lo propuesto por Trist se salvaba una buena parte del solar que los Estados Unidos proyectaban conquistar, a la sola enunciación de que era necesario ceder el territorio de Nuevo México, el general presidente y sus ministros rechazaron la pretensión del comisionado norteamericano. Nadie, iluminado por el más noble patriotismo, quería cargar con la culpa de la desmembración de la República y nadie, pues, se quebrantó ante las tentaciones de una paz obtenida mediante la entrega de una parte del territorio nacional.

No se ignoraban las consecuencias del rechazo del plan de Trist, que, además, frustraba los planes del general Santa Anna de prolongar el armisticio para el mejor desarrollo de la defensa de la ciudad de México. Así y todo, el consejo de ministros aprobó el contraproyecto formulado por los comisionados mexicanos, que se entregó a Trist el 6 de septiembre y en el cual se fijaba, con toda claridad y entereza, que

La línea divisoria entre las dos repúblicas comenzará en el Golfo de México tres leguas fuera de tierra, enfrente de la desembocadura austral de la bahía de Corpus Christi; correrá en línea recta por dentro de dicha bahía hasta la embocadura del río de las Nueces; seguirá luego por mitad de ese río en todo su curso hasta su nacimiento; desde el nacimiento del río de las Nueces se trazará una línea recta hasta encontrar la frontera actual de Nuevo México por la parte Este-Sur-Este; se seguirá luego la frontera actual del Nuevo México por el Oriente, Norte y Poniente, hasta tocar por este último viento el grado 37, el cual servirá de límite a ambas repúblicas desde el punto que toca dicha frontera de Poniente del Nuevo México hasta el mar Pacífico.

Se cedía a los Estados Unidos, porque al fin se convino que un precio debía tener para México la desgraciada guerra y porque todo mandaba un sacrificio supremo, el norte de Alta California a partir del puerto de San Francisco; pero Herrera, Couto, Atristáin y Mora y Villamil cuidaron en el contraproyecto, con extremado celo, de poner a salvo la moral del gobierno y del pueblo mexicanos.

Y mientras que los comisionados de México y los Estados Unidos están en negociaciones, y antes de ser presentada a Trist la última palabra del gobierno nacional, el general Santa Anna, conducido por sus afanes patrióticos, trata de desenvolver sigilosamente —siempre con la esperanza de ampliar el plazo de la suspensión de armas— el plan militar que se ha formado desde la hora del armisticio, aprovechando para ello el ardor del pueblo de la capital que, con el armisticio, ha creído descubrir debilidad en las filas de los soldados extranjeros, en lo cual se engañaba. Es asombro para propios y extraños cómo, en un país asaltado por todas las desgracias, puedan existir los ímpetus guerreros. Así lo dicen extranjeros espectadores en esos tiempos.

Santa Anna, después de siete días de encierro y consultas en el Palacio Nacional, reaparece en las líneas de defensa de la ciudad. No da, en cumplimiento del armisticio, órdenes militares públicas, pero, con su visita a los cuarteles y atrincheramiento, realza el patriotismo y hace que tome vuelos el ardor de los mexicanos. Las “gentes de todas las clases sociales, salen a su paso”, y le piden que no retroceda ante las exigencias de los norteamericanos. Los periódicos han dejado de censurar al gobierno y las autoridades municipales conceden justos honores a quienes se defendieron en el reducto de Churubusco.

Viene a exaltar las pasiones de los mexicanos la presencia en las calles de la ciudad de México de un tren de abastecimientos del ejército de los Estados Unidos, que ha entrado a la capital sin violar las estipulaciones del armisticio, no obstante lo cual se considera el hecho un desafío de Scott; y aunque el gobernador

de la ciudad trata de calmar a los agresores, nada sosiega a los patriotas, antes los exalta más y más.

Nunca, sin embargo, un pueblo ha estado más enflaquecido para proseguir la guerra con una nación extranjera, como se presentaba México hacia los últimos días de agosto de 1847. Una tras de la otra, las desdichas —nada cortas, por cierto— se han hincado con tanta fuerza en el país como en esa época nacional, puesto que afectaban, ora al orden militar, ora al político, ora al económico.

Faltaban en el primero, aparte de los triunfos que tanto elevaban al soldado, las armas y las municiones para los voluntarios. Perdidos o inutilizados eran más de 50 cañones. Se contaba la pólvora por granos, sin ser suficiente para una batalla “que se prolongara más de seis horas”. Los jinetes del general Juan Álvarez iban armados, en su mayoría, con lanzas y sables y, por tanto, inútiles ante el fuego de los cañones y fusilería del enemigo; y muchos de los soldados en los reductos de la Candelaria y Belén “andaban descalzos” y no se les entregaban víveres “desde el 26 de agosto”. Faltaba, en el orden político, la presencia de los liberales, que eran los sembradores del fanatismo patriótico y quienes, sin negar su concurso en las funciones de armas, se veían excluidos de los negocios públicos. Faltaba, por último, el dinero, porque las recaudaciones obtenidas con los préstamos a los particulares y con los fondos enviados por los gobernadores no ascienden a 100 000 pesos al final del mes de agosto.

Con raquílica herramienta, pues, se dispone la defensa suprema de la ciudad de México. El ministro de Relaciones escribe a los gobernadores para que manden a las autoridades de todos

los lugares grandes o pequeños [...] en un radio de treinta leguas de cualquier punto por donde se halle el enemigo, levanten sus poblaciones en masa para que con las armas que cada individuo tenga, grande o pequeña, de fuego o blanca, larga o corta [...] con palos y piedras le hostilicen de cuantas maneras estén a su alcance.

Por bando se ordena que se haga acopio de piedras en las azoteas de las casas; porque —dice Pacheco— “once mil ingleses han perecido en las calles de Buenos Aires, hostilizados aun por las mujeres, que arrojan sobre ellos los muebles y el agua hirviendo”, y el general José Joaquín Herrera, nombrado comandante de la plaza, hace saber “que pueden salir [de la capital] sin necesidad de pasaportes por las garitas que no estén interrumpidas por las tropas de los Estados Unidos, todas las mujeres, niños y extranjeros”.

Y si no hay la evacuación que pretende Herrera, sí todos los mexicanos se entregan a la defensa de la ciudad de México, puesto que, por el amor a la patria, nadie quiere ceder. La que se avecina en la capital de la República no es una guerra militar, sino popular.

Scott, quien tiene establecido su cuartel general en Tacubaya, ha hecho concentrar allí su artillería pesada, al paso que refuerza a la división de Worth que está lista para proseguir las operaciones y, a la noche del 6 de septiembre, envía una nota a Santa Anna en la que, después de argüir que el gobierno de México ha quebrantado las estipulaciones del armisticio, exige “una explicación, una satisfacción y una reparación”, advirtiendo que de no tenerla, daría por terminada la tregua.

El 7 de septiembre los “toques de generala frente a palacio, y de diana con música, a las cinco de la mañana”, anuncian que están a punto de romperse las hostilidades con el enemigo. Todos los puntos han sido mejorados. Santa Anna se presenta en las primeras horas del día en Chapultepec, y en seguida recorre los atrincheramientos en el sur de la ciudad. Por todos lados lo aclaman.

Los norteamericanos no aparecen ese día en el campo de batalla. Scott examina sus puestos de avanzada, y aunque sabe que no es contra una fuerza militar organizada con la que va a combatir, se muestra cauteloso. Ordena movimientos de engaño, con los cuales provoca las dudas de Santa Anna.

Éste cree que el general Scott, luego de simular un ataque a las posiciones nacionales del Molino del Rey, emprenderá un asalto sobre los parapetos en el sur de la ciudad, que son débiles, y con esto manda a sus tropas de un lado a otro y cambia sus planes de defensa, con todo lo cual no hace sino sembrar la incertidumbre en todas partes como individuo de entidad y arrojo. Ningún patriota le podía disputar en aquellos momentos su hombradía, y sólo la antimexicana historia de la malignidad y del pesimismo ha sepultado las cualidades de mexicano que había en Santa Anna, para colocar sobre ellas los defectos, proporcionando así contento a los extranjeros.

No obstante los pronósticos de Santa Anna, el 8 de septiembre se desprenden de Tacubaya las primeras columnas norteamericanas en dirección al Molino del Rey. Aquí y en la Casa Mata hay 4 500 patriotas y un tercio de cañones. Los manda el general Antonio León. Están apoyados por la batería de Chapultepec y en la hacienda de los Morales se encuentra el general Juan Álvarez con más de 2 000 jinetes, aunque no armados convenientemente.

Son 3 500, con 10 piezas de artillería, los atacantes que avanzan impetuosos. Grande es el valor en ambas partes durante la pelea, pero cuando llega el coronel Miguel Echegaray con un regimiento ligero, es tanta su intrepidez que obliga al enemigo a retirarse. Pero Scott envía más hombres al asalto. La defensa de los reductos nacionales es fervorosa y al fin sucumben. Los norteamericanos, luego de destruir cuanto les podía representar un obstáculo para el ataque al Castillo de Chapultepec, se retiran, y como los patriotas vuelven a ocupar la posición, aunque sin fortificarla, sirve esto para proclama de un triunfo, que si no fue, alienta a los defensores de la ciudad de México. Tres días ocupa el general Scott en preparar el ataque a Chapultepec. Santa Anna, incansable, recorre todos los puntos. Intenta fortalecer el Castillo, pero a las prisas se unen la desorganización y la ausencia de recursos militares.

Es el 11 de septiembre aniversario de la capitulación de Barradas en Tampico, y con este motivo Santa Anna revista a las tropas y, como insiste en creer que el siguiente movimiento de los extranjeros será sobre los atrincheramientos de la Candelaria y San Antonio, allí finca las mejores posiciones.

Pero Scott no cambia sus planes. No ignoraba el jefe del ejército de los Estados Unidos lo endeble de la defensa de Chapultepec, mas quiso hacer del asalto un acto espectacular, porque necesario le era el tono de conquista a lo que en sus partes llamó “formidable castillo”, sin pensar que ese episodio, que poco tenía de guerrero, iba a constituir la gloria perenne de los mexicanos. Así, con todo cuidado dispuso Scott la instalación de las baterías sobre la calzada de Tacubaya, que abrieron sus fuegos el día 12 y causaron grandes estragos, y al que contestaron débilmente las tres únicas piezas servibles en Chapultepec, lugar de recreo para virreyes, y no castillo cercado de murallas, fosos y baluartes, como pretenden los historiadores norteamericanos.

Ochocientos son los defensores de Chapultepec, pero las bajas causadas por el bombardeo del enemigo, el retiro de las fuerzas militares de apoyo y las deserciones a consecuencia de la falta de pertrechos, los redujeron en cortas horas a 200.

Dos columnas extranjeras están situadas frente a Chapultepec a la mañana del 13 de septiembre y, protegidas por un vivísimo fuego de artillería, penetran al bosque que circunda al Castillo. Una avanza desde el Molino del Rey; la otra de la calzada de Tacubaya.

Sin grandes esfuerzos se apoderan de las débiles obras de defensa exteriores, no sin exterminar al batallón de San Blas que, a las órdenes del teniente coronel Xicotécatl, llega en el momento de la refriega y, cercado el cerro, empiezan el ascenso por el lado oeste, que es el más accesible, y tantos son en número que nadie les detiene. Escalan los muros del castillo y pronto están en el recinto, en donde hacen la última y gloriosa resistencia los alumnos y oficiales del Colegio Militar.

Con la toma de Chapultepec, están abiertas las puertas de la capital de la República a los soldados extranjeros.

Santa Anna, al tener noticias de lo acaecido, se retira a la Villa de Guadalupe, en espera de una sublevación popular; y no escasean, es cierto, en las calles de la ciudad de México los actos de valor y audacia, pero la fuerza de la organización y de las armas impera sobre los muchos sacrificios a los que obliga la libertad de la patria.

Cuantiosas fueron las pérdidas, ya en vidas, ya en intereses, sufridas por México en tan infausta guerra; pero el brioso patriotismo de sus defensores no desmereció, en las más acibaradas horas, las alabanzas que se acreditan a la valentía y al honor.

Amargas, muy amargas, han de ser siempre las épocas en que las patrias son derrotadas por agresivos y superiores enemigos, y en las que aquéllas pierden solares de su herencia y linaje; pero felices, muy felices, se señalan los pueblos que después de ser víctimas de atropellados e infidentes apetitos, saben perdonar al ofensor para establecer su dicha no en las superficies territoriales, sino en los valores de la razón, que son eternos.